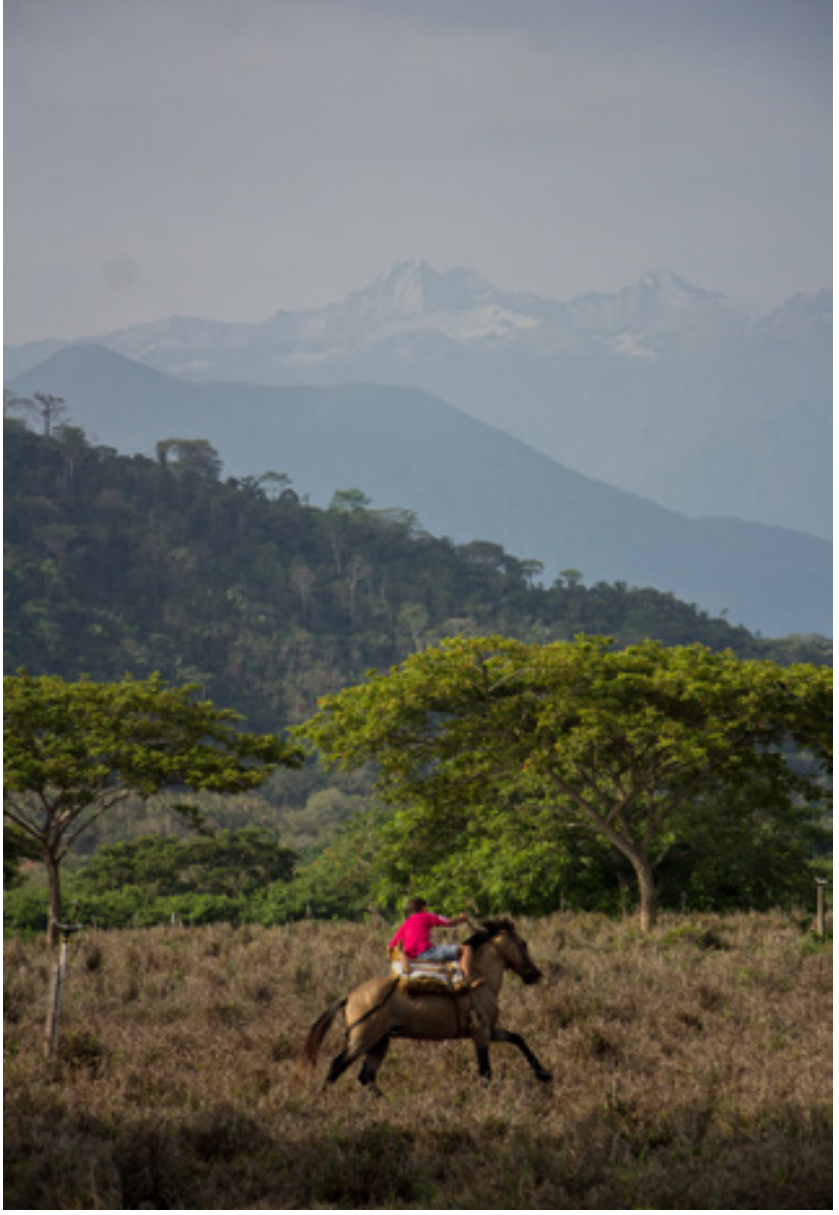


NARRANDO NUESTRA HISTORIA

Centro Nacional de Memoria Histórica

NO ACEPTE SU VENTA · Distribución gratuita · NO ACEPTE SU VENTA

NARRANDO NUESTRA HISTORIA

Centro Nacional de Memoria Histórica

NARRANDO NUESTRA HISTORIA

Carolina Restrepo Suesca
Investigadora para la región Caribe del Grupo de Trabajo de Respuesta a Requerimientos Administrativos y Judiciales

Nury Martínez Novoa
Julie Criales Aponte
Asistentes de investigación

Paula Pores Mur
Pasante de investigación

Esta publicación es resultado de los escritos y las narraciones orales de hombres y mujeres pertenecientes a las comunidades Sujetos de reparación Colectiva de Casacará (Agustín Codazzi, Cesar), la vereda Cerro Azul (Ciénaga, Magdalena), el corregimiento Chimila (El Copey, Cesar), la vereda La Secreta (Ciénaga, Magdalena), el corregimiento La Pola (Chibolo, Magdalena), el municipio Pailitas (Cesar), el corregimiento Poponte (Chiriguaná, Cesar), el corregimiento Santa Isabel (Curumaní, Cesar) y las veredas que componen la Zona Seis de Mayo (Pelaya, Cesar).

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Camila Medina Arbeláez
Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica

Carlos Alberto Mejía Walker
Coordinación Grupo de Trabajo de Respuesta a Requerimientos Administrativos y Judiciales

NARRANDO NUESTRA HISTORIA

ISBN: 978-958-5500-36-5

Número de edición: diciembre de 2018

Número de páginas: 128
Formato: 20 x 25 cm

Líder Estrategia de Comunicaciones
Adriana Correa Mazuera

Coordinación editorial
Diana Gamba Buitrago

Edición y corrección de estilo
María del Pilar Hernández

Diseño y diagramación
Leidy Sánchez Jiménez

Fotografías
Portada: © César Augusto Romero Aroca para el CNMH

Georreferenciación
Julio Enrique Cortés

Impresión
Panamericana Formas e Impresos

© Centro Nacional de Memoria Histórica
Calle 35 Nº 5 – 81
PBX: (571) 796 5060
Bogotá D.C. – Colombia

Impreso en Colombia. Printed in Colombia
Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar
Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), *Narrando nuestra historia*, CNMH, Bogotá.

Este informe es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Narrando nuestra historia / Centro Nacional de Memoria

Histórica [y otros] ; fotografías César Augusto Romero

Aroca. --Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica,

2018.

128 páginas : fotografías ; 26 cm.

ISBN: 978-958-5500-36-5

1. Conflicto armado 2. Memoria histórica - Reparación colectiva 3. Memoria colectiva 4. Cesar (Colombia)

5. Magdalena (Colombia) I. Romero Aroca, César Augusto, fotógrafo. II. Centro Nacional de Memoria Histórica, autor.

303.60986 cd 22 ed.

A1619812

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN 7

CASACARÁ, TERRITORIO DE TENACIDAD 11

LA COMUNIDAD DEL MAJESTUOSO CERRO AZUL 19

CHIMILA Y SU SINGULARIDAD 33

LA POLA. NUESTRA TIERRA ES NUESTRA SANGRE..... 43

LA VEREDA LA SECRETA SIEMBRA LA ESPERANZA..... 69

PAILITAS Y LAS LUCHAS POR LA ORGANIZACIÓN SOCIAL 83

POPONTE: LA DESPENSA DEL CESAR 91

SANTA ISABEL, COMUNIDAD CIENAGUERA DE ESPERANZA 101

ZONA SEIS DE MAYO, TENDIENDO PUENTES DE SOLIDARIDAD 113

Introducción

Los nueve relatos que componen esta obra son el resultado del acompañamiento que el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) realizó en el proceso de reparación colectiva a las comunidades del corregimiento Casacará (Agustín Codazzi, Cesar), la vereda Cerro Azul (Ciénaga, Magdalena), el corregimiento Chimila (El Copey, Cesar), la vereda La Secreta (Ciénaga, Magdalena), el corregimiento La Pola (Chibolo, Magdalena), el municipio Pailitas (Cesar), el corregimiento Poponte (Chiriguaná, Cesar), el corregimiento Santa Isabel (Curumaní, Cesar) y las veredas que componen la Zona Seis de Mayo (Pelaya, Cesar). En cada uno de los Planes Integrales de Reparación Colectiva (PIRC), las comunidades solicitaron emprender acciones de reparación simbólica para la dignificación y el reconocimiento de las víctimas que dejó el conflicto en sus poblaciones y sus territorios, y la eliminación del estigma que, según afirman, aún recae sobre ellos y ellas, señalados irresponsablemente de pertenecer o apoyar a uno u otro grupo armado a cada lado del conflicto.

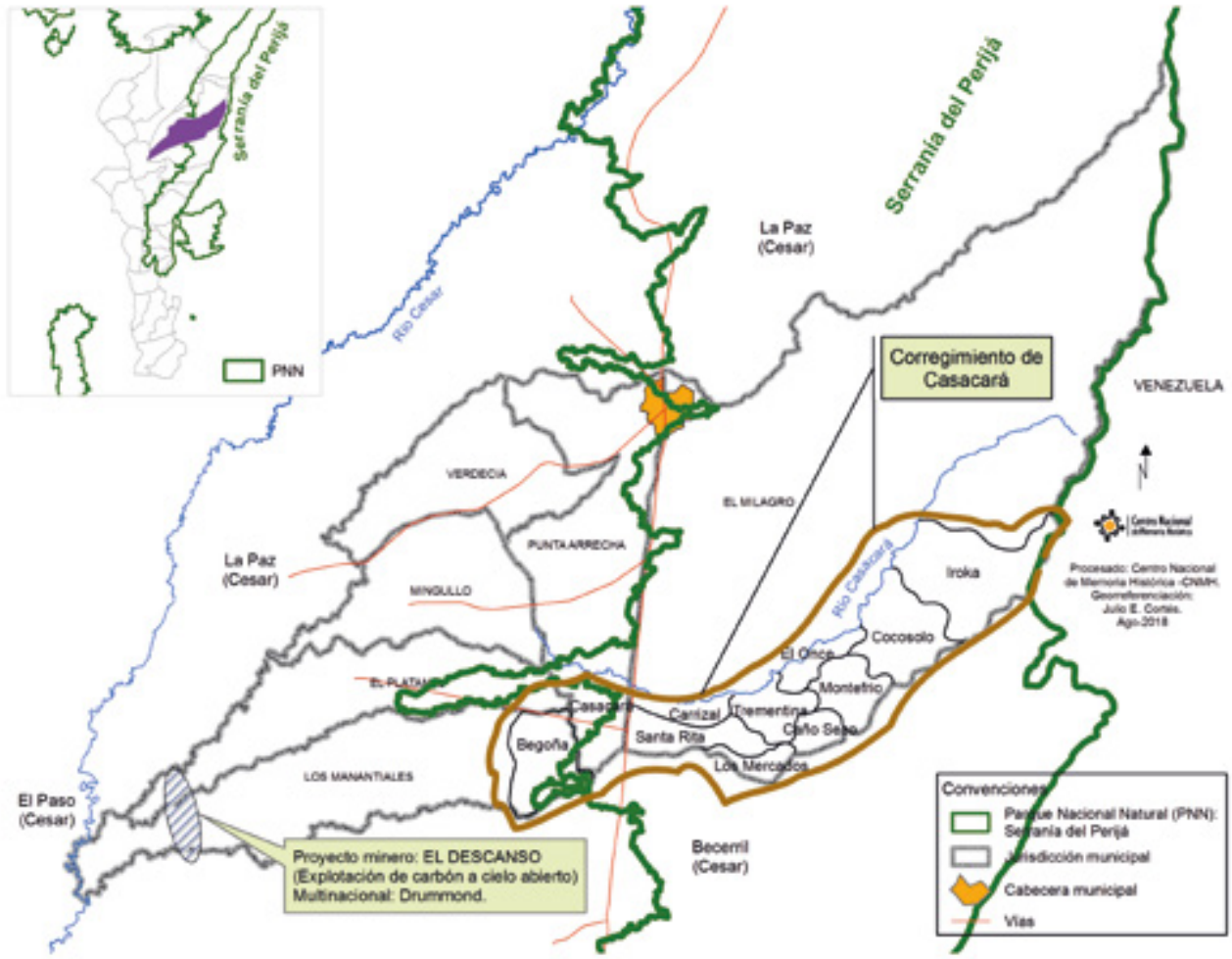
El primer paso en el proceso de construcción de estos escritos consistió en el diálogo con cada una de las comunidades Sujetos de Reparación Colectiva (SRC) y sus comités de impulso, para conocer sus demandas y expectativas frente al acompañamiento del CNMH y la construcción conjunta de un producto de memoria histórica como medida de reparación simbólica para cada comunidad afectada por el conflicto armado. De estos primeros acercamientos surgió la expectativa de confrontar la visión que sobre las comunidades y sus territorios elaboró la sociedad regional y nacional, con base en los discursos que cada actor armado del conflicto armado interno posicionó en la opinión pública.

Con esta preocupación, cada uno de los SRC optó por contar y escribir otra historia: una en la cual se resalte su identidad campesina, la vocación trabajadora de sus gentes y la riqueza de sus territorios sobre los cuales han construido identidad y tejido social. Fue así como hombres y mujeres, jóvenes y mayores de cada una de estas nueve poblaciones, puso manos a la obra para recabar en sus memorias, recorrer caminos y cultivos, desempolvar fotografías y archivos, recordar viejas luchas y demandas, volver mirar su pasado para pensar su futuro. Para la construcción de estos relatos se tejieron los escritos y las oralidades que los SRC prepararon para este propósito. Es por esto que cada una de las reseñas responde a una polifonía de voces y memorias condensadas en una sola voz, una que hable y refleje el sentir de cada comunidad.

Las narraciones aquí expuestas son resultado del ejercicio de reelaboración del sufrimiento y del dolor de las comunidades victimizadas por el conflicto armado interno. Constituyen un esfuerzo valioso para visibilizar las memorias suprimidas o silenciadas del espacio público, pues dan testimonio de los emprendimientos de las comunidades afectadas para transformar los daños padecidos en sus vidas, en perspectiva del paulatino fortalecimiento de sus capacidades para la construcción de paz en sus territorios.

Casacará, territorio de tenacidad

Mapa 1. Agustín Codazzi, Cesar



Fuente: Cartografía básica: IGAC

Casacará es uno de los cuatro corregimientos que conforman el municipio Agustín Codazzi y se encuentra ubicado al sur. Limita al norte con la cabecera municipal, al sur con el municipio de Becerril, al este con el país de Venezuela y al oeste con el municipio de El Paso. Para llegar al corregimiento de Casacará desde la ciudad capital del departamento del Cesar, se puede tomar un vehículo de servicio público en la terminal de transportes cuyo costo aproximado está en quince mil pesos y su recorrido demora aproximadamente una hora y cuarenta minutos por la Ruta Nacional 49, denominada popularmente Troncal del Carbón.

Aproximadamente 7.846 personas hacemos parte de la comunidad de Casacará. Hombres y mujeres dedicados a algunos oficios urbanos, pero también laboriosos del campo. Igualmente convivimos en este corregimiento con comunidades étnicas afrodescendientes e indígenas, como en el caso del pueblo yukpa, que según datos oficiales ha estado asentado históricamente en el Valle de Casará y en el Caño Candela y cuenta con casi tres mil indígenas en el municipio de Codazzi. En nuestro corregimiento se encuentran dos resguardos indígenas del pueblo yukpa: el primero es Iroka y el segundo es Menkue, Misaya y La Pista (Alcaldía municipal Agustín Codazzi, 2016).

Carrizal, Santa Rita, Las Mercedes, Begoña, La Hondina, Caño Seco, Cocosolo, Montefrío, El Once, La Trementina, son once sectores rurales de gran importancia para nosotros, solo cuatro de ellos son reconocidos como veredas por el municipio de Codazzi, aunque mucha gente los referencie como tales. De estos, los más accesibles son Carrizal, Santa Rita y Las Mercedes. Mientras que los más lejanos son Montefrío y El Once. Santa Rita, Carrizal, Begoña y El Once cuentan con una carretera destapada para entrar en carro, el resto de ruralidad solo cuenta con caminos que pueden ser transitados en moto, aunque algunos solo pueden ser accedidos a caballo y a mulo por las malas condiciones. Además, es de resaltar que solo Carrizal y La Hondina cuentan con un centro poblado, que denominamos Estación (Alcaldía municipal Agustín Codazzi, 2016).

Debido a la ubicación geográfica prevalece el clima tropical con temperaturas entre 38 y 40°C. Nuestro principal recurso hídrico es el río Casacará, este nace en el cerro más alto de Agustín Codazzi, denominado “Las Tres Tetas” a 3600 m.s.n.m, con una extensión de 143 km., sus principales afluentes son los arroyos Gamuza, Las Nieves, Tecuzno, Las Pavas, El Pino, Cabellera, El Salto, Paujil y la quebrada Iroka.

Y es precisamente por este río que nuestro corregimiento Casacará recibe ese nombre. Cuenta la historia que este territorio fue fundado en 1949 por el señor Juan Moreno, quien venía del departamento de Bolívar con el fin de trabajar en tierras productivas; tras de él llegaron sus familiares y fueron ellos quienes le dieron el nombre. Años después se construyó una carretera que cruza el pueblo y cada vez más familias comenzaron a llegar, dicen que por la bonanza de aceite de bálsamo. Aunque esta es la historia que nos cuentan muchos de los pobladores, hay otras versiones sobre el origen del nombre, una de ellas se relaciona con una casa que estaba a la venta a un precio muy elevado y a la cual los pobladores de entonces llamaban “casa cara”, se dice que con el tiempo se asoció la “casa-cara” con el nombre del lugar. Y no faltan quienes afirman que el nombre proviene de un cacique indígena.

Las actividades que tradicionalmente realizamos para el sustento económico en Casacará están relacionadas con dos sectores; la agricultura en donde se distinguen los cultivos

de café, cacao, aguacate, frijol, yuca, plátano, maíz, guayaba, guanábana, naranja, patilla, melón, hortalizas, entre otras variedades; y la ganadería en donde laboramos en torno a la cría y la producción de bovinos, ovinos, caprinos, porcinos, avicultura y piscicultura en menor escala.

El comercio también mueve la economía de las y los casacareños con depósitos de materiales, pequeños restaurantes, almacenes, heladerías, droguerías, pequeñas industrias de transformación de lácteos, almacenes de modistería, zapaterías y la elaboración de artesanías en pequeña escala como butacos, sillas y canastos hechos de bejuco y madera.

Es de destacar que en las décadas de los ochenta y noventa Casacará fue importante por los sembrados de algodón, pimienta, sorgo y arroz. Así como en la producción de lácteos, a través de la recordada empresa Productos Lácteos Perijá, que era una de las principales fuentes de empleo. Esta era la más importante del municipio, pero declinó luego del asesinato de su propietario Gilberto Gómez Gómez el 19 de septiembre de 1997, quien ejercía como alcalde del municipio de Codazzi y es recordado con afecto por todos nosotros (El Tiempo, 1997, 20 de septiembre). Los cambios económicos y políticos de la región transformaron la producción del corregimiento hacia finales de los noventa y comienzos de los años 2000, desde entonces se establecieron grandes plantaciones de palma africana, caña de azúcar y yuca industrial.

En cada reunión, en los encuentros cotidianos y alrededor de las plazas y los lugares públicos del corregimiento nos constituimos como comunidad y afianzamos nuestros lazos de solidaridad y amistad. Algunos de nuestros lugares de encuentro más representativos son el Balneario la Bocatoma, el Puente Amarillo del Río Casacará, la Corraleja y la Plaza Principal Jorge Dangond. Los fines de semana nos gusta hacer paseos de olla al balneario o sentarnos a conversar en la plaza central bajo la sombra de un árbol.

Para nosotros como comunidad siempre revisten de especial importancia los establecimientos escolares y aunque son escasos y funcionan solo para primaria, en las áreas más apartadas, siempre son un punto de referencia. En la parte rural están las instituciones educativas Simón Bolívar y Las Mercedes; en el centro poblado, la Institución Educativa Técnica Luis Giraldo, nombrada así en honor al noble gesto de quien cedió los terrenos para su construcción, esta cuenta con dos sedes de primaria, una denominada General Santander y la otra, María Reina. Buena parte de la integración del pueblo sucede alrededor de las actividades culturales que organizan las escuelas y el colegio, promovidas por las organizaciones de padres y madres de familia o por los docentes, quienes son también importantes líderes y lideresas.

Primera promoción de bachilleres de la Institución Educativa Luis Giraldo. Corregimiento de Casacará, Agustín Codazzi, 1987. Fuente: fotografía aportada por el Comité de Impulso del Sujeto de Reparación Colectiva Casacará.

Docentes y estudiantes de la Institución Educativa Luis Giraldo. Corregimiento de Casacará, Agustín Codazzi, 1987. Fuente: fotografía aportada por el Comité de Impulso del Sujeto de Reparación Colectiva Casacará.

De nuestra historia hay mucho por contar y no todo son buenos recuerdos. Sobre la guerra y el conflicto siempre serán muchos los aspectos por relatar y a partir de ello las personas inocentes a evocar. No olvidaremos que la violencia marcó un antes y un después en la vida de los habitantes y en el territorio de Casacará, como en muchos de los rincones del Cesar. Los años ochenta marcan el auge del cultivo y la comercialización de marihuana en la Serranía del Perijá y con ello la presencia de las guerrillas en el corregimiento; el Ejército de Liberación Nacional (ELN) con el Frente José Manuel Martínez Quiroz y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) con el Frente 41, ambas ejercieron un fuerte control social y territorial que en los años noventa se convirtió en la mejor excusa para la incursión paramilitar.

La penetración de paramilitares se dio a través del Bloque Norte y uno de sus objetivos consistió en disputarles a las guerrillas el control sobre el corredor de la Serranía del Perijá. La consecuencia directa la vivimos los pobladores, quienes quedamos en medio de los enfrentamientos. El actuar de los grupos armados y su control se manifestaba constantemente; en las partes altas el poder que se implantó fue el de las guerrillas y en las zonas planas predominó el de los paramilitares.

El relato se nubla a mediados de los noventa y los actos de violencia se recrudecieron con el pasar de los días. En los años 1996 y 1997 los habitantes de los corregimientos de Codazzi, Casacará y Llerasca, por miedo a que los actos de violencia se repitieran, nos desplazamos hacia diferentes lugares de la región, unos fueron a la cabecera municipal del municipio Agustín Codazzi, otros a la ciudad de Valledupar y aunque muchos no teníamos donde alojarnos, tuvimos que buscar refugios temporales, convirtiendo el corregimiento en un pueblo fantasma. (MMPEVAC, 2016)

En un periodo de siete años soportamos el impacto de seis masacres en el corregimiento. La primera ocurrió el 10 de febrero de 1997, cuando integrantes de las FARC asesinaron a cuatro hombres, entre ellos un Concejal en ejercicio. Meses después, el 2 de diciembre del año 1997, fueron asesinados tres campesinos a manos de un grupo armado que no logramos identificar. Dos años después, en la vereda Carrizal ocurrió una masacre el 21 de septiembre de 1999, ese día un grupo de paramilitares del Bloque Norte de las AUC asesinaron a seis personas, entre ellas una mujer, y desaparecieron a cuatro personas más. Al siguiente año, el 2 de julio de 2000, paramilitares torturaron y asesinaron a cinco hombres, la mayoría de ellos trabajadores campesinos. El 31 de marzo del año siguiente un grupo armado no identificado asesinó a tres mujeres y un hombre, entre las víctimas se encontraba la operadora de Telecom de la época, además en los mismos hechos se llevaron a dos personas de la comunidad sin que a la fecha se conozca su paradero. La última masacre se registró en el mes de

octubre de 2003, el 'Día de las brujas' fueron asesinadas más de cinco personas, empañando así uno de los días más especiales para las familias casacareñas. (ONMC, 2018).

Entre los años 1996 y 2006 en Casacará sufrimos la pérdida de al menos sesenta y seis personas, hombres y mujeres inocentes asesinadas por los grupos armados ilegales que hicieron presencia en nuestro territorio. Esto, sin contar con los hombres y las mujeres que han sido desaparecidos forzosamente en el corregimiento y sobre los cuales sus familias siguen buscando respuestas. (ONMC, 2018).

Los *Jardines de Memoria* en el corregimiento de Casacará es una iniciativa de memoria de los pobladores del corregimiento, apoyada por el CNMH, para rendirles homenaje a sus víctimas. En cada una de las placas se lee: "En honor a nuestros seres queridos. Nunca olvidaremos lo que sembraron en esta comunidad. Casacará honra la memoria de sus víctimas." y "Los árboles son como el recorrido de la memoria. Puede que las ramas se distancien al crecer, pero todas tienen un mismo origen. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Aunque lo vivido nos ha generado afectaciones psicológicas, afectivas, fragmentación del tejido social, violencia al interior de las familias, problemas de alcohol y consumo de drogas, estigmatización y pérdida de prácticas culturales, con la fuerza y el coraje que nos caracteriza hacemos todo lo posible para que la historia cambie y un futuro relato sea mucho más alentador.

En la actualidad se destacan las iniciativas de fortalecimiento de economía propia y de las actividades productivas tradicionales para hacerle frente a la explotación minera, pues en este momento la empresa multinacional minera Drummond LTD., aniquila la tierra del corregimiento; junto a esto exigimos al gobierno un acompañamiento en los proyectos productivos, inversiones en salud, educación, recreación y vivienda.

En Casacará reconocemos que hemos contado históricamente con múltiples liderazgos, ejemplo de ello es José María Martínez conocido como El Rayo, quien fue el primer concejal del corregimiento, él impulsó el acceso a energía eléctrica y acueducto para toda la comunidad. Y de manera más reciente con apoyo de los líderes comunitarios, nos reunimos y conformamos organizaciones sociales y económicas, fortalecemos las Juntas de Acción Comunal, adelantamos trabajos con las instituciones en la Mesa Municipal de Víctimas, con el Comité de Impulso del Sujeto de Reparación Colectiva, lo que a su vez incluye un proceso de restitución de tierras, todo esto para recuperar las parcelas y regresar a la vida como la conocíamos antes de la violencia.

Por último y para que cualquiera se antoje de venir a conocernos, es considerable subrayar que el 16 de julio celebramos la fiesta de la Virgen del Carmen, patrona del pueblo. El escenario principal de las actividades es el barrio bautizado en honor a esta Santa. La celebración más representativa de la localidad se realiza el 11 de noviembre de cada año, el agasajo a San Martín de Loba, este día tienen lugar los actos

de celebración culturales del corregimiento en general y por ello es nuestra principal fiesta patronal. Otro evento relevante es el Festival y Reinado de la Palma Africana que se celebra en el mes de noviembre desde el año 1978 por iniciativa de los hermanos Dangond, integrantes de la familia precursora de los cultivos de palma africana en el año 1963. El Colegio Luis Giraldo organiza cada año, una semana antes de la Semana Santa, el Festival del Dulce, es un evento cultural que busca mantener viva la tradición de la elaboración de dulces caseros. También tenemos otras fiestas menores pero simbólicas, son los aniversarios de algunos de los barrios, así que como dicen por ahí siempre tendrá un motivo para visitarnos.

Festival del Dulce realizado por la Institución Educativa Luis Giraldo durante la Semana Santa. Corregimiento de Casacará, Agustín Codazzi. Fuente: fotografía aportada por el Comité de Impulso del Sujeto de Reparación Colectiva Casacará.

Referencias

Alcaldía Municipal de Agustín Codazzi, Cesar. *Plan de Desarrollo Agustín Codazzi, 2016-2019*.

CNMH, Base de datos Observatorio Nacional de Memoria y Conflicto. Recuperado el 3 de agosto de 2018.

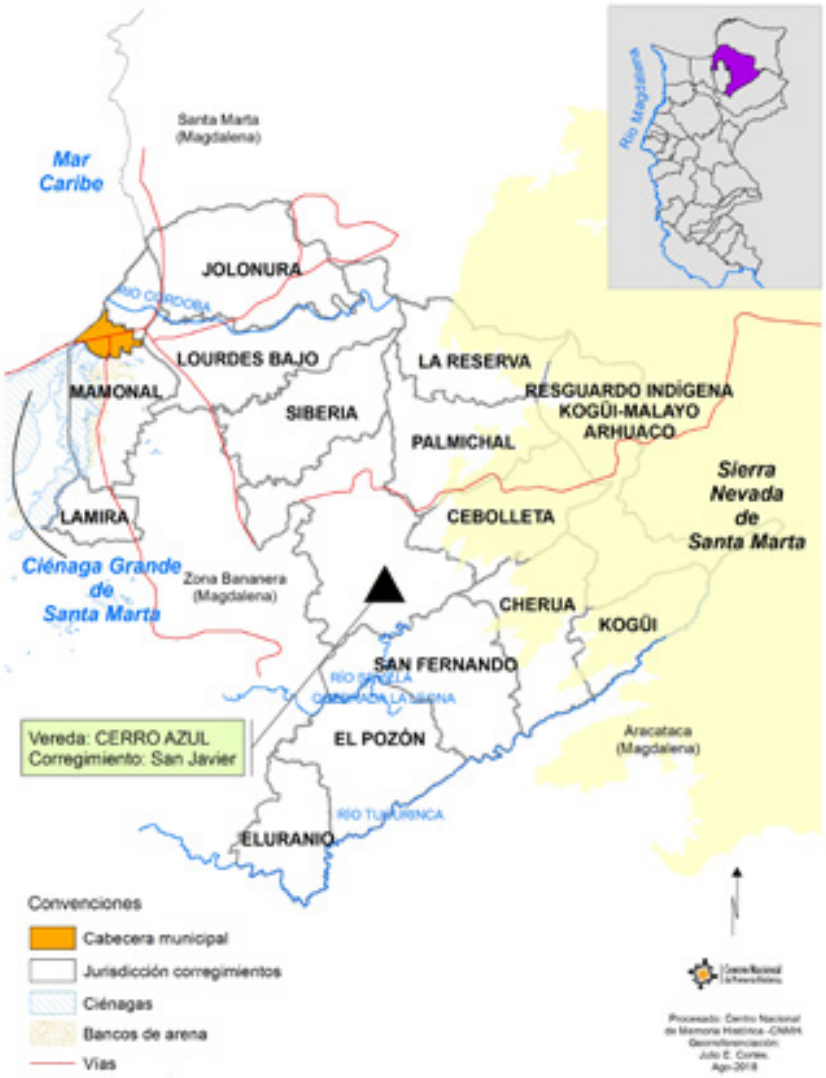
CNMH, Encuentros de memoria histórica con la comunidad Casacará, Agustín Codazzi, Cesar. Agosto de 2016 a noviembre de 2017.

ElTiempo.com (1997, 20 de septiembre), "Asesinan a alcalde de Codazzi, Cesar", disponible en http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-613558, recuperado el 10 de abril de 2008 a las 2:20 p.m.

Mesa Municipal de Participación efectiva de las víctimas en Agustín Codazzi Cesar 'MMPEVAC', (2016), *Ficha de presentación Sujeto de Reparación Colectiva Casacará.*

La comunidad del majestuoso Cerro Azul

Mapa 2. Ciénaga, Magdalena



Fuente: Cartografía básica: IGAC

Paisaje montañoso de la vereda Cerro Azul. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Cuando calienta el sol en esos veranos que hacen por acá, ese cerro se ve completamente azul, por eso el nombre que lleva la vereda es "Cerro Azul". Hacemos parte del corregimiento de San Javier, del municipio de Ciénaga, Magdalena. Este territorio nosotros lo dividimos en cinco zonas: Oasis, Intermedio, Alto (donde se encuentra la montaña Cerro Azul), Gerona e Indígena. Para que nos puedan visitar deben llegar por la carretera Troncal del Caribe. Ahí donde los buses giran para entrar al corregimiento de Sevilla, ustedes se bajan y toman camino a la izquierda, se demoran entre una y dos horas a pie, o cogen una moto que cuesta 12 barras y están en 40 minuticos, eso sí, la moto debe ser de la vereda, porque las otras motos no se arriesgan a entrar hasta acá, ya que no conocen la carretera, que está sin pavimentar y en ocasiones la quebrada está muy crecida y toca alzar hasta la moto pa' cruzarla, no sea que se inunde el exosto.

Importante que sepan que estamos ubicados en medio de San Javier y el río Sevilla, limitamos hacia el norte con las veredas Tigra, Mojana, y Cerro Azul Páramo, hacia el occidente con Troncal del Caribe o como la llamamos nosotros la "carretera negra" que nos divide de la zona bananera.

Nuestra ubicación en medio de montañas y ríos nos han llevado a ingeniar diferentes medios de transporte dependiendo de las necesidades. El burro ha sido el más usual para transitar los caminos de la vereda y aunque también las motos son muy usadas hemos instalado tarabitas debido a la ausencia de puentes para atravesar los ríos.

El burro es el medio de transporte usual para transitar los agrestes caminos de la vereda Cerro Azul. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Tarabitas instaladas por habitantes de la comunidad de Cerro Azul. Fotografía: Osiris Santiago, estrategia "Entrelazando" Reconstrucción del tejido social del programa de Reparación Colectiva de la UARIV.

¿Sobre cómo nos hicimos una comunidad?, lo que sabemos es que el señor Nicolás Romero ya estaba en la zona desde 1930, lo trajo su cuñado Adán Mercado. En esa época no había caminos, esto era pura montaña y en aquel entonces "las palabras si valían", se compraban las mejoras con el acuerdo de los dos interesados o con una 'carta venta'. La gente que venía en esa época era de los departamentos de Córdoba, Bolívar y Santander. Si no estamos mal, por allá en 1940, en la época de La Violencia entraron "los cachacos", gente que venía del interior del país. Don Juan Bautista Guerra cuenta que tenía 8 años cuando su familia llegó a estos territorios, más o menos en el año 1954, su padre venia de Santa Marta. Así se fue poblando esto. En el año 1975 campesinos líderes como Ramón Gámez, Juan Suárez, Manuel Alfredo Nevado y Juan Balaguera, junto con el apoyo de sus compañeras mujeres lograron establecer la vía principal que hoy en día nos comunica con la carretera principal Troncal del Caribe.

Hoy día no tenemos certeza de cuantos somos los que vivimos por acá, pero pa' ser francos debemos ser unas 60 o 70 familias y un aproximado de 600 personas. Muchos se han ido por las dificultades que tenemos que pasar y por la guerra, pero otros seguimos resistiendo con ansias de salir adelante.

Aunque desde los primeros tiempos de población por acá se sembraba mucho arroz, siempre el café nos ha acompañado. Este cultivo lo posicionó el señor Ramón Gámez

Cafetales en la vereda Cerro Azul. Fotografía: Osiris Santiago, estrategia "Entrelazando" Reconstrucción del tejido social del programa de Reparación Colectiva de la UARIV.

Duran, quien trajo una mata que provenía de Minca y así se fue volviendo una fuente de trabajo e ingresos para muchos. Actualmente, es el cultivo principal y la cosecha es de octubre a enero (Berdugo, Jaime & Berdugo, Libardo, 2010, página 110). Algunos campesinos y campesinas nos hemos agrupado para encontrar mejores opciones de comercialización y así se han conformado asociaciones como Agrocerroazul. Pero esta tierra es tan agradecida que también cultivamos cacao, aguacate, tomate y cilantro (producto que vendemos por mazo en la carretera para obtener algunos ingresos, ya que es muy apetecido, y la mayoría la llevamos a la cabecera municipal de Ciénaga o a la ciudad de Santa Marta). Aunque algunos cultivos son para el consumo como el maíz, la producción de otros es alta y nos genera ganancias como el cilantro del que se comercializan aproximadamente 5.000 rollos cada 2 meses; cada cultivador distribuye entre 200 y 300 cajas de tomate, sin embargo, este no se siembra todo el año, porque en época de invierno transportarlo es difícil por las condiciones de las vías; entre abril y mayo la cosecha de aguacate criollo es bastante alta pues salen entre 20 y 30 mil unidades.

Secado de café. Fuente: álbum fotográfico de la familia Reatiga.

Algunos pobladores se dedican actualmente a la apicultura, hasta tienen una organización que se llama APISIERRA y ya cuentan con al menos veinte colmenas. En las casas, las huertas son siempre importantes, tenemos cebolla, repollo, zanahoria, apio, malanga y muchos frutales, mejor dicho, ¡aquí no se da lo que no se siembra! También criamos algunos animales para el autoconsumo como las gallinitas, los cerdos y el ganado.

Esta hermosa tierra contrasta con las dificultades que se nos presentan, aquí no hemos sido ajenos al conflicto del país, padecimos múltiples hechos de violencia producto del accionar de los grupos armados. En los ochenta el Frente 19 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), en los noventa el Ejército de Liberación Nacional (ELN) con el Frente 'Francisco Javier Castaño' y a finales de la misma década vimos grupos paramilitares, específicamente el Frente Resistencia Tayrona. Para que se haga una idea de lo que aquí ha sucedido, podemos contarle que por allá en el año 1984 llegó la guerrilla, decían que eran de las FARC, mantenían haciendo dizque patrullajes y esto acarreó mucha zozobra entre todos nosotros, pero no podíamos hacer nada. Imagínese usted como vivíamos nosotros, era un miedo a toda hora, al principio los grupos armados solo pasaban por acá, pero con el tiempo su permanencia aumentó, empezaron a quedarse y eso llevo a que dijeran que acá le ayudábamos a esa gente; muchas mentiras con respecto a nosotros se presentaron y además de esto nuestras tierras estaban siendo utilizadas para la siembra de cultivos no permitidos.

Por ahí en 1996 fue asesinado Daniel Garcés Morrón, él fue uno de nosotros que cayó en estos absurdos de la violencia, y para acabar

Las fincas de la vereda Cerro Azul se caracterizan por la gran cantidad de cultivos y árboles frutales que los campesinos cuidan y cosechan. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

de rematar en 1997 llegan a la zona los grupos paramilitares, esos empezaron con la preguntadera por los 'bota e' caucho', así llamaban a los de la guerrilla que pasaban por acá, lo que se decía es que esa gente venía del corregimiento Palmor del municipio de Ciénaga. Los noventas fue una época de mucho dolor, el 22 de febrero de 1997 los paramilitares mataron al señor Álvaro Bruges, eso nos afectó porque él era un líder muy querido por toda la gente de la comunidad, nos llenamos de mucho más temor, de pensar en lo que nos pudiera ocurrir. En el año de 1999, murió el señor Germán Ruiz, lo mataron en el sector Bajo, esta es la hora que no se sabe que grupo armado lo hizo. El siguiente año mataron a Luis Aranda, había mucha confusión, en ocasiones uno no sabía si los que llegaban eran miembros del Ejército o de los paramilitares. No solo teníamos que vivir con las dificultades de la zona, sino que teníamos que convivir con personas armadas que no eran de la comunidad (UARIV, 2014).

Así transcurrieron los noventa, pero el nuevo milenio no fue menos duro, el conflicto había empeorado y éramos blanco de todos los grupos que se movían por la zona. La guerrilla obligaba a la gente de la comunidad a arreglar los caminos, se metían a las parcelas, robaban animales y elementos de trabajo y amenazaban constantemente con llevarse a los jóvenes para sus filas por lo que muchas familias se vieron obligadas a sacar los hijos e hijas por miedo a que les fueran hacer algo o se los llevaran. De las cosas más duras que uno recuerda fue cuando la guerrilla de las FARC colocó los cilindros bomba en el colegio del sector Bajo destruyendo por completo el colegio y afectando a los pelaos que se quedaron sin donde estudiar.

En octubre de 2002 desaparecieron a Alejandro Bustos en el sector Intermedio y hechos como este generaron mucho más pánico. En el sector Oasis se presentaron combates entre el Ejército y la guerrilla, afectando totalmente las redes eléctricas y dañando el transformador que abastecía de energía la zona. Cosas tremendas vivimos por acá, obligados y con temor, el 28 de octubre de 2002 -en plena época de cosecha cafetera- la guerrilla nos hizo ir montaña arriba hasta el corregimiento de Palmor, porque ellos estaban haciendo un paro armado en la región, tuvimos que hacer caso al mandato porque "el que no iba se moría", incluso, además de nuestras familias tuvimos que irnos con trabajadores que venían de otros lados contratados por nosotros para la recolección del grano porque no había más opción (UARIV, 2014).

Después de eso comenzaron a bombardear la vereda. Sevilla, Ciénaga, Fundación, Santa Marta y otros lugares de la costa fueron los puntos de desplazamiento. A pesar de que estábamos en plena época de cosecha de café, preferimos la vida y la seguridad. Ahí sí se perdieron propiedades, bienes, enseres, animales y nos quedamos sin donde trabajar. En esos tiempos toda esta zona parecía un pueblo fantasma, no se veía un alma, todo el mundo se fue de sus casas y por el miedo algunos dormían en cuevas o detrás de piedras, calladitos para que no los vieran los de los grupos armados que nos asediaban a toda hora. Había mucha violencia contra nosotros, por ejemplo, la guerrilla hacia retenes, se robaba las mulas para transportar los cilindros bomba y obligaban a los hombres de la comunidad a cargarlos y ellos se cargaban con el terror de pensar que en cualquier momento eso se explotara.

A pesar de todo, las ganas de trabajar con nuestra gente y vivir en Cerro Azul hicieron que después del año 2005 pensáramos en regresar, ese año se puede decir que empezamos a volver graneados, sin ningún acompañamiento oficial y con miedo. Primero llegaron como unas 70 familias y en el 2007 otras 50 más; hasta nuevas personas se animaron a comprar por acá y hacer sus casas, ya que muchos no querían regresar. Solo hasta hoy se puede decir que otro es el cantar.

Placa instalada por el programa "Familias en su tierra", Departamento para la Prosperidad Social, en homenaje a las familias campesinas que retornaron a la vereda Cerro Azul luego de haber sido desplazadas a causa del conflicto en el año 2002. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

En el 2011 empezamos a sentir más acompañamiento de las instituciones y por ello sentimos más confianza de reconstruir la comunidad. Seguimos bregando por estas tierras, queremos vivir tranquilos así nos hayan despojado de nuestras tierras y por ello nos unimos a trabajar por nuestra región. Aunque no tenemos una fecha especial de fiestas patronales nos gusta la celebración y de vez en cuando vamos a las fiestas de Palmor, Santa Rosalía, Sevilla, Guacamayal, Río Frío, Ciénaga, Fundación y hasta Santa Marta. En la vereda, tenemos lindos lugares que pueden visitar, la quebrada La Tal más conocida por nosotros como el Oasis o la quebrada

Cerro Azul dependiendo del sector donde se encuentre, nace en el páramo y por ello su agüita es bien refrescante, también tenemos el río Sevilla y sus pozas, donde seguro podrán pasar un gran día. Si no se quieren mojar, la invitación será a caminar por nuestros senderos tropicales deleitándose con nuestra flora y fauna y conversando con los que se encuentre en el camino, o también podrán visitar nuestro lugar de la memoria que se trata de un mural que hicimos en septiembre de 2014, en el que les rendimos homenaje a los que recordamos con gratitud reivindicando su labor como trabajadores del campo, como es el caso de Alejandro Bustos y Eufrasio Ortiz.

En medio del acompañamiento institucional y como parte del Plan Integral de Reparación Colectiva, le pedimos a la Unidad de Víctimas ayuda con un quiosco comunal para tener un lugar de reunión de la Junta de Acción Comunal, los comités agrícolas y para adelantar las capacitaciones que el SENA y otras entidades realizan. En este espacio tenemos también una biblioteca que contiene una amplia colección de libros y audiovisuales producidos por el CNMH en el Caribe colombiano.

Mural realizado por la comunidad de Cerro Azul y la estrategia "Entrelazando" de la Unidad de Atención y Reparación a Víctimas (UARIV). El mural es un homenaje a la identidad campesina y a la riqueza natural de la vereda; además, se hace un homenaje a las mujeres y hombres que fueron victimizados por los actores armados en conflicto, se les reconoce como *Hombres y mujeres de hermandad dignos de recordar y emular.* Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Quiosco comunal construido como medida de reparación dentro del Plan Integral de Reparación Colectiva. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

En la actualidad se presentan algunas dificultades con las que tenemos que vivir. Nuestro acueducto es propio y por ello muy escasamente sufrimos por el agua, pero en cuanto a servicios básicos no tenemos alcantarillado, ni energía eléctrica y pa' rematar la señal de comunicación para llamadas telefónicas es bien escasa. El único centro de salud con que contamos en la vereda no funciona, así que nos las arreglamos. Lo que más o menos marcha es la educación que es muy importante para nosotros y los pelaos. Tenemos cuatro sedes de la Institución Educativa Rural de San Javier: la primera en el sector Oasis y la segunda en el Intermedio, en donde se ubica el colegio que tiene los grados desde primaria hasta octavo de bachillerato, cuentan con una mínima infraestructura; otras dos están en los sectores de Indígena y Bellavista, son las que no cuentan con casi nada.

El retorno nos animó a recuperar prácticas culturales y lazos de amistad, por eso volvimos a hacer los campeonatos de futbol que tanto nos unieron, estos no solo los jugamos en la vereda sino con personas de otras veredas, ha sido tradición desde los ochenta y nos sentimos orgullosos de haber ganado en varias

En la mayoría de las escuelas de la vereda Cerro Azul los niños y niñas aprenden bajo el modelo de *Escuela Nueva.* Fotografía: Osiris Santiago, estrategia "Entrelazando" Reconstrucción del tejido social del programa de Reparación Colectiva de la UARIV.

oportunidades, también hacemos algunos encuentros religiosos. Estamos muy alegres porque en estos territorios ahora se respira paz y tranquilidad. Con nuestro pequeño recuento queremos que se animen a visitarnos y a conocernos para que se lleven en su corazón lo mejor de la gente de Cerro Azul y puedan contar allá afuera que somos hombres y mujeres trabajadores del campo y guardianes de grandes árboles y recursos que cerca de las grandes ciudades ya no se ven.

Equipo de fútbol de la vereda Cerro Azul celebrando el triunfo de uno de los torneos relámpago que se realizaban a mediados de los años 90. Fuente: álbum fotográfico de la familia Reatiga.

Referencias

Berdugo, Jaime & Berdugo, Libardo, (2010), E*sta es nuestra ciénaga. La ciudad de las cuatro aguas y el renacer de un sueño en el caribe*, Barranquilla, Altiva Editores.

CNMH, Encuentros colectivos de memoria con la comunidad de Cerro Azul, Ciénaga, Magdalena. Agosto de 2016 a septiembre de 2017.

Unidad de Atención y Reparación Integral a las Víctimas UARIV, (2014), *Diagnóstico del daño Sujeto de Reparación Colectiva de la vereda Cerro Azul, Municipio de Ciénaga, Departamento del Magdalena*.

Chimila y su singularidad

Mapa 3. El Copey, Cesar

Fuente: Cartografía básica: IGAC

En el corregimiento Chimila, municipio El Copey en el departamento Cesar, confluimos diferentes culturas. La mayoría de nuestras familias tienen su origen en campesinas y campesinos venidos de Santander, Norte de Santander y Antioquia, y convivimos en proximidad de habitantes ancestrales de los pueblos indígenas Arhuacos y Ette Ennaka ("gente verdadera"), llamados también Chimila, y en relación a quienes se nombró nuestro corregimiento.

En épocas pasadas el pueblo Ette Ennaka era el poblador de las áreas comprendidas entre Pueblo Viejo (hoy Pueblo Bello) y Caracolicito, donde hoy se sitúa el corregimiento. Sin embargo, con el paso del tiempo el Estado distribuyó las tierras de los indígenas a colonos y poco a poco se consolidó, mayoritariamente, con población campesina. Hay referencias que indican que nuestro pueblo fue fundado en el año de 1938 por Marcelino Baute, anualidad en que era Presidente Alfonso López Pumarejo. Otros datos históricos señalan que en 1944 fue reconocido como corregimiento mediante Acuerdo del Concejo Municipal de Valledupar, llamado Chimila-Colonia e inaugurado por el Alcalde Aquilino Castro. Señalan también que en ese entonces el caserío era de aserradores que provenían de todas partes del país, quienes se dedicaban a cultivar arroz, café, frijol y cacao, y a la explotación de las maderas finas de la región.

Los relatos de las personas mayores señalan que años atrás este territorio era identificado como "Las colonias agrícolas de Chimila" y muchos pobladores actuales recuerdan que sus abuelos y padres se referían al pueblo como "Las Colonias". También afirman que por los años 1940 a estas tierras arribaron personas provenientes de las zonas bananeras del Magdalena, a quienes se les ofrecía veinte cabuyas de tierras y una casita, además se les suministraba overol, herramientas, cincuenta centavos diarios, dos panelas, dos libras de sal, dos botellas de petróleo, medicinas, una vaca parida, una escopeta, semillas, escuela para los hijos, entre otras cosas. Todo esto para que se animaran a trabajar nuestras tierras generosas.

Niña arhuaca en el colegio indígena de la vereda La Isla, corregimiento Chimila. La fotografía pudo haber sido tomada en el año 1994. Fuente: álbum fotográfico de la parroquia San Martín de Chimila.

Uno de los primeros carros en el corregimiento de Chimila. La fotografía pudo haber sido tomada a inicios de los años noventa. Fuente: álbum fotográfico de la parroquia San Martín de Chimila.

Caminos de herradura del corregimiento de Chimila a finales de los años ochenta. Fuente: álbum fotográfico de la parroquia San Martín de Chimila.

Actualmente, Chimila es una zona rural donde hombres y mujeres cimientan sus vidas en el trabajo del campo. Desde el 2006 la ganadería ha vuelto a ganar un espacio importante como actividad económica para el sustento familiar, en ese entonces la cría del bovino para la producción de carne era lo común, hoy día la extracción de la leche con destino a fábricas como DPA[1], antes denominada CICOLAC y PARMALAT, es lo más rentable. En las parcelas abundan cultivos como el café, el cacao y el maíz, pero también tienen espacio para el diario vivir la malanga, el fríjol, el plátano, el ñame, la ahuyama y otros frutales.

El café que producimos es orgánico y su siembra y cosecha es impulsada por una asociación de la comunidad, llamada ASOPROCAFÉ, que está en proceso de consolidación desde hace tres años y busca generar la producción de un excelso café, que a la fecha es llamado Café Orgánico Sierra Nevada.

La supervivencia de nuestras familias campesinas es informal porque no tenemos títulos de propiedad de las parcelas en donde habitamos; nos han dicho que estos terrenos son catalogados como zonas de reserva indígena, razón por la cual no son susceptibles de titulación.

Catorce son las veredas que componen el bello paisaje chimilero: Altos Corazones, Bella Vista, La Isla, Villa Esperanza, Mira Flores, Nueva Esperanza, La Puya, La Nevera, La Cristalina, Corazones Arriba, Corazones Abajo, El Corombo, El Guacharo y Canaima. Junto con estas, otros lugares del territorio son reconocidos por la comunidad como sectores de gran importancia por su ubicación o como punto de referencia, estos son Puerto Ariguaní, Candela, San Martin, Curuas y Garupal. (Alcaldía Municipal de El Copey, 1999).

Niñas y niños arhuacos recibiendo diploma en el colegio indígena de la vereda La Isla, corregimiento Chimila. La fotografía pudo haber sido tomada en el año 1994. Fuente: álbum fotográfico de la parroquia San Martín de Chimila.

El centro poblado de Chimila está compuesto por los barrios Ocho de Diciembre, Can-

1 Dairy Partners of Americas manufacturing Colombia LTDA.

ta Rana, Centro y Jardín del Niño; en aquel se encuentran la Escuela Mixta de Chimila donde los pelaos cursan la primaria y la Institución Educativa Rafael Soto Fuentes, donde cursan la secundaria. También existe un templo católico, en el cual la asistencia de los fieles se podría decir que es diaria y aumenta los fines de semana cuando bajan los pobladores de veredas cercanas, y un templo de los creyentes evangélicos que realizan culto solo los domingos.

Iglesia Católica San Martín del corregimiento de Chimila a mediados de los años noventa. Fuente: álbum fotográfico de la parroquia San Martín de Chimila.

Tiempos de dolor

El corregimiento de Chimila no fue ajeno al conflicto social, político y armado que vivió el país, esta zona fue tierra de controversia entre las guerrillas y los grupos paramilitares. Antes de 1996 era un área dominada por las FARC con presencia del ELN; luego entraron en la disputa los grupos paramilitares. El territorio enclavado en las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta resultó muy llamativo para los grupos ilegales por su ubicación y conexión con otras poblaciones del departamento de Magdalena como El Difícil, San Ángel y Santa Ana, y por ello sufrió los efectos de la guerra.

Fruto de ese contexto, en los años noventa chimileras y chimileros nos vimos enfrentados a torturas, confinamiento, desplazamiento, muerte y otras violaciones graves. Recordamos con gran aprecio a los seres queridos que producto de estas vejaciones ya no están, como Dámaso Miguel Hernández Becerra, Pedro Luna Niño, Luis Emel Ballesteros Díaz, Carlos Segundo Duran Ramos, José Trinidad Barbosa Rojas, Alcides Perea Ortiz, Juan De Dios Peña y Lorenzo Pérez, quienes perdieron sus vidas a manos de los grupos paramilitares. Por ello nunca olvidamos el 16 de marzo del 2000 y el 23 de enero de 2001.

Abriendo camino

En las calles de este lindo corregimiento se respiran ganas de salir adelante, de resurgir de las cenizas después de lo ocurrido, de trabajar hombro a hombro por un mejor futuro para el colectivo, por esto y por la calidez de su gente es digno de conocer, pero ¿cómo se llega al centro poblado de Chimila? El Corregimiento Chimila se ubica al nororiente del centro urbano del municipio El Copey; hoy en día contamos con dos vías de llegada, desde la ciudad de Santa Marta, capital del Magdalena o desde la capital del Cesar, Valledupar. El camino es un poco más corto desde Santa Marta, desde donde se embarca en transporte público que lo transita por la vía denominada Troncal del Caribe cerca de dos horas y media. El recorrido desde la capital del vallenato puede tardar hasta tres horas. En ambos casos el valor del transporte público varía de acuerdo al vehículo que decida tomar, pero cuesta

aproximadamente entre 15 y 20 mil pesos. En todo caso, desde el Copey se debe buscar una moto- taxi o carro particular que lo conduzca hasta el sector conocido como Caracolicito y allí recorrer una vía terciaria en aceptable estado que conduce a San Francisco, esta recorre 25 km para llegar a Chimila. El costo de este servicio, que aún no se cataloga como público pero que resulta el más efectivo para llegar al centro poblado de Chimila, es de más o menos veinte mil pesos. Si el destino es una de las zonas rurales del corregimiento el costo dependerá del trayecto y el terreno que se vaya a transitar, ya que la mayoría de las vías son destapadas y de difícil acceso.

De Chimila, los visitantes pueden disfrutar sus imponentes paisajes, ya que la variedad de climas permite una multiplicidad de escenarios debido a la posición geográfica de sus diversos sectores. También se puede programar para visitar un importante mirador como es el Cerro de San Antonio, muy recordado por los habitantes porque anteriormente era el único punto donde entraba la señal de televisión y era toda una odisea llevar un televisor y la batería para estar al tanto de los partidos de futbol y otros programas televisivos. Allí hay una gruta de mucha importancia religiosa y desde su cumbre se toman las mejores fotografías del centro poblado chimilero.

Ningún visitante se puede olvidar de traer a Chimila el atuendo de río porque de lo contrario se perderá de la posibilidad de refrescarse en el balneario El Salto del río Ariguanicito. Este río alimenta al río Ariguaní, que nace en el occidente de la cuchilla de San Quintín a 2.050 m.s.n.m., al suroccidente de la Sierra Nevada de Santa Marta; y en su recorrido alimenta las aguas del río Cesar y sirve de límite natural para los departamentos de Magdalena y Cesar.

Alegría

Las fiestas patronales son el espacio donde se potencia la convivencia y el reencuentro de todos los habitantes, las celebramos en honor a San Martín el día 11 de noviembre de cada año y hay quienes se atreven a afirmar, en medio de risa, que “ese día se festeja sea el santo que sea”. Existen también otros días en los que se baila y se goza, generalmente son fechas de trascendencia religiosa como la Virgen del Carmen el 16 de julio y la Virgen Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre, aunque allí no asisten los devotos cristianos, quienes ya ocupan un gran porcentaje en la comunidad, estos días son oportunidad de acercamiento colectivo.

Una de las actividades que más disfrutaban los chimileros y chimileras eran los almuerzos comunitarios, usualmente preparaban sopa de sancocho con el bastimento servido en hojas de bijao. Fuente: álbum fotográfico de la parroquia San Martín de Chimila.

Otra festividad importante tiene cabida en la época de Semana Santa, la cual es significativa principalmente para la comunidad católica. Estos días se da un encuentro comunitario en torno al intercambio de dulces típicos que se preparan en todas las casas; el coco, el mango, la papaya, la leche, el ñame, el guandúl, la papa, la yuca y la malanga, son los productos predilectos en la elaboración de los mismos.

Y para aprovechar la riqueza natural con la que hemos sido bendecidos, organizamos paseos de río cada vez que se nos antoja. No es necesario esperar a que sea fin de semana o vacaciones para ir a refrescarnos al río. Un día cualquiera se pueden ver a los pelados jugando en el río después de las clases o a una familia celebrando un cumpleaños con un buen sancocho. Para la alegría los chimileros y chimileras no necesitamos excusa.

Integración en el río Ariguanicito de la *Pequeña comunidad* de la parroquia San Martín de Chimila. La fotografía pudo haber sido tomada en el año 1997. Fuente: álbum fotográfico de la parroquia San Martín de Chimila.

Para los chimileros y chimileras lo más importante es resaltar nuestra identidad como campesinos y campesinas. Aunque muchas familias viven en el centro poblado del corregimiento, sobre todo para facilidad de los pelados al quedar el bachillerato cerca, la mayoría tienen su terruño en alguna de las veredas. Los fines de semana o en las vacaciones escolares siempre verán a las familias, sobre todo a los pelados, trabajando unidas en las cosechas de cada temporada. El gran motor de este arraigo al campo se debe a que las escuelas y el bachillerato son agrícolas, los docentes son en su mayoría personas de acá de la comunidad y se preocupan mucho de que nuestra juventud valore la riqueza natural que tenemos y le coja cariño al campo.

Para nadie es un secreto que, durante muchos años, entre las décadas de los ochenta y dos mil, el corregimiento de Chimila fue señalado como una zona violenta, zona roja como solía decirse; la desmovilización de varios frentes del Bloque Norte en nuestro corregimiento afianzó esa idea en mucha gente de afuera. Lo que ustedes no saben es que nosotros siempre hemos sido una comunidad de campesinos trabajadores ajenos a todo conflicto y que cuando pasó lo de la desmovilización nosotros lo vimos como una oportunidad de aportar a la paz del país desde este pequeño corregimiento que tanta sangre vio correr.

Sabemos que al fortalecernos como comunidad campesina y al inculcar en nuestra juventud esa vocación de protección del medio ambiente, algún día Chimila volverá a ser reconocida como una colonia agrícola. ♣

Fotografía panorámica del corregimiento de Chimila. Fotografía de Carlos Ovallos, habitante del corregimiento.

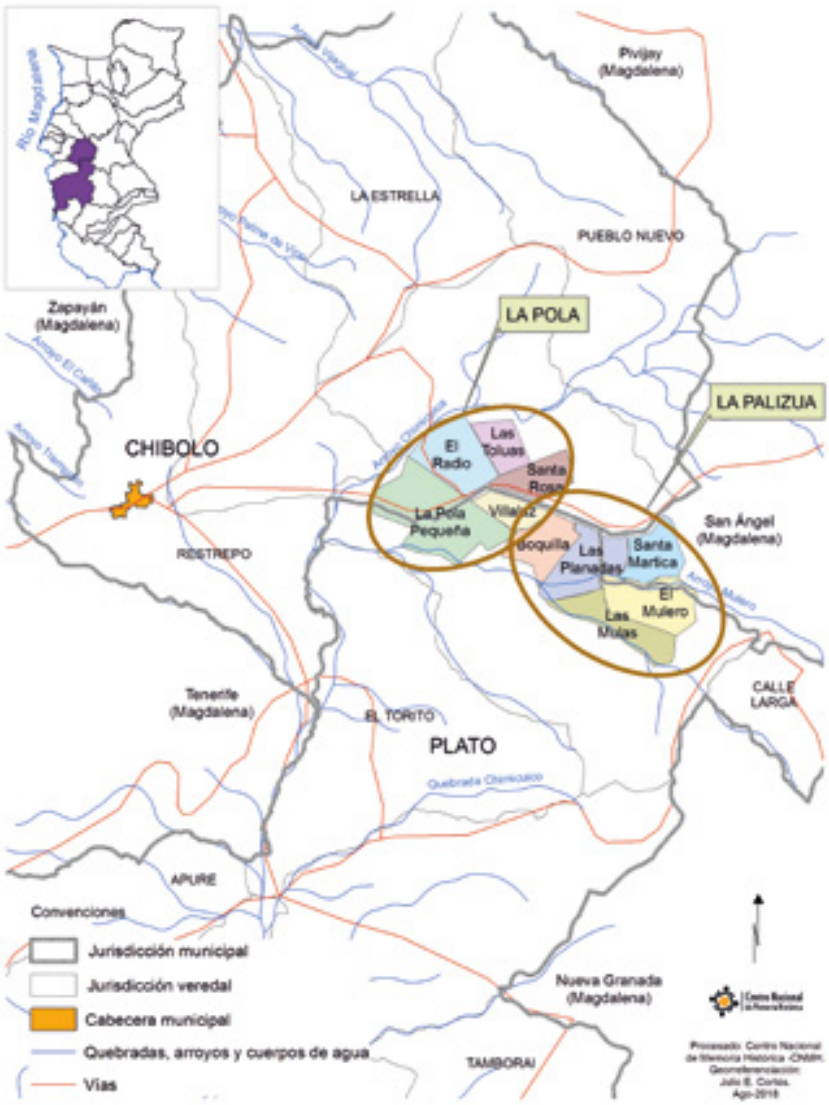
Referencias

Alcaldía Municipal de El Copey, Cesar, (1999). *Esquema de Ordenamiento Territorial de El Copey*, en http://www.elcopey-cesar.gov.co/Nuestros_planes.shtml?apc=gbxx-1-&x=2958729, recuperado el 15 de noviembre de 2017, a las 3:00 p.m.

CNMH, Encuentros de memoria con la comunidad realizado con líderes y lideresas de la comunidad de Chimila, El Copey, Cesar. Abril de 2016 a noviembre de 2017.

La Pola. Nuestra tierra es nuestra sangre

Mapa 4. Chibolo, Magdalena



Fuente: Cartografía básica: IGAC

Luchadores de la tierra

La historia de La Pola inició por allá en 1914 cuando José María Saumeth Arias llegó a la zona, se enamoró de Inés Barrios, con quien se casó, y se asentaron en la Hacienda La Pola en el municipio de Chibolo, Magdalena. La hacienda está conformada por cinco lotes: Pola Pequeña, El Radio, Villa Luz, La Tolua y Santa Rosa, que en conjunto sumaban 3.465 hectáreas. Allí criaron a sus hijos y vivieron durante mucho tiempo. Con los años el señor Saumeth intentó venderle las tierras a Domingo Turbay Burgos, pero aquél murió antes de cerrar el negocio. Luego, cuando murieron don José María y doña Inés, los hijos no se hicieron cargo de la Hacienda y decidieron irse a vivir a otras zonas del país, dejando vacíos los cinco predios que habían sido hipotecados al Banco del Comercio.

Como desde los setenta se venía adelantando la lucha por la toma de tierras en la región, muchos campesinos estábamos buscando dónde asentarnos cuando nos enteramos de la existencia de estas tierras. A La Pola empezamos a poblarla nuevamente como en el 83, veníamos del Magdalena, e incluso de todo el Caribe, motivados por los líderes de otras veredas de la zona como La Palizúa y Oceanía. Al llegar no teníamos certeza sobre a quién pertenecía la Hacienda, algunos decían que estaba a nombre del señor Saumeth y otros creían que estaba en venta por el letrero que encontraron de: "Se negocia La Pola". Para aclarar la situación de las tierras, y evitar persecuciones de la policía, más o menos, en el 87 los señores Misael Felizzola Rodríguez, Julio Moso y otras personas viajaron a Bogotá para indagar en el Instituto Agustín Codazzi y en el INCORA cómo acceder a las tierras, allí les informaron que estas tierras aparecían como baldías. Así que al regreso de los compañeros la comunidad se organizó para vivir y trabajar en La Pola.

Entre los primeros "luchadores de tierra" que llegamos a La Pola nos fuimos organizando y pusimos una única condición para todo el que llegaba, para obtener un pedazo de tierra debía permanecer por al menos quince días en la zona y trabajar conjuntamente con los demás pobladores. En muchos casos fueron los hombres quienes llegaron primero y cuando ganaban el derecho de ubicarse en La Pola traían a sus familias para establecerse de manera permanente. Pero no fue sencillo iniciar la vida aquí, los primeros campesinos que se establecieron fueron perseguidos y hasta apresados por un tiempo, por eso cada vez que "la ley" volvía debían esconderse porque, incluso, era lo que los policías habían recomendado porque era un baldío (Corporación Jurídica Yira Castro, s. f., página 7).

Nos organizamos en grupo, trabajábamos en comunidad; íbamos un día pa' tal lote, otro día pa' tal otro y hacíamos los trabajos juntos, no vivíamos regados, vivíamos en grupo en esa época. Duramos alrededor de tres años desde la llegada a La Pola tratando de negociar las adjudicaciones hasta cuando ya vino el INCORA a dar el visto bueno, entonces ya pensamos: "bueno, vamos a dividirnos, vamos a darle la parcela al que la ha frentiado". Inicialmente dividimos las parcelas de a 50 hectáreas por campesino para que hiciera su vivienda y trabajara la tierra, pero como llegaban más personas tuvimos que reducir a 25 hectáreas y no dejar entrar más gente para dejar espacio para la construcción del pueblo. Los primeros cultivos fueron de maíz, yuca y batata, estos se hicieron para que todas las familias se alimentaran y una parte de los

mismos se comercializaba. También tuvimos proyectos liderados principalmente por las mujeres como el criadero de peces y la cría de carneros para comercialización. Estos eran proyectos comunitarios así que durante todo el proceso nos reuníamos a colaborar.

Desde siempre, uno de los lugares más importantes en La Pola fue la Casa del Balcón. Esta ya existía cuando llegamos a La Pola en el 83, la convertimos en el sitio de reunión para los campesinos. Desde el inicio hicimos allí todas las actividades comunitarias y fue el punto de encuentro por excelencia para todos nosotros. En la Casa del Balcón se resguardaban en la noche los "luchadores de la tierra" que durante el día se dedicaban a limpiar la maleza de los predios que pensaban repartir a cada familia. En los primeros años de establecimiento de la comunidad, la Casa la empleamos para dar clases a los niños de la vereda mientras se construía la escuela. Desde esa época ha sido lugar de encuentro y propiedad colectiva de la comunidad[2]. La Casa también sufrió transformaciones desde el 97 cuando los paramilitares se instalaron en La Pola, ellos la utilizaron para vivir, planear y cometer sus delitos. Sin embargo, cuando los poleros y las poleras volvimos en el 2007 encontramos nuevamente en ella refugio, inspiración y fortaleza para continuar nuestras luchas.

La Casa del Balcón. Fuente: Corporación Jurídica Yira Castro. "Ya supimos por dónde le vino el agua al coco": Relato de resistencia al despojo y análisis del proceso de restitución de tierras en Magdalena.

2 La casa del Balcón fue reconstruida en el año 2013 por la Unidad de Atención Integral para las víctimas. (El Vocero de la Provincia, 2013).

La Casa del Balcón luego de la reconstrucción de 2013 por la UARIV. Fotografía: Nury Martínez para el CNMH.

En esa época, los dieciocho niños que vivían en La Pola iban hasta donde Gustavo Orozco y Rafael Andrade, quienes nos regalaban la leche que era usada para el consumo y la preparación de quesos, suero y mazamorra. Llegar a cualquier lugar era difícil y en ocasiones les tocaba hasta nadar porque con las lluvias se crecían las lagunas y no había por donde transitar. En eso se iba toda la mañana. Ellos colaboraban porque mientras nos organizábamos, aun no teníamos colegio. De esas travesías las historias son muchas, una vez se fueron por la leche y el río se les llevó una burra, a ellos les tocó andar hasta El Radio para rescatarla, el susto que pasaron no fue poco.

Unidos somos más: procesos campesinos

Poco a poco volvimos La Pola nuestro hogar y esto implicó no solo repartir las parcelas sino iniciar la lucha por sus legalizaciones y la consecución de servicios básicos, así como el acceso a salud, educación y vías. Para todo eso nos las arreglamos a través de la conformación de cuatro comités: el veredal, el de mujeres, el de vivienda, el deportivo, ¡ah! y hasta hicimos una asociación de padres. Con estos grupos nos apoyábamos para suplir las necesidades de toda la comunidad. Les vamos a contar en qué consistía cada uno de estos:

El comité veredal lo formamos aproximadamente en el año 1985, contaba con un representante de cada parcela; tenía una junta directiva, presidente, fiscal, tesorero y secretario. Pero como en esa época la policía nos desalojaba tanto, pues se diluyó. En el ochenta y seis volvimos a organizarnos para regular la propiedad y evitar que personas ajenas a la comunidad se quedaran en estas, igualmente se crearon reglas de convivencia. Había un nivel de compromiso muy grande, por ejemplo, si decíamos "¡vamos a hacer tal trabajo mañana!", nadie faltaba. El comité constituyó un espacio de reunión en donde decidíamos la división de las parcelas y las acciones externas como solicitudes de titulación ante el INCORA. A través de este hicimos la medición del terreno, dejamos 13 hectáreas para la construcción de un centro poblado y rifamos las parcelas para que no hubiese discusiones al interior de la comunidad sobre las tierras que le correspondían a cada campesino. El comité también desarrolló otras actividades relacionadas con la consecución de bienes y servicios colectivos básicos, entre ellos salud y educación.

El comité de mujeres, también denominado de damas o femenino, nació aproximadamente en 1991. La iniciativa surgió porque en veredas cercanas se habían unido las mujeres para adelantar gestiones comunitarias. Las mujeres de La Pola se dieron cuenta que podían lograr muchas cosas unidas, que todavía la comunidad tenía muchas necesidades a las que ellas podían aportar. Así que se organizaron y trabajaron en coordinación con los otros comités, principalmente con el veredal.

Cuando se inició este comité, algunos hombres se opusieron porque lo veían como una pérdida de tiempo. Sin embargo, se dieron cuenta de la utilidad porque ayudaban a organizar más allá de las tareas de la casa, por ejemplo, ellas podían salir del territorio a adelantar gestiones sin que las detuviera la policía; porque en esa época se respetaba más a las mujeres y no se desconfiaba de lo que ellas hacían. Ellas lograron conseguir materiales para la edificación del colegio y apoyaron las tareas del comité de vivienda, tanto que iniciaron el proyecto del centro poblado. Éste consistió en la división de trece hectáreas para la construcción de 72 casas, cuyo fin era que cada habitante de La Pola tuviera una vivienda estratégicamente ubicada para acceder a los bienes y servicios de uso público. El comité tomó tanta fuerza que alcanzó a reunirse en uno interveredal, allí participaban de los comités de damas de El Pilón, La Sonrisa, Las Panelas, Mapurito, La Belleza, La Palizúa, La Pola, Oceanía, Bejucoprieto, y de los municipios de Chibolo y Plato, todos ellos territorios del Magdalena.

Para la construcción de las casas de la comunidad armamos un ***comité de vivienda***, nos reuníamos a hacer sancocho y a trabajar; los hombres cortando palos y montando la estructura; las mujeres en las tareas de la cocina colaborando en la atención de todos los que ayudaban en la construcción. Este tipo de reunión también fue convocada para la construcción de puentes comunitarios o arreglo de vías. Entre todos reuníamos los insumos para la obra y todos ponían el trabajo para su realización.

También formamos un ***comité deportivo,*** porque el deporte es una de las formas de recreación que tenemos acá, principalmente el fútbol. Desde 1995 nos organizamos para solicitar a la Alcaldía de Chibolo uniformes, balones y utensilios para realizar torneos tanto al interior de La Pola como interve-

redales, que nos permitieron crear lazos de amistad que aún permanecen como es el caso de la comunidad de La Palizúa[3].

La educación también fue una de las prioridades para la comunidad, por eso conformamos la ***Asociación de padres de familia*** integrada por todos los padres y las madres de la comunidad que tenían hijos en edad escolar. El principal logro de la asociación fue hacia 1988 cuando consiguieron 60 pupitres, tableros y una biblioteca. Como no teníamos profesor nombrado, ni escuela, las clases eran en la Casa del Balcón y la remuneración del primer profesor fue asumida por esta misma organización.

Equipo de fútbol de los años noventa, corregimiento La Pola, municipio Chibolo, Magdalena. Fuente: fotografía aportada por el Comité de Impulso del Sujeto de Reparación Colectiva La Pola.

3 La Palizúa es una comunidad campesina cercana a La Pola, con territorios en los municipios de Plato y Sabanas de San Ángel. Se conformó a inicios de década del ochenta, aproximadamente entre 1981 y 1983, por personas oriundas de la región en el marco de las luchas campesinas por la tierra. (Unidad de Restitución de tierras, (sin fecha), Línea de Tiempo URT).

Nuestros logros en la organización campesina

La adecuación y construcción de los lugares de uso y disfrute comunitario nos permitió a poleros y poleras apropiarnos del territorio y consolidar nuestra identidad. Fruto del trabajo de los comités logramos bienes colectivos relacionados con el desarrollo social, económico y cultural para la comunidad.

Una vez realizadas las parcelaciones comunitarias para cada campesino, a finales de los ochentas, vimos la importancia de establecer un centro poblado que facilitara el acceso a un centro de salud, al colegio, al caño y a la Casa del Balcón. Para este destinamos trece hectáreas en el sector La Pola Pequeña[4]. Si bien la construcción del espacio fue lenta, se alcanzaron a planear 72 casas en este lugar, una para que cada familia pudiera acceder a los bienes y servicios públicos de aquel centro poblado. Este proyecto fue liderado por el Comité de Mujeres, ellas iniciaron las gestiones y lograron recursos públicos para su construcción, entre 1996 y 1997 se hicieron dieciocho casas. Dentro de dicha área común, además del terreno de las casas, establecimos una cancha de baloncesto y una de microfútbol en las que organizábamos diferentes eventos lúdicos y deportivos, especialmente los días de descanso que eran los domingos. El comité deportivo y los espacios de encuentro alrededor del fútbol han sido muy importantes para nosotros, por esto no solo el centro poblado contó con estos espacios, sino que en el sector de Santa Rosa en la parcela de Juan

Campeonato de fútbol de los años noventa, corregimiento La Pola, municipio Chibolo, Magdalena, 2016. Fuente: álbum familiar de Martina de León.

4 Este predio fue titulado por el INCORA en 1994 a treinta y tres parceleros de la comunidad.

Bautista Orozco se estableció una cancha para los campeonatos intra e interveredales.

El centro de salud fue construido en 1992 con recursos de la Alcaldía de Chibolo. Era precario porque no contaba con los elementos de atención necesarios, pero servía para atender las enfermedades más sencillas de nuestra gente. El lugar era atendido por una promotora llamada Ana Graciela Cantillo[5], quien fue muy apreciada por su gran sentido de colaboración y disposición con las personas que se enfermaban a cualquier hora del día.

Como la religión también guarda importancia para nosotros, establecimos una casa grande que el comité de mujeres había gestionado con una compañía reforestadora conocida como Monterrubio[6]. Aunque la construcción había sido prevista para el colegio, finalmente se destinó como espacio de culto cristiano para la comunidad.

La educación es para nosotros la mejor herencia que les podemos dejar a nuestros hijos, por esto la Asociación de Padres de Familia y los demás comités buscamos facilitar el acceso para los niños y niñas de La Pola. Desde inicios de los noventa construimos el colegio Misael Rodríguez Felizzola[7] en el sector Santa Rosa, que contaba con dos aulas, una cancha de fútbol y una cocina. En esa década asistían a clases aproximadamente 70 niños y niñas de los sectores El Radio, Villa Luz, Santa Rosa y La Tolua. El colegio se hizo allí para que los niños y las niñas tuvieran educación cerca de sus viviendas, es que para ir al colegio Los Tres Ángeles, que era en el centro poblado, los pequeños debían recorrer largos trayectos a pie con factores que dificultaban el camino como el barro y el sol picante.

En la institución educativa Misael Rodríguez Felizzola se dictaban los cursos de primero a quinto de primaria. En los años en que funcionó, Clear Cantillo y Yolanda Orozco fueron las maestras que impartieron clases; Clear dictaba las asignaturas de preescolar a segundo y Yolanda las de tercero a quinto de primaria. El colegio además de ser un espacio educativo, era un lugar importante de encuentro comunitario, se usaba para celebrar fiestas de la comunidad y hacer reuniones y actividades de formación cultural y deportiva, así, en esta escuela hacíamos campeonatos mensuales de fútbol entre los estudiantes de la vereda, la celebración de la fiesta de las madres en el mes de mayo, reuniones del Comité de Mujeres, reuniones entre campesinos para coordinar la realización de proyectos productivos, gestionar y debatir temas, y encuentros entre los profesores de este y el colegio Los Tres Ángeles.

El colegio Los Tres Ángeles[8] fue construido en 1992 en el marco del Plan Nacional de Rehabilitación con apoyo de algunos campesinos. La institución se ubicó en el centro poblado y constaba de dos aulas estudiantiles con sus respectivos pupitres, una biblioteca y algunos otros implementos educativos. Normalmente,

5 Ana Graciela Cantillo recuerda que se estableció en La Pola con su esposo Luis Ledesma en 1987, después de los hechos en los que falleció Ángela Cantillo. Solicitaron participar en la rifa de una parcela y así fue como se hicieron pobladores de La Pola.

6 La única referencia hallada de una reforestadora en el Magdalena con cercanía a La Pola está relacionada con la Reforestadora de la Costa S.A. (Ospina, 2016).

7 El nombre del colegio se otorgó en honor a uno de los líderes fundadores de La Pola que en los ochenta se trasladaron a Bogotá para solicitar al INCORA la titulación de los predios, posteriormente fue asesinado por grupos armados que al parecer operaban con apoyo de la Fuerza Pública.

8 La institución educativa fue nombrada así en honor a tres niños que fueron asesinados en los tiempos de tomas de tierras al parecer por integrantes de grupos armados que intentaban expulsar a los campesinos que llegaron a ocupar La Pola.

estudiaban por año aproximadamente entre 60 y 70 niños y niñas de la vereda, se impartían dos jornadas de clases. Los maestros a cargo de dictar las materias eran César Escorcia y Aníbal Buelvas, quienes contaron haber sido nombrados por el municipio de Chibolo como docentes encargados. Entre ellos se repartía la enseñanza de primaria en dos grupos, uno de primero a tercero y el otro de cuarto y quinto grado, y cada año intercambiaban.

Las fuentes hídricas han sido elementos esenciales para el desarrollo de la vida en La Pola, por ello el reconocimiento de bienes colectivos como el jagüey resulta clave para nosotros. Este era un espacio de almacenamiento de agua ubicado en Santa Rosa, tenía aproximadamente una hectárea y se instauró para proveer de agua diaria a los habitantes de los predios de La Tolua y Santa Rosa. El uso de este jagüey tenía unas reglas definidas por la comunidad, se sabía por todos que éste no podía ser utilizado para recreación ni baño de las personas, ni tampoco para bebida de los animales directamente. La gente le sacaba canecas llenas de agua para su consumo. En los meses de junio, julio y agosto, que eran tiempos de verano, se usaba algunas veces para hidratar al ganado.

El jagüey no fue la única forma de acceder al agua para actividades de consumo diario, en el caso de Pola Pequeña desde los ochenta se ha tomado el líquido del Caño de La Pola, este es un nacimiento natural que conforma un lago.

Caño de La Pola, corregimiento La Pola, Chibolo, Magdalena, 2016. Fuente: álbum familiar de María Gutiérrez.

Allí se hicieron dos acuerdos para beneficiar el consumo de toda la comunidad: el primero consistía en que sin importar a quién se titulara el predio en donde se ubica el caño, todos podrían seguir consumiendo el agua que brota allí, y para sostener el acuerdo se construyó un camino de acceso libre al mismo. El segundo fue la prohibición de actividades como la pesca, bebedero de animales y el lavado de ropas para mantener la pureza del agua.

En Pola Pequeña también se encuentra el Caño Felipe o Caño Veranero, allí se establecieron otras actividades que también son importantes para nosotros como la recreación y el encuentro comunitario. Su nombre se debe a que nunca se seca, resiste los veranos más intensos. Su uso ha sido menos regulado, allí nos reunimos para nadar, pescar, hidratar el ganado y en ocasiones hasta hacíamos bautizos. En este caño se han encontrado especies de animales como babillas, iguanas y jicoteas.

Todos estos bienes y logros requerían de la conexión con otros territorios, por eso nos volcamos a la construcción de vías de comunicación, mercadeo y abastecimiento que permitieran materializar la proyección territorial que teníamos. Levantamos puentes y vías para facilitar el tránsito a Chibolo y el corregimiento La China. Los puentes más importantes establecidos para hacer transitables los caminos mencionados fueron los siguientes: puente Cuatro Bocas, puente del finado Correa, puente Caño Felipe y puente El Mulero. Sin embargo, sobre la vía que comunica La Pola con Chibolo el mayor avance tuvo lugar cuando los paramilitares se instalaron en la Casa del Balcón y le metieron mano al arreglo de la vía.

Con todo lo que habíamos vivido al establecernos en La Pola había que celebrar, por eso el 5 de enero de 1994 hicimos la primera parranda en honor a todos los que llegaron a luchar por la tierra y los logros comunitarios

Hombres jóvenes en los noventa, corregimiento La Pola, municipio Chibolo, Magdalena, 2015. Fuente: fotografía aportada por el Comité de Impulso del Sujeto de Reparación Colectiva La Pola.

que convirtieron La Pola en un lugar habitable, estábamos muy felices. Lamentablemente esta celebración y los tiempos de tranquilidad solo duraron dos años, porque llegó la época en la que tuvimos que soportar el desplazamiento y la violencia paramilitar.

Recuentos sobre la violencia: ¡hombe' eso sí fue duro!

Los poleros y las poleras sufrimos afectaciones del conflicto armado, atropellos y humillaciones por la presencia e intereses de actores armados sobre nuestros territorios. Sin embargo, aquí no solo les queremos hablar de eso, sino también de nuestras historias de resistencia, lucha y sacrificio con los que seguimos construyendo hoy en día nuestras vidas en esta linda región.

En los años ochenta vivimos un sinfín de momentos de angustia mientras consolidábamos nuestra presencia en La Pola, allí entraba la Fuerza Pública buscando a los hombres luchadores que llegaron a ocupar el territorio y trabajar la tierra. Los hombres solían correr hacia el monte y las mujeres por su parte resistían temerosamente en casa con los hijos. En algunos casos los hombres fueron privados de la libertad cuando los encontraban e incluso en 1983 apresaron también a mujeres y a niños.

Hacia 1986 empezaron a llegar hombres armados que pasaban por las viviendas. Para las mujeres eran épocas muy angustiantes, pues los hombres salían a trabajar y buscar el alimento, mientras ellas se quedaban en las casas. La gente cuenta que esos grupos armados trabajaban para terratenientes de la región que pretendían impedir el asentamiento de campesinos en la zona. Los más nombrados como responsables de los ultrajes contra los campesinos luchadores de tierra eran Teodoro Ariza[9], José María Barrera, conocido como *Chepe Barrera*, y sus ayudantes o guardaespaldas. También hay versiones que refieren que la Policía y el Ejército estuvieron implicados en esas situaciones. Se recuerda que en los primeros desalojos que vivieron hubo gente armada y vestida de uniforme camuflado. La versión que conocemos es que en ese tiempo algunas personas acostumbraban a obtener la titulación de pequeños predios y con base en esta se apropiaban de grandes extensiones de tierra baldías. Así fue el caso de un inmueble que estaba al lado de La Pola llamado "Toro Sentado", éste pertenecía a unos señores de apellido Paternostro que vendieron a Teodoro Ariza quien empezó a atacar a los campesinos que se estaban tomando las tierras en la región.

Entre el ochenta y seis y ochenta y siete la cosa se puso más dura, empezaron los asesinatos de líderes por parte de hombres armados conocidos como "pájaros", ellos atacaban tranquilos porque andaban con la policía, en ocasiones hasta iban policías vestidos de civil; como esa vez que llegaron buscando algunos líderes y solo encontraron a la señora Ana Carranza haciendo el almuerzo, le patearon las ollas y le dispararon a un burro en señal de advertencia. Ese día nos llenamos de miedo, pero qué nos íbamos a imaginar todo lo que se vendría después. Como a los quince o veinte días regresaron y ahí nos mataron a compañeros muy

9 Teodoro Ariza era un ganadero oriundo de la Guajira su reputación en la costa Caribe estaba relacionada con la terratenencia y la ganadería. (Verdad Abierta, 2014, 19 de julio). La prensa de la época expone otros casos donde algunos campesinos resultaron sin vida aparentemente, por disputa de tierras de propiedad de Teodoro Ariza (El Tiempo, 1994, 4 de marzo).

queridos: Antonio María Vizcaíno, Misael Rodríguez Felizzola y Manuel Orozco[10]. Cuando pensamos que ahí se había terminado todo, el 12 de mayo de 1987 volvieron, esta vez las víctimas fueron Ángela Cantillo y tres niñas de 2, 3 y 12 años de edad. Cuando todo se calmó, volvimos y encontramos los cuerpos. ¡Y eso que dos niños más se salvaron porque salieron a correr y se pudieron esconder! Hacia la una de la tarde llegó el Ejército y la Policía a recogerlos y los llevaron en helicóptero a la finca Avianca y luego se quedaron interrogándolos hasta que una tía los fue a reclamar a Plato, porque allá era donde los tenían.

A los dos o tres meses siguientes casi todos nos fuimos del territorio porque estábamos muy asustados y temíamos correr la misma suerte. Ahí fue cuando nos citaron funcionarios del INCORA para adelantar los trámites de adjudicación de las parcelas, aunque con miedo y zozobra algunos regresaron. Cuando salimos no nos quedamos quietos, nosotros hicimos manifestaciones campesinas en Santa Marta, Fundación, Plato y Tenerife para que la gente y las autoridades se enteraran de la persecución que estábamos sufriendo en nuestra lucha por un pedazo de tierra.

En los años ochenta tuvimos los primeros inconvenientes con el ELN, que para esa época ya llevaba rato en el territorio, debido a que el INCORA propuso a los campesinos de la región subsidiar el 70 por ciento del valor de las tierras para que pudieran comprarlas y así evitar problemas con aquellos terratenientes que las estaban reclamando como suyas[11]. Muchos decidieron acogerse a la idea, pero cuentan que la guerrilla los abordó e hizo saber que no estaban de acuerdo con esta oferta por parte de la entidad estatal, pues la tierra debía ser adjudicada sin ningún costo. Esta situación generó temor en la comunidad, sentíamos que de aceptar la propuesta del INCORA podíamos ser víctimas de represalias de este grupo armado, razón por la cual la iniciativa no se concretó.

Poco a poco la situación fue empeorando, producto de la presencia guerrillera en la región y su paso por el territorio de La Pola, los poleros fuimos tildados de guerrilleros. Muchos que vivieron esa época cuentan que preferían no salir de su comunidad porque en otros lugares, como en el casco urbano de Chibolo y el corregimiento de La China, se decía que la gente de La Pola era gente revolucionaria y de problemas, razón por la cual nos rechazaban. Señalan incluso que en su propio territorio fueron maltratados en múltiples oportunidades por grupos del Ejército que se identificaban como contraguerrilla del Batallón Córdoba[12].

10 De acuerdo con datos recopilados por la Organización defensora de Derechos humanos Yira Castro, en la cartilla "Ya supimos por dónde vino el agua al coco: Relato de resistencia al despojo y análisis del proceso de restitución de tierras en el Magdalena" (s, f., páginas 54 y 55), estos tres campesinos fueron asesinados el 26 de abril de 1987 en la casa del señor Manuel Orozco, después de ser torturados por policías vestidos de civil bajo órdenes de un encapuchado.

11 Aquellas personas que consideraban que tenían justos títulos de propiedad sobre esa tierra se opusieron a que se entregaran las tierras sin ningún costo y propusieron la activación del pacto social, contemplado en la ley 135 de 1961. Se trató de un pacto que reconocía la propiedad privada de éstos sobre la tierra, y en ese sentido que el INCORA le comprara las tierras a un justo precio, de tal suerte que el Estado pudiera subsidiar a los campesinos con el 70% del valor de la unidad agrícola familiar y el 30% restante debía asumirlo el beneficiario. (Centro Internacional de Toledo para la Paz, 2013, página 168)

12 El Batallón de Infantería Mecanizado No.5 General José María Córdoba - BICOR 5, está ubicado en la ciudad de Santa Marta, departamento del Magdalena.

A principios de la década de los noventa vivíamos una calma relativa. En La Pola trabajábamos conjuntamente en actividades agrícolas y ganaderas, teníamos espacios de uso común y los bienes colectivos producto de la organización campesina. Sin embargo, los grupos armados seguían en la zona y los señalamientos aumentaron cuando las guerrillas en su paso solicitaban el préstamo de las cocinas para alimentar a sus tropas. De hecho, entre el noventa y tres y el noventa y seis ocuparon dos casas de la comunidad para cocinar y en ocasiones descansar. Ahí nosotros no podíamos hacer nada.

Los grupos paramilitares fueron los más temibles y justificaban su accionar en la presencia de la guerrilla en nuestros territorios, además nos tildaban de colaboradores y así cometían múltiples abusos. Pero ellos no buscaban solo acabar con la guerrilla, querían nuestras tierras por su ubicación, para montar allí una base militar y llenar de ganado los terrenos, porque de eso era que ellos vivían. Nuestra vida diaria se vio afectada, pues las mujeres no querían salir de las casas, los jóvenes apenas salían del colegio se iban para la casa, nadie estaba afuera después de las seis de la tarde por temor a los grupos armados que entraban repentinamente. En ocasiones al salir se veían paramilitares en el camino y todos nos devolvíamos a las casas. Esto hizo que las relaciones entre vecinos mermaran, ya no nos visitábamos ni nos reuníamos, todo el tiempo teníamos miedo porque podíamos ser víctimas de reclutamiento forzado ejercido por todos los grupos, torturas, amenazas, asesinatos, desapariciones forzadas, masacres, secuestros, violencia sexual perpetrada por paramilitares, trabajo forzoso, entre otras violaciones de derechos humanos que adquirieron relevancia cuando se hicieron constantes. Pero todos esos delitos nunca los fuimos a denunciar, nosotros estábamos como encerrados en el territorio y nos daba mucho miedo hablar.

¡Se vino el desplazamiento!

¡Ay! Un día yo salí de mi tierra natal
Salí desesperado con las manos vacías
Y sentí gran tristeza al llegar a la ciudad
Huyendo de la guerra para salvar mi vida.
Poema-Canción de Aníbal Buelvas.

La década de los noventa partió nuestra historia en dos, porque el hecho que más nos impactó y nos afectó fue el desplazamiento en 1997. El 19 de julio fuimos convocados a la Casa del Balcón por el jefe paramilitar Rodrigo Tovar Pupo, alias *Jorge 40*. Todas las familias fuimos obligadas a asistir a la reunión, allí anunció que quienes fueran propietarios debían vender y a los que no tuvieran títulos sobre las tierras se les pagarían las mejoras, pero también señaló que el plazo máximo para desalojar era de quince días. De inmediato corrió la voz por toda la región, no había escapatoria, para preservar la vida todos tuvimos que arreglar la forma de salir cuanto antes. Ya no hubo tiempo ni forma de realizar reuniones comunitarias para conversar lo sucedido, cada uno buscó su mejor opción para salir (El Tiempo, 1998, 18 de marzo).

Uno de los últimos en irse fue el señor Luis Pimienta, él no había estado en la reunión de la Casa del Balcón porque estaba en Barranquilla en una operación de sus ojos, cuando regresó no creía lo que había pasado y confió en poder quedarse, no quería dejar la tierra y la vida en La Pola, pero pronto se dio cuenta del riesgo que corría y el 26 de julio de 1997 cogió lo que pudo de sus pertenecías y se marchó.

A los pocos días nos dimos cuenta que los pagos anunciados sobre los predios y las me-

joras habían sido un engaño de los paramilitares para sacarnos y que no nos iban a cumplir. Luego de salir de La Pola volvimos siete días después a las cinco de la tarde; ya no estaba *Jorge 40*, pero los hombres que estaban en la Casa del Balcón nos dijeron que nos fuéramos, las casas las fueron quemando una a una y cuando ya nos encontrábamos como a un kilómetro empezaron a disparar para que no volviéramos. Esa violencia contra nosotros trascendió a nuestros archivos. Por ejemplo, en la quema de la casa de doña Ana Carranza se perdieron los documentos que probaban nuestra lucha política, institucional y jurídica para la titulación de las tierras. Los papeles estaban a su cargo por ser la última presidenta del Comité Veredal. Y es que esos hombres no solo nos sacaron y nos humillaron, sino que también asesinaron a algunas personas, como el caso del pastor evangélico Antonio Rodríguez Felizzola quien fue atacado en la puerta de la iglesia cristiana por oponerse a abandonarla cuando dieron la orden de desocupar el territorio.

Todo ello nos produjo mucha tristeza, miedo, angustia, desespero, intranquilidad, pánico, sentimientos de humillación, dolor, incertidumbre, entre otras afectaciones sicológicas que a la fecha incluso persisten en algunos. Una de las cosas que más nos afectó fue la toma de la Casa del Balcón por parte de los paramilitares, nosotros nos teníamos que ir, pero ellos se quedaban con nuestro lugar de reunión, el lugar en el que cada día planeábamos y soñábamos como comunidad, donde habíamos concretado nuestras luchas, esa que había sido nuestro hogar desde la llegada a La Pola y que ahora parecía ser centro de planeación de actividades delictivas. Fue muy duro sentir que lo perdíamos todo, estábamos desorientados, sin saber para dónde coger y qué sería de nuestra vida.

La vida fuera de La Pola

Dios sabe cómo fue mi vida en la ciudad
Pa´conseguir el pan de cada día para mis hijos
Viví muchos momentos que no quiero recordar
Que vaina tan difícil para los campesinos.
Poema-Canción de Aníbal Buelvas.

La esperanza de regresar a La Pola junto a familiares y vecinos no era considerada ni posible. La comunicación entre nosotros era casi nula por no decir inexistente. La única forma de comunicarnos era enviar mensajes de un lugar a otro con algunos conocidos, esto principalmente para mensajes urgentes. Los sentimientos de depresión, angustia y añoranza eran constantes. En todo lo que hacíamos estaba el relato de la vida en La Pola, el encuentro con nuevas personas con quienes no teníamos relaciones de amistad, compadrazgo y menos familiares nos llenaban de tristeza e insatisfacción.

En toda la región la violencia era muy fuerte, en Fundación, por ejemplo, a diario mataban dos y tres personas. Allá, los armados tenían un método llamado *la mona* que consistía en un martillo de hierro con el que tumbaban las puertas y sacaban a las personas de sus casas. También en ocasiones se veía que mataban personas y las vestían con uniformes para pasarlas como guerrilleros, por eso sentíamos que no podíamos confiar en nadie. Cualquier cosa que se dijera podía ser utilizada para hacernos más daño, uno no hablaba casi ni con la familia.

A todos nos cambió la vida al salir de La Pola, pero no todos lo sufrimos igual, por ejemplo, las mujeres que estaban acostumbradas en La Pola a realizar labores rurales relacionadas con el cuidado de su propia casa, los animales domésticos y las tareas del Comité, tuvieron que

dar un giro drástico a sus rutinas diarias para dedicarse a desarrollar actividades que permitieran un ingreso económico para el sustento de la familia. Los trabajos desempeñados por fuera del territorio, estaban relacionados con el aseo y el cuidado de otros hogares, cocinar, lavar, planchar, realizar la limpieza general de viviendas y estar a cargo del cuidado de niños de otras familias; así como el comercio informal de comida o artículos variados en la calle. Estas fueron las únicas labores para acceder a recursos económicos que facilitaran el sustento de sus hijos y esposos.

Los hombres, por su parte, quedaron minimizados al no poder hacer las labores que habían realizado durante toda su vida: sembrar, cosechar, limpiar el monte, conseguir leña, agua y animales para el consumo familiar, en fin. Unos pocos llegaron a trabajar en fincas, pero quienes se ubicaron en áreas urbanas no tenían posibilidades de implementar sus quehaceres rurales, por ello su contribución al hogar desde lo económico mermó considerablemente; situación que afectó su dignidad profundamente. Además, la mayoría tuvo que experimentar los rigores de la guerra en otros municipios, en donde tuvieron que ver otros abusos y ataques contra la población que allí se encontraba, una vez más sin poder decir nada.

Para los niños, las niñas, los jóvenes y los adolescentes de aquella época fue una etapa de diversos cambios. Los que estaban más grandes querían volver a ver a sus amigos, encontrarse en los lugares donde jugaban; otros tuvieron que asumir roles de adultos y pronto iniciaron la búsqueda de trabajo para el sustento familiar y propio; mientras los más pequeños rápidamente se adaptaron a la vida urbana. También cuentan los que estaban pequeños que para ellos no era claro porque salían de La Pola y les resultaba hasta divertido, la inocencia de la niñez hacía creer que era bueno ir a vivir a otro lugar, pero con el tiempo extrañaron La Pola, los amigos y el colegio.

Las condiciones en relación con las viviendas eran difíciles, el hacinamiento fue una de las cosas que más afectó, una casa se acondicionaba provisionalmente para el alojamiento de dos o tres familias, nos tocaba tirarnos en el piso y dormir todos en la sala. Esta situación dificultaba a su vez las relaciones entre miembros de la familia y generaba mucha incomodidad y tristeza por tener que soportar esto, cuando en otros tiempos en La Pola, cada núcleo podía construir una casa para vivir. La desintegración familiar fue casi obligatoria, las familias grandes con el tiempo se fragmentaron y cada uno tuvo que buscar donde vivir y diferentes actividades para obtener recursos.

La esperanza de volver a La Pola se fue disolviendo poco a poco con el paso de los años, aunque extrañábamos mucho las condiciones en el territorio, el poder de los grupos paramilitares no nos permitía ni imaginar la vida otra vez aquí. Algunos de los nuestros hasta cambiaron tanto que ya no querían venir pa' acá, se querían quedar haciendo otras cosas que no fueran el trabajo del campo. Encontrarse con otros miembros de la comunidad así fuera por casualidad causaba mucha alegría y daba ánimo, pues era algo que habíamos perdido al salir de las tierras.

¡Volvimos a La Pola!

¡Ay! Yo nunca pensé vivir esta situación
Pero dice un proverbio que todo tiene su tiempo
Aquel tiempo de ayer no es como el tiempo de hoy
Ayer lloré mi salida y hoy canto mi regreso.
Poema-Canción de Aníbal Buelvas.

A principios de 2005 empezaron a sonar las noticias sobre la desmovilización de los grupos paramilitares en el departamento del Magdalena[13] y esta situación nos hizo pensar que podíamos regresar. El retorno inició en el año 2006 cuando empezamos a comunicarnos y tratar de indagar qué pasaba con nuestras tierras. Dos líderes regionales, Juana Contreras y Orlando Yanes[14], apoyados por organizaciones como la Misión de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia de la OEA (MAPP-OEA), la Defensoría del Pueblo y la Inspección de Policía municipal de Chibolo, organizaron encuentros campesinos en el casco urbano del municipio para iniciar los procesos de retorno a los territorios rurales. Para ello se hicieron llamadas, envío de razones y búsqueda de pistas sobre quienes no se sabía nada para reunir a la mayor parte de poleros y poleras e iniciar de nuevo la lucha por las tierras.

Nosotros retornamos porque queríamos las tierras, algo que no fue fácil, fue un poco riesgoso, porque aquí había otras personas asentadas, pero teníamos deseos de recuperarlas. Como a nosotros nos gusta es el campo, cuando dijo Yanes que nos reuniéramos que nos iban a entregar los terrenos, que los íbamos a luchar otra vez, que él nos iba a acompañar, entonces nos fuimos buscando a los compadres para avisarles: "¡nos vamos pa' La Pola!". La primera visita al territorio se hizo en octubre de 2006 con acompañamiento de la policía del municipio de Chibolo. Muchos fuimos a pie, otros en burro y unos pocos a caballo, llegamos en total cuarenta parceleros de la comunidad. Al llegar allí encontramos personas desconocidas habitando el territorio que decían ser dueños de las tierras. Algunas de esas personas tenían actitudes amenazantes, y nos señalaron de ser guerrilleros, decían que nuestros títulos eran falsos y que el Estado les iba a devolver las tierras a ellos como verdaderos propietarios. Claro que luego de ubicarse en un territorio es comprensible el disgusto que genera que lleguen otros a reclamarlo como suyo. Nosotros eso ya lo habíamos vivido.

Ese mismo día los policías dijeron que desde San Ángel para La Pola iba un grupo armado que no se podía identificar si correspondía a la guerrilla o a grupos paramilitares, razón por la cual debíamos irnos de La Pola. Aproximadamente dos meses después, los campesinos volvimos a planear una entrada a La Pola. Orlando Yanes nos recomendó no entablar discusión alguna con las personas que encontráramos habitando La Pola y que tendríamos acompañamiento de la Fiscalía, la Policía, el Ejército y el Gaula. Esta vez, y como siempre, los nuevos habitantes de La Pola, realizaban acciones de tipo amenazante, pero en cuanto llegaron los miembros de las instituciones estatales se inició una larga conversación que tardó aproximadamente cuatro o cinco horas. Ese mismo día se llegó a la conclusión que ni los que reclamábamos las tierras ni los que vivían para ese entonces en ellas, debíamos permanecer allí, ambas partes abandonaríamos inmediatamente las tierras mientras una autoridad legal competente decidía.

13 "Las desmovilizaciones de las autodefensas se iniciaron el 25 de noviembre de 2003 en Medellín con el Bloque Cacique Nutibara y terminaron el 15 de agosto de 2006 con el bloque Elmer Cárdenas. En 38 actos se desmovilizaron 31.671 de los integrantes de los grupos irregulares" (Verdad Abierta, 2008, 11 de febrero). Rodrigo Tovar Pupo, alias "Jorge 40" se desmovilizó el 10 de marzo del 2006.

14 "La primera reunión fue con la OEA en Chibolo, luego organizaron otra con Acción Social, y muchos, entonces, denunciaron por primera vez el robo de sus tierras. "Fue por Orlando Yanes que tuvimos los arrestos de entrar a La Pola", dice Escobar. El 15 de noviembre de 2006, casi a punto de cumplir una década del destierro, ¡una década!, 40 desplazados llegaron hasta La Pola acompañados de las autoridades. Yanes les decía: "¡ánimo, no se asusten, que vamos por la tierra!" (Revistagentecolombia.wordprees.com, 2011).

Aunque el acuerdo era que el Ejército permanecería en el territorio hasta que se tomara una decisión sobre la pertenencia de las tierras, las personas que estaban viviendo allí les pasaron una vaca a los soldados para que los dejara seguir sacando madera y guardando el ganado en la zona. Además, ese mismo día el comandante del Ejército le dijo a César Escorcia (líder de nosotros los poleros) que estaba cansado con la situación y que si el 15 de enero no se había resuelto nada dejarían el territorio solo. Ante esta situación decidimos que, si salía el Ejército, nosotros íbamos pa' dentro. Así, el 15 de enero de 2007 nos reunimos con hamacas, calderos y ollas para regresar a La Pola. Al llegar solo encontramos una persona que se iba con sus chócoros[15] y nos instalamos de nuevo en la Casa del Balcón. Esta se encontraba casi desecha con las paredes rotas y abaleadas, pero en ella duramos al menos dos años mientras reconstruíamos lo perdido. Ver el Balcón medio destruido y abandonado después de cómo había sido años atrás nos causó mucha nostalgia sentir que debíamos empezar de cero otra vez con el peso de las angustias y las experiencias de esos años fue difícil, pero los poleros y las poleras siempre hemos sido unos luchadores y el amor por nuestra Pola era más fuerte que los recuerdos tristes.

A partir de ese día lo que hicimos fue organizar de nuevo el territorio. Como no había rastro de los ranchitos y casas que la población había construido en los ochenta en sus parcelas ni señal de las demarcaciones de cada una de ellas, todos debimos iniciar de nuevo la brega para encontrar la ubicación de las parcelas y construir un lugar donde vivir.

15 Palabra que se usa en la región para referirse a bienes muebles y enseres.

Retornar no fue fácil, estuvo lleno de obstáculos y un año después de estar en el territorio (en el mes de julio), llegaron tropas del Ejército y grupos antimotines de la Policía a desalojar los parceleros del predio Villa Luz, ordenaron desocupar las viviendas y hasta las quemaron. Ellos llegaron con un señor llamado Miguel Ángel Guzmán Escobar que decía ser el propietario de este sector de La Pola, soportaba su afirmación en una resolución de adjudicación del INCORA del año 1984. La misma Fiscalía muchas veces nos dijo que el predio de Villa Luz era propiedad privada y teníamos que desalojarlo, incluso por esos hechos se interpuso una acción de tutela en Plato que al principio no querían recibir, así estuvimos hasta que César Escorcia dijo que iba a denunciar esos atropellos.

Una vez recuperada la tenencia material de la tierra por parte de la mayoría de los poleros, y dadas las acciones policivas que habíamos tenido que soportar, en el año 2009 emprendimos una lucha en el terreno jurídico. Algunos líderes y lideresas habían logrado contactarse con la ONG Yira Castro debido a su participación en encuentros comunitarios y organizativos de personas víctimas de desplazamiento forzado realizados en Bogotá. Esta ONG nos prestó la asesoría jurídica necesaria para recuperar las tierras e inició las acciones en derecho para cumplir con este objetivo. Desde entonces hemos sido visibles como campesinos que exigimos la garantía de nuestros derechos.

Si les contáramos… recuperar las tierras también implicó darnos cuenta del estado de los bienes colectivos que se habían visto afectados en esa etapa del desplazamiento ya sea por mal uso o por abandono, y empezar a buscar opciones para suplir las necesidades. Por ejemplo, aunque quedaban vestigios del jagüey ubicado

Quema de casa en el retorno, corregimiento La Pola, municipio de Chibolo, Magdalena, 2008. Fuente: Corporación Jurídica Yira Castro.

en el sector de Santa Rosa[16], este se dejó de usar debido a la dificultad de acceso para llegar a él. Dados los cambios realizados en el territorio por parte de los paramilitares, el camino que conducía a éste se inundó dificultando por completo la entrada. Por otra parte, el abandono en su cuidado por un lapso de diez años ocasionó que la vegetación creciera alrededor limitando el acceso. Por lo tanto, hoy en día no hay garantías para obtener el recurso hídrico para las personas que se beneficiaban del jagüey y las posibilidades de obtener agua en épocas largas de verano son difíciles, cuestión que afecta tanto el bienestar físico como la economía, ya que de este se tomaba en ocasiones agua para la hidratación de ganado.

En relación con el Caño de La Pola, después del retorno de la comunidad surgieron desacuer-

16 Un aspecto que resulta importante mencionar respecto del jagüey es que el terreno donde se encuentra ubicado no es considerado jurídicamente como colectivo o público. Se menciona por parte de la comunidad que desde 1994 cuando se surtió la etapa de adjudicaciones por parte del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA), este bien fue considerado parte del inmueble que se tituló a la señora Orfelina Polo de La Cruz y no fue excluido de manera legal de dicha propiedad.

dos frente al uso de este. La familia dueña de la parcela donde se encuentra ubicado nos ha expresado que éste puede ser aprovechado por la comunidad si tomamos el agua en cantidades moderadas, pero no permiten usar el agua de este lugar para establecer un sistema de acueducto público. Esta situación es producto de la desarticulación y desunión colectiva que se consolidó a partir del desplazamiento, y que en la titulación no se mantuvieron los acuerdos de los años ochenta sobre su uso comunitario. Esto quiere decir que en la actualidad no contamos con acceso permanente y suficiente al agua, sino que dependemos del llenado de canecas en ocasiones en el Caño y en otras de aguas lluvias, lo cual no nos garantiza condiciones de salubridad.

Respecto a las instituciones educativas, el Colegio Misael Rodríguez Felizzola ya no existe, en su lugar solo quedan escombros. En los noventa se había proyectado construir la sede en materiales más duraderos. La comunidad había realizado algunas mingas con el objetivo de recolectar piedra, arena y otros materiales, incluso se habían comprado varios bloques de ladrillo, pero después del retorno no encontramos nada de eso. Sin embargo, nosotros queremos construir el colegio nuevamente para que los niños tengan acceso a una buena educación y cuenten con facilidades de asistir a clases, porque los niños del sector donde éste quedaba ubicado se ven obligados a trasladarse hasta la sede educativa Los Tres Ángeles, aproximadamente una hora de camino en burro, cuando las condiciones del terreno lo

Transporte de agua a casas, corregimiento La Pola, municipio Chibolo, Magdalena, 2016. Fuente: álbum familiar de Aura Matiu.

permiten. Eso influye determinantemente en la integridad de los menores, ya que por causa de los largos recorridos que deben realizar bajo el sol, manifiestan constantes dolores de cabeza y deterioro de su salud. Por todas estas cosas es que algunas familias no han podido regresar a sus parcelas y para garantizar el estudio de sus hijos han decidido ubicarse cerca a centros educativos de otros lugares como el municipio de Chibolo. Otras familias se han visto en la necesidad de enviar sus niños a vivir fuera de La Pola en donde familiares que se encuentren cerca de instituciones educativas, alejándolos del núcleo familiar.

A raíz del desplazamiento el Colegio los Tres Ángeles sufrió serios deterioros, cuando retornamos lo encontramos sin posibilidad de uso, los pupitres ya no estaban, la biblioteca había sido destruida y los demás implementos como un globo terráqueo ya no existían. La sede educativa fue reemplazada por una que funciona actualmente en el sector de La Pola Pequeña construida en el año 2008 por la Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional[17]. El centro de salud fue reconstruido en el mismo año y es atendido por una promotora de salud nombrada por el hospital de Chibolo; en cambio las Canchas deportivas y la iglesia no han sido nuevamente edificadas y de las que nosotros habíamos construido no queda rastro.

Los caminos y puentes también resultaron afectados con la violencia. La reconfiguración del territorio por parte de los paramilitares eliminó el orden territorial establecido por los campesinos. Las parcelaciones de los años ochenta fueron desmontadas, las cercas establecidas con palos y alambre por el campesinado fueron anuladas y el territorio reordenado para la ganadería, ejemplo de ello son los tanques de agua ubicados para dotar los potreros, igual ocurrió con algunos puentes. La vía más afectada con el desplazamiento de la población y el establecimiento de los paramilitares en la vereda fue la de La China: la desestructuración de los precarios, pero importantes puentes de su trayecto por parte de estos, generó ciertas complicaciones para el retorno, y con ello las dificultades de comunicación con esta y otras veredas para la compra y venta de productos agrícolas como el queso, el maíz y la yuca.

El proyecto comunitario del centro poblado también se vio afectado con la violencia. Al regresar, de las dieciocho casas edificadas no encontramos nada, todo había sido destruido. La situación jurídica en relación con la propiedad de las tierras de La Pola fue un tema principal cuando volvimos. Si bien, muchas familias poleras poseían títulos sobre sus predios, y otras estaban a la espera de trámites por el INCODER[18] para adquirir legalmente la propiedad de sus parcelas, todas se encontraban con incertidumbre respecto de los documentos legales. Esto ocurrió porque aquí no solo nos despojaron los paramilitares y sus testaferros sino también desde las notarías donde en ocasiones aparecieron otras personas como dueñas de nuestras parcelas[19].

17 Establecimiento público, del orden nacional, adscrito al Departamento Administrativo de la Presidencia de la República, creado mediante el Decreto 2467 de 2005.

18 Instituto Colombiano de Desarrollo Rural, Creado mediante el Decreto 1300 de 2003. Institución encargada de regular la ocupación y aprovechamiento de las tierras baldías de la Nación y Ordenar y adelantar la expropiación de predios, mejoras y servidumbres de propiedad rural privada o pública, cuando se determine su interés social.

19 Entiéndase el despojo como "un proceso en el cual intervienen varios actores, a través de varios repertorios simultáneos o sucesivos en el tiempo […] hace parte de procesos de mayor envergadura, en tanto está profundamente atado a las motivaciones y fines de los autores materiales e intelectuales que lo originan, así como a las lógicas locales, regionales y nacionales de orden político, económico, social y cultural (GMH, 2010, página 46).

En 2013 recibimos las buenas noticias de que la Sala Civil Especializada Restitución de Tierras del Tribunal Superior del Distrito Judicial de Cartagena y el Juzgado Primero Civil del Circuito especializado en Restitución de tierras de Santa Marta dictaron tres sentencias centradas en la adjudicación de tierras por parte del INCODER en favor nuestro, específicamente para los poleros y poleras de los sectores Villa Luz, Santa Rosa y La Tolua a quienes se les otorgó plena credibilidad para la restitución (Corporación Jurídica Yira Castro, 2016).

Además, en 2012 habíamos sido reconocidos como Sujeto de Reparación Colectiva por parte de la UARIV y en el mismo año (en el mes de julio) esta entidad inició el Proceso de Reparación Colectiva con la fase de acercamiento. El proceso se desarrolló entre 2012 y 2015 y arrojó un Plan Integral de Reparación Colectiva el 3 de marzo del año 2015, que continúa en implementación. Poco a poco vamos avanzando con las instituciones en la adecuación y mejoramiento del territorio, porque las condiciones de vida que enfrentamos son precarias, en este corregimiento no hay ningún tipo de servicio público domiciliario; no tenemos acueducto, el agua de consumo humano se adquiere de la recolección de aguas lluvias, mientras que para otros usos se utilizan los jagüeyes, tampoco contamos con alcantarillado, ni servicio de recolección de basuras, para la energía eléctrica recientemente se están haciendo las instalaciones y algunas viviendas cuentan con plantas solares, en La Pola no hay distribución de gas combustible y la señal de comunicación para teléfonos celulares es escasa (UARIV, s.f.). Sin embargo, lo que tenemos más claro es que en La Pola la comunidad está compuesta por hombres y mujeres que dedican su vida al trabajo del campo en medio de grandes dificultades; y a pesar de esas necesidades insatisfechas, los poleros y poleras nos las hemos ingeniado para vivir; con arduo trabajo pero de una manera alegre, reconstruimos nuestras formas organizativas y recuperamos los comités campesino, de mujeres, de niños y niñas, y además tenemos el comité de impulso para el trabajo con las entidades gubernamentales, algunas personas de la comunidad conformaron el grupo de gestores de memoria, nos organizamos y movilizamos para mejorar nuestras condiciones de vida porque en La Pola somos gente de temple.

Aquí hemos establecido proyectos de vida relacionados con la cría de animales como carneros, vacas, pavos, cerdos, gallinas, jicoteas[20], entre otros, lo cual permite obtener una buena parte de recursos económicos para el sustento, bien sea porque se crían para la venta, para el consumo interno o para la explotación de sus productos, como en el caso de la leche que se vende o se procesa para hacer queso costeño. Igualmente, el trabajo agrícola mediante la siembra y cosecha de yuca, ñame, arroz, maíz, patilla, melón y otros frutales contribuye a la permanencia de la población en el territorio. Debido a que este territorio no cuenta con vías pavimentadas o medianamente adoquinadas, el burro ha sido el medio de transporte y de trabajo más empleado. Hoy en día las motos también se han vuelto comunes para el transporte tanto de personas como de alimentos y contribuyen a dinamizar la economía social que se mueve en el corregimiento.

En la actualidad vivimos tranquilos, nos hemos unido nuevamente como comunidad y vamos todos para el mismo lado. La Pola es

20 Especie de tortugas.

Mujer rayando el queso que se produce en su casa, corregimiento de La Pola, municipio Chibolo, Magdalena, 2016. Fuente: álbum familiar de Aida Guzmán.

un territorio bonito, amañador, alegre, aquí el que viene no se quiere ir, así que después de contarles nuestra historia los invitamos a conocernos, a recorrer nuestros paisajes y a celebrar que nuestras luchas están dando frutos. Si se animan solo tienen que tomar un bus desde Valledupar en la Terminal de Transporte hacia Plato, municipio del Magdalena, actualmente (2018) este tiene un valor aproximado de treinta mil pesos, al llegar a Apure, luego de más o menos tres horas de recorrido, un carro los puede llevar a Chibolo. Desde Chibolo a La Pola son unos quince minutos en moto y ¡aquí los esperamos!

Encuentro colectivo de memoria, corregimiento La Pola, Municipio Chibolo, Magdalena, julio 2014. Fotografía: Kalia Ronderos para el CNMH.

Referencias

CNMH, Encuentros de memoria con la comunidad realizado con líderes y lideresas de la comunidad de La Pola, Chibolo, Magdalena. Agosto de 2013 a noviembre de 2015.

Centro Internacional de Toledo para la Paz, (2013), *Sexto informe Observatorio Internacional DDR – Ley de Justicia y Paz,* en http://www.citpaxobservatorio.org/images/stories/documentos/viinforme/vi.pdf, recuperado el 3 de abril de 2017, a las 4:50 pm.

Corporación Jurídica Yira Castro, (2016), *Informe de los Comités de Impulso de La Pola y La Palizúa, sobre el estado de cumplimiento de las sentencias de restitución de tierras en materia de reparación*, en http://cjyiracastro.org.co/wp-content/uploads/2017/04/INFORME-COMITES-WEB-ABRIL-18-2.pdf, recuperado el 26 de enero de 2018, a las 8:30 am.

Corporación Jurídica Yira Castro, (sin fecha), *Ya supimos por dónde vino el agua al coco: Relato de resistencia al despojo y análisis del proceso de restitución de tierras en el Magdalena*, en http://cjyiracas-

tro.org.co/wp-content/uploads/2016/04/informe-chibolo.pdf, recuperado el 23 de enero de 2015, a las 8:30 am.

ElTiempo.com, (1994, 4 de marzo), "Por disputa matan a cinco campesinos", disponible en http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-63273, recuperado el 6 de febrero de 2017, a las 4:10 pm.

ElTiempo.com, (1998, 18 de marzo), "Desplazados al por mayor en Magdalena", disponible en http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-784583, recuperado el 6 de febrero de 2017, a las 4:20 pm.

El Vocero de la Provincia, (2013, 19 de septiembre), "Chibolo: Victimas de paramilitares retornan a las tierras que les arrebataron", disponible en http://elvocerodelaprovincia.com/chibolo-victimas-de-paramilitares-retornan-a-las-tierras-que-les-arrebataron/, recuperado el 15 de septiembre de 2016 a las 9:23 am.

GMH. *La tierra en Disputa. Memorias del despojo y resistencias campesinas en la costa caribe 1960-2010.* Ediciones Semana, 2010.

Misión de Observación electoral – MOE, (sin fecha), "Monografía Político Electoral Departamento de Magdalena 1997 a 2007", disponible en https://moe.org.co/home/doc/moe_mre/CD/PDF/magdalena.pdf, recuperado el 2 de agosto de 2016, a las 10:13 am.

Ospina, Raúl, (2016). *Historias del Magdalena de Raúl Ospino Rangel,* disponible en: http://historiasdelmagdalena.blogspot.com/, recuperado el 7 de febrero de 2017, a las 2:40 pm.

Revistagentecolombia.wordpress.com, (2011, 25 de mayo), *Chivolo, la tierra prometida*, disponible en: https://revistagentecolombia.wordpress.com/2011/05/25/chivolo-la-tierra-prometida/, recuperado el 21 de octubre de 2015, a las 8:50 a.m.

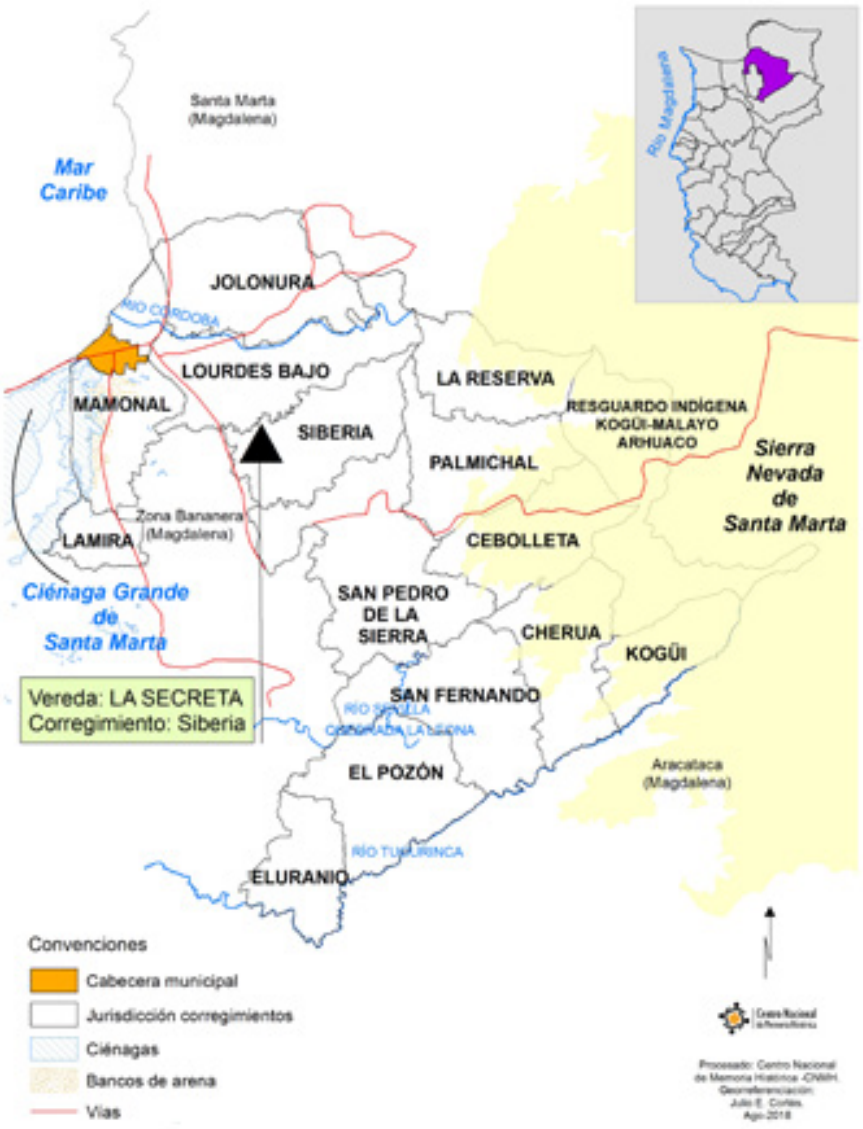
Unidad de Atención y Reparación Integral a Victimas, UARIV, (sin fecha), *Sujeto de reparación Colectiva Chibolo-Magdalena.*

Verdadabierta.com, (2008, 11 de febrero), "La desmovilización: el proceso de paz (2003-2006)", disponible en: https://verdadabierta.com/periodo4/, recuperado el 7 de febrero de 2017, a las 3:30 pm.

Verdadabierta.com, (2014, 19 de julio), "Una familia guajira reclama 5 mil hectáreas en tres departamentos", disponible en https://verdadabierta.com/una-familia-guajira-reclama-5-mil-hectareas-en-tres-departamentos/, recuperado el 2 de agosto de 2016, a las 11:00 am.

La Secreta siembra esperanza

Mapa 5. Ciénaga, Magdalena



Fuente: Cartografía básica: IGAC.

La Secreta es una hermosa vereda montañosa del corregimiento de Siberia, en el municipio de Ciénaga, en la zona norte del departamento de Magdalena en estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta. El territorio de la vereda se ubica desde los 30 msnm hasta los 1200 msnm, en el pico de Las Águilas. Nuestra vereda es una tierra fértil, como decimos acá: lo único que no se cosecha en La Secreta, es lo que no se siembra.

Placa topografica de cobre instalada en el año 1954 en el punto más alto de La Secreta, el Pico de Las Águilas a 1200 m.s.n.m. Fotografía de Ludys Rios Tobias, mujer de la comunidad de La Secreta.

Lastimosamente el conflicto armado no ha sido algo ajeno para nosotros, pues desde la década de los ochenta la guerrilla ya se veía por esta zona, especialmente buscando reclutar a los jóvenes de nuestra comunidad. Años después sentimos el impacto de la presencia de los paramilitares cuando en mayo de 1992 realizaron una masacre en el sitio conocido como El Reposo, que es la entrada a la vereda La Secreta; en esa oportunidad mataron unas siete personas y otras dos quedaron gravemente heridas.

En el mes de octubre del año 1998, los días 12 y 13, la historia de nuestro pueblo cambió para siempre. Ese día llegaron al menos 80 paramilitares del Bloque Norte de las AUC y de las Autodefensas del Palmar, recorrieron las veredas La Secreta, La Unión, Parranda Seca y el Chimborazo y asesinaron, con lista en mano, a cerca de 20 campesinos; entre ellos varias personas de la familia Castillo Legarda (Rutasdelconflicto.com; Verdad Abierta, 2013, 29 de julio). Unos días después, el 20 de octubre, se presentó un enfrentamiento entre la guerrilla y funcionarios del Cuerpo Técnico de Investigaciones (CTI) de la Fiscalía, quienes venían a hacer el levantamiento de los cadáveres de la familia Castillo Legarda, como resultado la guerrilla del ELN secuestró por más de tres años a cuatro personas del CTI (El Tiempo, 1998, 21 de octubre).

Luego de la masacre de octubre de 1998 La Secreta se convirtió en un pueblo fantasma. Casi todas las familias nos desplazamos, fuimos más de 140 familias las que decidimos abandonar nuestras tierras, las que heredamos de nuestros padres, para proteger la vida.

Además de estos graves hechos, como a mediados de los años noventa, varias personas del pueblo fueron asesinadas o torturadas por los diferentes actores del conflicto armado. Incluso algunos líderes de las Juntas de Acción Comunal fueron víctimas de las acciones de los paramilitares, lo cual generó entre nosotros miedo y zozobra; algunas familias nos desplazamos hacia Ciénaga u otros municipios por esa causa y por los constantes enfrentamientos entre las guerrillas y los paramilitares.

Pero en medio de todo ese conflicto armado que ha azotado a la vereda La Secreta, desde hace ya más de 30 años, sobresale la fortaleza de nuestra comunidad que siempre ha trabajado unida para sacar adelante la vereda, especialmente nuestra agricultura.

Desde la vereda La Secreta se divisa la Ciénaga Grande de Santa Marta. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Bienvenidos a La Secreta. Fotografía: Osiris Santiago, estrategia "Entrelazando" Reconstrucción del tejido social del programa de Reparación Colectiva de la UARIV.

Desde que se creó la vereda La Secreta esta ha sido siempre una tierra muy fértil apta para gran variedad de productos agrícolas. Esa es otra historia para contar: la de cómo se formó la vereda La Secreta y por qué se llama así. Las personas mayores del pueblo cuentan que la vereda fue fundada por los señores Rafael Barrios, José María Ríos, Aquileo Sierra, Ignacio Sierra, Ignacio Núñez, Andrés Alberto Zamora y José de La Cruz Pérez, todos ellos provenientes del municipio del Carmen de Bolívar. Al principio ellos se asentaron a lo que hoy le llaman el Portón de Morano, que anteriormente lo llamaban El Rodeo. Ellos eran dueños de toda la tierra que hay desde El Reposo, el punto de entrada a La Secreta sobre la vía que conduce de Ciénaga a Fundación, hasta bien arriba. Ellos tenían ahí sus cultivos de algodón, yuca, maíz y vivían del arroz, que era lo que más se cosechaba. Ya hoy en día no hay algodón, ese cultivo se acabó como a mediados de los cincuenta.

Cuentan que para la década de 1940 esas personas, los primeros colonos, decidieron empezar a subir y a tumbar monte para coger más tierras. Estando en esas se encontraron con las tierras del Cachaco Duque, él les impidió pasar diciendo que esas tierras eran de su propiedad. Ante esa situación, la gente que quiso meterse a esas tierras que no tenían dueño, optaron por meterse a escondidas en las noches. Ellos se metían solos, sin animales, en las noches y duraban allá toda una semana trabajando la tierra. Como la gente entraba en secreto, para que el Cachaco Duque no se diera cuenta, los pobladores le pusieron de nombre a la vereda La Secreta. A los años el señor Duque sufrió un accidente y no pudo volver a sus tierras. Desde ahí empezaron los fundadores, con otras personas que fueron llegando en busca de tierras, a organizarse para definir linderos y cuántas hectáreas de tierra le correspondían a cada quien. Al ver que las tierras eran muy fértiles y se daban buenas cosechas, los pobladores se organizaron para crear caminos y sacar mejor los productos. El primer camino que hubo acá en La Secreta fue el de Calabacito. Ese era el camino principal. (UARIV, 2015).

Chapolas de café, la finca Bellavista. Fotografía de Breiner Rúa, joven de la comunidad de La Secreta.

Al principio los primeros pobladores eran personas de la costa, costeños. Con los años y con el impacto de La Violencia en el interior del país, empezaron a llegar los cachacos a estas tierras; eran personas del interior del país, sobre todo de los santanderes, Caldas y Tolima, quienes venían buscando huirle a la lucha entre liberales y conservadores y de paso tener su tierra propia. Y como siempre ocurre, al principio solo vinieron hombres a buscar y trabajar la tierra y ya cuando tuvieron algo estable llegaron las mujeres con los hijos más pequeños.

En esas épocas donde no había casi nada, los hombres se organizaban en grupos para irse de cacería durante cuatro o cinco días. Cogían monte adentro a buscar el zaino, el manao, el venado, la pava, el pajuil, todo lo que cazaban lo salaban para que no se les fuera a dañar y al final repartían en partes iguales la carne. Llegaban a la casa con carne hasta para un

mes. Como en las fincas se cultivaba tomate, cebolla, frijol, arroz y maíz y de la cacería se conseguía la carne, lo único que les tocaba ir a buscar a Ciénaga era la sal.

Ya como en el año 1955 empezaron a llegar los rumores a La Secreta de que en la vereda San Pedro se estaba cosechando café. Los señores Andrés Alberto Zamora y José María Ríos se aventuraron y se fueron hasta San Pedro a conseguir las chapolas de café. Ahí empezó el cultivo en La Secreta. Hoy en día el café de La Secreta es un producto orgánico que se exporta a Estados Unidos, Japón, Bélgica y Alemania bajo el sello Agrosec, mientras que en el mercado interno se conoce con la marca Kuali. Esto ha sido posible gracias al esfuerzo de más de 60 familias campesinas, y del líder social Silver Polo Palomino, agremiadas en la Asociación de Agricultores Orgánicos de la vereda La Secreta (Agrosec), creada en 2005; este proyecto también ha contado con el respaldo de la Unidad de Restitución de Tierras, la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, el Departamento para la Prosperidad Social, la Embajada de Suecia y la Organización de las Naciones Unidas a través de su organismo para la Alimentación y la Agricultura, FAO (Food and Agriculture Organization). (El Tiempo, 2017, 2 de junio; Revista Dinero, 2017, 14 de junio).

En la vereda contamos con un proyecto productivo liderado por la Asociación de Apicultores de La Secreta (Apisecreta) y apoyado también por la Embajada de Suecia para producir miel de abejas; son 46 las familias campesinas que se dedican a la apicultura, quienes cuentan ya con 300 colmenas de abejas para alcanzar una producción de 10 toneladas de miel cada año. (El Tiempo, 2016, 22 de agosto).

Además, tenemos cultivos de diferentes frutales como el mango, la guanábana, el limón y la mandarina, también producimos fríjol, maíz, yuca, malanga, plátano, hortalizas —como el cilantro que se comercializa fuera de la vereda— y el aguacate, que en cada cosecha anual llegamos a sacar más de 500 toneladas, con esto el aguacate es el segundo

En la vereda La Secreta funciona el centro de acopio y planta para tostar y empacar el café orgánico que produce la Asociación de Agricultores Orgánicos de la vereda La Secreta (Agrosec), la principal organización de esta naturaleza en la vereda. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

La comunidad de la vereda La Secreta se caracteriza por los emprendimientos y organizaciones que han construido alrededor de la agricultura y la apicultura. Estos han sido la manera en que le han hecho frente a las afectaciones que dejó el conflicto armado en su territorio. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

producto de mayor producción en la vereda, luego del café. Muchos de estos productos los estamos comercializando bajo la Asociación de Productores de Hortalizas y Frutas de La Secreta (Aprohofrusec).

Los proyectos comunitarios que ahora existen en La Secreta, como el del café y la miel de abejas, han sido posibles gracias al empuje de nuestra gente. Desde que se conformó esta vereda hemos sido personas trabajadoras y muy organizadas. Un ejemplo de eso es la Junta de Acción Comunal que, desde la primera vez que se organizó en 1963 con el liderazgo del señor Pedro López Pallares, siempre ha trabajado por el bienestar de la comunidad. Primero la Junta ayudó a organizar a la gente para hacer los caminos para poder sacar las cargas con la cosecha que se iba a vender; luego para organizar una escuela donde Cándida Pérez, la primera profesora de La Secreta, le enseñaría a leer y escribir a los mayores; también para construir y sacar adelante la tienda comunal; y luego para hacer La Estación, hasta hoy día uno de los principales puntos de encuentro y reunión para la comunidad, y donde, además, está la cancha de fútbol de la vereda. Las mejores personas de la vereda, hombres y mujeres, han hecho parte de la Junta de Acción Comunal de La Secreta y toda la población la ha apoyado. Solo bastaba con que se hiciera sonar el cacho que convocaba a las reuniones de la Junta para que toda la vereda acudiera. (UARIV, 2015).

En la Estación esta la única cancha de fútbol de La Secreta. Es usual ver a las niñas y niños jugar fútbol a diario luego de sus clases, los fines de semana las personas adultas se suman al juego. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Quienes hemos sido nacidos y criados en La Secreta sabemos que lo más valioso de esta vereda es su gente. Sabemos también que estas tierras son fértiles y que lo único que no se produce es lo que no se siembra.

Recordamos con nostalgia esas épocas en que durante la Semana Santa en cada casa se preparaba toda clase de dulces para compartir. La costumbre era visitar cada una de las casas, porque a donde uno llegara le servían su plato de dulce, no importaba si llegábamos de a diez o doce personas. También nos integrábamos en las casas de los vecinos haciendo nuestras propias parrandas; como antes no había radio pues nos divertíamos cantando y tocando las canciones. Los sábados era el día de reunirnos a armar el parrandón en la casa del uno o del otro; uno tocaba la guitarra, otro cantaba, otro tocaba la guacharaca, otro el tambor; y mientras cantábamos, jugábamos dominó y nos integrábamos como familia y comunidad. Y como olvidar las fiestas del 24 de diciembre y los paseos familiares, con sancocho incluido servido en hojas de plátano, a la poza de La Aguja.

Muchas de nuestras costumbres como comunidad las hemos perdido, no solo a causa de la guerra, sino también porque los nuevos tiempos traen nuevas formas de integrarnos. Seguimos realizando campeonatos de fútbol relámpago para unir a la comunidad; aunque la conmemoración de la masacre de octubre de 1998 es una fecha que recuerda hechos tristes, cada año nos reunimos para reconocer la fortaleza que nos permitió seguir adelante; al final del año los grados en el colegio nos permiten cosechar los frutos y los logros que durante el año cultivamos en nuestros hijos; y los días domingo, seamos católicos, protestantes o evangélicos, nos reunimos en comunidad para darle gracias a Dios por la vida.

Señalización del camino que conduce a los sectores Aguja y Secreta. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Una de las piscinas naturales que se forman en la vereda La Secreta gracias a sus múltiples quebradas. Allí los pobladores suelen realizar los famosos paseos de olla familiares o comunitarios. Fotografía: Osiris Santiago, estrategia "Entrelazando" Reconstrucción del tejido social del programa de Reparación Colectiva de la UARIV.

En la actualidad, la vereda La Secreta la componemos unas 147 familias, la mayoría de la población son niños, niñas y jóvenes. Territorialmente estamos organizados en cinco sectores, que son Quebrada los Perros, El Guacamayo, La Aguja, Sector Centro y San Martín. Nuestra Junta de Acción Comunal es una organización sólida que se encarga de liderar y gestionar los proyectos que requiere la comunidad para su bienestar; también tenemos la fortuna que en el año 2017 el líder de La Secreta Silver Polo Palomino fue nombrado presidente de la Asociación de Juntas de Acción Comunal del municipio de Ciénaga. También contamos con las organizaciones campesinas que ya mencionamos —Agrosec, Aprohofrusec, Apisecreta— y con la Fundación Pro-Víctimas de La Secreta, que junto al Comité de Impulso y los tejedores y tejedoras de la estrategia Entrelazando, de la Unidad de Atención y Reparación Integral a Víctimas, lideran los procesos de reparación colectiva para la vereda. Parte de la vocación de organización de nuestra población es gracias al acompañamiento y constante proceso formativo en liderazgo y Derechos Humanos que recibimos del Consejo Noruego para los Refugiados.

Claro que nos faltan muchas cosas para que esta sea una vereda realmente próspera y que lo que producimos llegue a todo el país. Nos urge mejorar la carretera, pues en las actuales condiciones solo hay espacio para que transite un vehículo y el recorrido de la carretera de 15 kilómetros, desde La Quebrada Los Perros hasta la vía a Ciénaga (en El Reposo) puede durar hasta una hora, si es verano, y dos horas en invierno. Pero como mucha gente no tiene moto o no cuenta con los 15 mil pesos que cobra el mototaxi o los 10 mil pesos del pasaje en el carro que hace la ruta diaria, las personas deben hacer un recorrido de tres a cuatro horas, a pie o en mula, para ir al médico a Ciénaga o hacer alguna diligencia. Y esa es precisamente otra dificultad que tenemos pues no contamos con un puesto de salud y una enfermera que atienda alguna urgencia que se pueda presentar en la vereda.

Otro de los reclamos que constantemente hacemos es por los servicios públicos. En la actualidad el agua nos llega a cada casa o finca a través de un sistema de mangueras por gravedad, sistema que cada familia construye para llevar el agua de las quebradas hasta las casas y cultivos. Energía eléctrica no tenemos, algunas personas han comprado plantas eléctricas o solares con sus propios recursos y recientemente la Unidad de Restitución de Tierras ha entregado plantas y paneles solares a algunas familias como parte del proceso de restitución de tierras en el que estamos desde hace varios años. (URT, 2016).

Tampoco contamos con buenos espacios de recreación para los jóvenes, los niños y las niñas, pues solo hay una cancha de fútbol de tierra que no cuenta con gradas ni arcos, mejor dicho, es solo un pedazo de tierra donde los pe-

El burro y el caballo son los medios de transporte más usuales entre las personas que habitan la vereda La Secreta. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

lados se la pasan jugando. Esa es la cancha de fútbol que esta desde la época de los paramilitares, porque ellos fueron los que obligaron a una familia a ceder los terrenos para su construcción. El comandante de los paramilitares también decidió hacer una casa de madera en La Estación, junto a la tiendita comunal, para él tener donde llegar y reunirse; esa casa la hizo con el techo y la madera que quedó de la Iglesia cristiana y muchas casas abandonadas.

Torneo relámpago de fútbol organizado por la comunidad de La Secreta, con el apoyo de la UARIV, en el marco de la conmemoración de octubre de 2014 con la cual se recordó el desplazamiento masivo de años atrás. Fotografía: Osiris Santiago, estrategia "Entrelazando" Reconstrucción del tejido social del programa de Reparación Colectiva de la UARIV.

A pesar de las dificultades y los malos años que vivimos, reconocemos que nos hemos fortalecido como comunidad y que cada día luchamos para que La Secreta sea reconocida a nivel mundial como una tierra prospera que tiene mucho que ofrecerle al país. Acá seguimos trabajando la tierra cada día para llevar a todo el mundo el mejor café de Colombia, miel de abejas de excelente calidad, aguacates de tres variedades, frutas y hortalizas deliciosas. Nuestra riqueza es esta tierra, la misma que queremos heredarles a nuestros hijos para que ellos continúen cultivándola; pero lastimosamente la juventud se ve obligada a irse a Ciénaga u otros lugares, porque en la vereda no hay oferta de educación superior para ellos. Y otros toman la decisión de abandonar el pueblo e irse a las ciudades para emplearse en los trabajos que allá se ofrecen. Si esta situación no cambia y los jóvenes no valoran más la tierra y el trabajo campesino, en un futuro se perderán muchos cultivos y ya no habrá quién coseche. Nuestro sueño es que los jóvenes regresen al campo y sigan sembrando en estas tierras.

¡Anímese a visitar La Secreta! Pueden venir a finales de año cuando empieza la cosecha de café; o en agosto y diciembre cuando recogemos la zaragoza; o entre junio y julio cuando salen los aguacates; si le gusta el mango, debe venir en mayo o en diciembre; o mejor venga en agosto para que pruebe nuestro maíz. No importa en qué mes nos visite, siempre que venga encontrará una rica guanábana y podrá llevarse un poco de nuestra miel.

La Estación es el principal punto de encuentro y reunión para la comunidad de La Secreta. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Referencias

CNMH. Encuentros colectivos de memoria con la comunidad de La Secreta, Ciénaga, Magdalena. Agosto de 2016 a septiembre de 2017.

Dinero.com, (2017, 14 de junio), "El café le devuelve la vida a La Secreta, la vereda que casi extinguen los 'paras'", disponible en http://www.dinero.com/emprendimiento/articulo/agrosec-proyecto-agricola-de-exportacion-de-cafe-desde-colombia/246468, recuperado el 17 de octubre de 2017, a las 10:50 a.m.

ElTiempo.com, (1998, 21 de octubre), "Eln secuestra agentes del CTI en el Magdalena", disponible en http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-847977, recuperado el 18 de octubre de 2017, a las 10:00 a.m.

ElTiempo.com, (2016, 22 de agosto), "Labriegos de La Secreta están sembrando paz", disponible en http://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/la-secreta-vereda-en-la-que-ahora-se-siembra-paz-43312, recuperado el 18 de octubre de 2017, a las 11:10 a.m.

ElTiempo.com, (2017, 2 de junio), "Los desplazados que ahora exportan café a 16 países", disponible en http://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/los-desplazados-en-la-secreta-que-exportan-cafe-95056, recuperado el 18 de octubre de 2017, a las 11:30 a.m.

Rutasdelconflicto.com, (sin fecha), "Masacre de La Secreta y La Unión", disponible en http://rutasdelconflicto.com/interna.php?masacre=561, recuperado el 18 de octubre de 2017, a las 3:20 p.m.

Unidad de Atención y Reparación Integral a las Víctimas UARIV, (2015, 13 de octubre), *La Secreta cuenta su historia*, por Arístides Zamora, José María Ríos.

Unidad de Restitución de Tierras URT, (2016, 12 de diciembre), *La restitución sigue dando frutos en La Secreta*, en https://www.restituciondetierras.gov.co/inicio?p_p_auth=NsWBs6DR&p_p_id=101&p_p_lifecycle=0&p_p_state=-maximized&p_p_mode=view&_101_struts_action=%2Fasset_publisher%2Fview_content&_101_returnToFullPageURL=%2Finicio&_101_assetEntryId=766021&_101_type=-content&_101_urlTitle=la-restitucion-sigue-dando-frutos-en-la-secreta&redirect=https%3A%2F%2Fwww.restituciondetierras.gov.co%2Finicio%3Fp_p_id%3D3%26p_p_lifecycle%3D0%26p_p_state%3Dmaximized%26p_p_mode%3Dview%26_3_groupId%3D10184%26_3_keywords%3Dla%2Bsecreta%26_3_struts_action%3D%252Fsearch%252Fsearch%26_3_redirect%3D%252Finicio&inheritRedirect=true, recuperado el 18 de octubre de 2017, a las 3:00 pm.

VerdadAbierta.com, (2013, 29 de julio), "Los Rojas y su responsabilidad en el desplazamiento de La Secreta, Magdalena", disponible en http://www.verdadabierta.com/component/content/article/251-restituciones-/4687-los-rojas-y-su-responsabilidad-en-el-desplazamiento-de-la-secreta-magdalena, recuperado el 18 de octubre de 2017, a las 4:10 p.m.

Pailitas y las luchas por la organización social

Mapa 6. Pailitas, Cesar

Fuente: Cartografía básica: IGAC.

Pailitas es un municipio del Cesar, está conformado por cinco corregimientos y treinta y siente veredas; la quebrada Arroyo Hondo lo atraviesa de oriente a occidente. Limita al norte con el municipio de Chimichagua, al sur con Pelaya, al este con el departamento de Norte de Santander y al oeste con el municipio de Tamalameque. Se encuentra ubicado a 226 km de Valledupar, para llegar a nuestro municipio se puede tomar un bus en la terminal de transporte de la capital departamental, este tiene un valor promedio de treinta mil pesos y el recorrido dura aproximadamente 3 horas. En Pailitas vivimos un poco más de 20.000 habitantes (DANE, 2005).

Nuestro municipio recibe su nombre por el Pozo Las Pailas donde comenzó nuestra historia en 1939, según cuentan algunas personas: una comisión del Ministerio de Obras Públicas, proveniente del Carmen (Norte de Santander), llegó para hacer el trazado de la carretera troncal de oriente. Este comenzó en el caserío Villa-Nueva, pero uno de los ingenieros perdió la brújula con la que se orientaban, a causa del alboroto de una quebrada cercana, lo que ocasionó el extravío de la comisión en medio de la selva. Ocho días después los hermanos Arce se encargaron de llevar la comisión hasta la sabana de La Mula, lo que ahora es Carrizal y después a Mata de Bijao, en Pelaya. El trazado original no se siguió y se inició uno nuevo que partiría de Mata de Bijao.

Marcial Guerra, hombre conocedor de esas tierras, llevó al ingeniero de la comisión a las propiedades del señor Luis Antonio Camacho Prada, quien les permitió instalar el campamento. En el reconocimiento del lugar atravesaron una quebrada y llegaron a Pailas, lugar llano que los cautivó, allí asentaron su centro de operaciones y las viviendas del ingeniero y el médico del Ministerio de Obras Públicas. Luego con la construcción del hospital, lugar donde posteriormente funcionó el colegio San José de Tunumá, se inició oficialmente el poblamiento de Pailitas el 4 marzo de 1941. La construcción de la arteria nacional permitió que montañas, valles, sabanas y llanuras fueran colonizadas por personas que vinieron de los municipios de Carmen, Convención y Ocaña, así como de los departamentos de Santander, Antioquia, Magdalena y Bolívar. Junto con el Pozo de Las Pailas, la Serranía del Perijá, la Ciénaga de Zapatosa, la Quebrada La Floresta y el Cerro de La Cruz constituyen los lugares de mayor importancia para nosotros.

Pailitas se caracteriza por su producción agrícola: cultivamos maíz, yuca, plátano, aguacate, fríjol, tomate de árbol, cacao, lulo, mango, naranja, limón, sandía, papaya, ahuyama, sorgo, café y caña. Igualmente, para nosotros la ganadería de caprinos, ovinos, porcinos, equinos y aves de corral es una actividad casi primaria, en la mayoría de las viviendas rurales realizamos estas actividades de forma simultánea.

La organización ha hecho parte de nuestra historia, en el municipio hemos tenido Juntas de Acción Comunal, asociaciones y tiendas comunitarias que conformamos para la producción y comercialización de los productos, pero también los encuentros y reuniones para adecuar nuestro territorio y superar los obstáculos. Fue tanto así que Pailitas hace años fue la despensa agrícola del departamento (La Plena, 2017, 19 de julio).

Pero no toda ha sido trabajo, las comunidades históricamente nos hemos reunido para celebrar algunas festividades, entre las más importantes está del 16 al 19 julio la de Nuestra Señora del Carmen, patrona de nuestro municipio, y los carnavales se llevan a cabo en la misma fecha del Carnaval de la ciudad

de Barranquilla (Atlántico). En el mes de junio rendimos homenaje a los campesinos, hombres y mujeres que con esfuerzo trabajan día tras día la tierra, en la celebración se les reconoce la fuerza y el valor para sobreponerse a los actos de violencia que golpearon al municipio. Además, el 28 de diciembre realizamos el Festival del Retorno como muestra del reencuentro pailitense.

Sin embargo, en Pailitas como en muchos de los municipios del Cesar, la violencia del conflicto armado nos golpeó profundamente. Son varios los hechos de victimización que nos afectaron. Desde los años ochenta fueron ubicándose las guerrillas del ELN y las FARC en el municipio, mientras en los noventas se conformaron las Autodefensas del Sur del Cesar (AUSC) que se ubicaron en las zonas ganaderas y palmicultoras. Este último grupo a mediados de los noventa se unió a las AUC y la persecución a los líderes sociales y los señalamientos a las comunidades de colaborar con las guerrillas se hicieron más fuertes.

Entre los hechos que más recordamos está el del 7 de junio de 2001 cuando varias personas fueron asesinadas por miembros de un grupo armado y al menos 250 familias nos desplazamos hacia la cabecera municipal. Pero no fueron sólo los asesinatos, los enfrentamientos entre varios grupos armados por el control de cultivos ilícitos y la comercialización de los narcóticos, hicieron que varias familias dejaran el territorio. Son más de 17.000 los casos de desplazamiento que se dieron aquí y ni hablar del número de hectáreas de tierras abandonas producto de las acciones de paramilitares contra la población. La mayoría de despojos, se dice, fueron ordenados por el exjefe paramilitar alias 'Omega', quien fue comandante del Frente Resistencia Motilona del Bloque Norte de las AUC (UARIV, 2014).

Además, acá tanto las guerrillas como los paramilitares secuestraban. Al menos 107 casos de secuestro se han conocido y la mayoría los cometió el ELN, ellos se llevaban ganaderos, agricultores y dueños de pequeños negocios cuando se negaban a pagar las extorsiones que exigían. Nosotros tuvimos mucho miedo, fueron más de 50 personas de nuestro municipio que desaparecieron; los casos de violencia sexual también generaron temor y no fueron pocos, las mujeres sufrieron mayoritariamente estos ataques, pero también hubo hombres, de los casos denunciados se sabe de 79, pero es muy difícil uno andar contando esas cosas. La violencia no distingue sexo ni edad, nuestros niños también fueron víctimas, miembros de varios grupos armados los reclutaron de manera forzada, muchas veces los sacaron violentamente de los colegios. Después de este panorama no es sorpresa que se diga que nuestro municipio fue el más afectado por la violencia, hasta las instituciones que vienen acá nos dicen que como el 65% de la población se encuentra reconocida como víctima.

La presencia de los grupos armados generó pérdidas de prácticas culturales y deportivas, antes organizábamos torneos de futbol veredales, se reunían todas las veredas a jugar, eran espacios de encuentro que se perdieron porque los paramilitares nos prohibieron transitar a ciertos horarios y en algunas veredas y barrios. Nosotros todavía no nos atrevemos a salir por ahí a jugar, a veces nos encontramos en parques y billares, pero ya no es lo mismo. Todas nuestras formas de organización se vieron golpeadas por las acciones de los actores armados, por ejemplo, las tiendas comunitarias, esos lugarcitos de reunión y organización a través de las Juntas de Acción Comunal mermaron y hasta desaparecieron por los mandatos de esos hombres armados que llegaron a cambiarlo todo.

Escuela de la vereda Bobalí, municipio de Pailitas. Aquí queda la única cancha de futbol de la vereda, por ello no solo los estudiantes disfrutan de ella, sino que hombres y mujeres se congregan en este espacio todos los fines de semana a jugar y compartir un almuerzo comunitario. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Si bien el impacto de la violencia sigue presente, las noticias sobre Pailitas han ido cambiando, las comunidades nos hemos unido y poco a poco trabajamos en la iniciativa de la constitución de una Zona de Reserva Campesina (ZRC) para facilitar las condiciones para la permanencia y consolidación en nuestro territorio, así como el avance de proyectos productivos, sociales y comunitarios. En 2012 logramos que a través de una resolución, la 1952 del 26 de septiembre, se iniciara el trámite administrativo para seleccionar, delimitar y constituir una Zona de Reserva Campesina en los municipios de Chiriguaná, Curumaní, Chimichagua y Pailitas, en el Cesar. Este fue un avance, pero sabemos que tenemos que seguir trabajando y organizándonos. Este es un proceso algo inusual, ya que la construcción de la ZRC se hace de manera paralela a la sustracción de áreas de Reserva Forestal de la Serranía de Los Motilones; cerca de 125.463 hectáreas harán parte de la Zona de Reserva Campesina.

Los niños y las niñas de la zona rural de Pailitas sueñan con una escuela grande, tierras productivas y mejores vías. Taller de memoria histórica con jóvenes rurales de las veredas Bobalí II, Quebrada Chiquita y Guarumeras, mayo de 2017. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Nosotros hemos enfrentado múltiples obstáculos, pero como comunidad también nos hemos organizado, tenemos la esperanza de recuperar espacios y tradiciones que nos han identificado históricamente. Aunque en el 2000 con el desplazamiento masivo desaparecieron muchas formas asociativas como las cooperativas; ahora estamos reconstruyendo cuatro tiendas comunitarias en las veredas Los Corazones, El Terror, Barro Blanco y Los Andes. Estas no solo constituyen lugares de abastecimiento de productos para la población, sino más importante aún fortalecen nuestros lugares de encuentro, solidaridad y amistad (La Plena, 2018, 10 de abril).

Poco a poco hemos recuperado la Asociación de Juntas Comunales de Arroyo Hondo y Pailitas (ASOJUAHPAI), a través de la cual hacemos encuentros campesinos los días 8 y 9 de julio, estos nos han servido para integrarnos nuevamente porque ustedes saben que después de situaciones violentas uno queda con muchos recelos y prevenciones (La Plena, 2017, 19 de julio). En estos eventos nos reunimos campesinos de los diferentes corregimientos y veredas de Pailitas, hacemos concursos de baile, campeonatos de futbol, carreras de caballos y por supuesto la comida que no puede faltar. Así que prográmense para visitar Pailitas y disfrutar de nuestros encuentros y festividades.

Referencias

ACNUR, (sin fecha), *Diagnostico departamental del Cesar,* en http://www.acnur.org/t3/uploads/pics/2171.pdf?view=1, recuperado el 10 de abril de 2018 a las 10:20 am.

CNMH. Encuentros colectivos de memoria con la comunidad de Pailitas, Cesar. Agosto de 2016 a mayo de 2017.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística DANE, (2005, 22 de mayo), *Censo General 2005. Perfil Pailitas Cesar.*

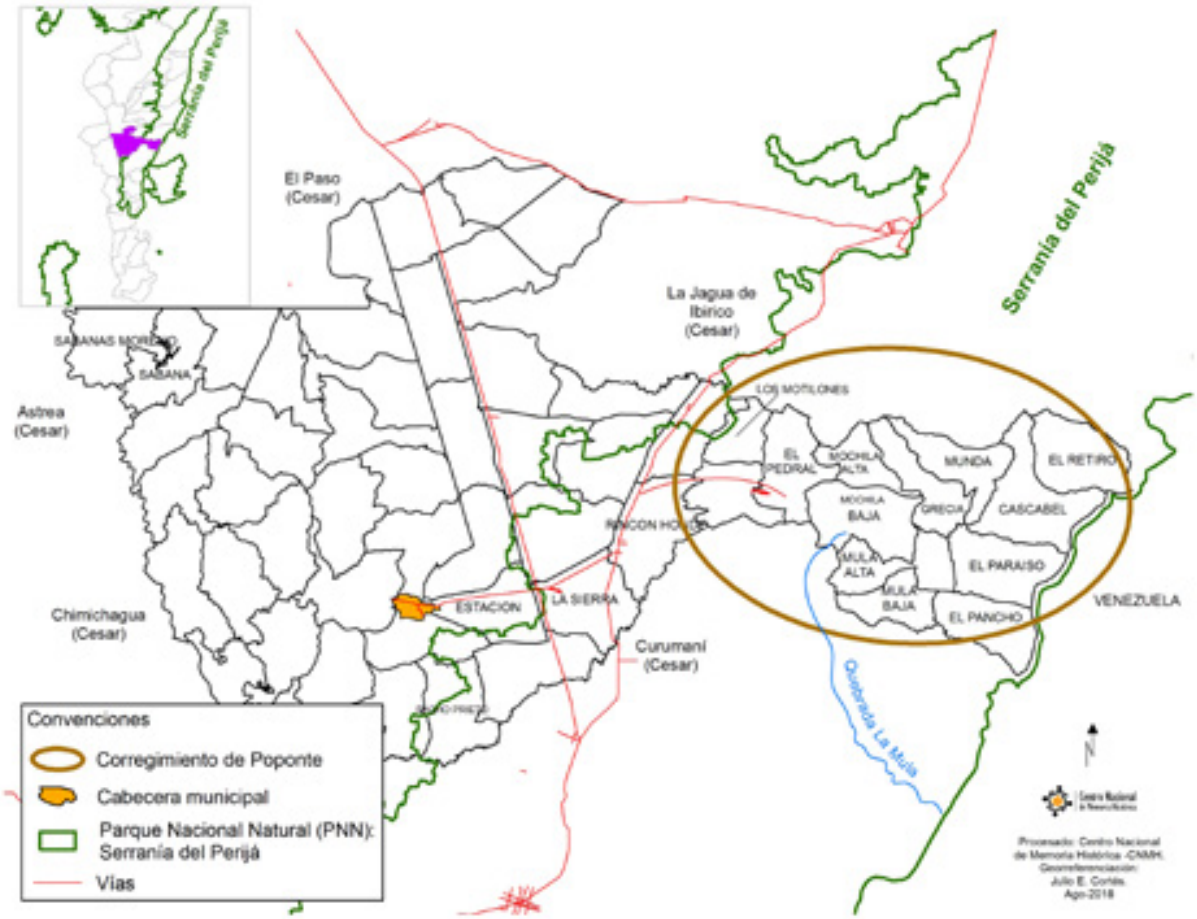
La Plena Caribe, (2017, 19 de julio), *Encuentro campesino, cultural y folclórico- vereda El Refugio, Pailitas*, disponible en https://m.facebook.com/story.php?story_fbid=1889601667948838&id=1528465937395748&__tn__=CH-R, recuperado el 31 de julio de 2018 a las 3:20 pm.

La Plena Caribe, (2018, 10 de abril), *Vuelven las tiendas comunitarias a Pailitas*, disponible en https://www.youtube.com/watch?v=JMJDUSdBzeU, recuperado el 6 de mayo de 2018 a las 9:20 am.

Unidad de Atención y Reparación Integral a las Víctimas UARIV, (2014), *Diagnóstico del daño Comunidad de Pailitas en el departamento del Cesar.*

Poponte: la despensa del Cesar

Mapa 7. Chiriguaná, Cesar



Fuente: Cartografía básica: IGAC.

La "Despensa del Cesar y Chiriguaná", así se conocía al corregimiento de Poponte antes de que el conflicto armado azotara el lugar. Se caracteriza por sus tierras fértiles, en donde se cultiva café, cacao, maíz, tomate, aguacate, fríjol, yuca, ají dulce, tomate de árbol, lulo, naranja y una amplia gama de legumbres y frutales, lo cual convierte al corregimiento en una tierra de fuerte tradición agrícola. Sin embargo, no todo es nostalgia, a pesar de las afectaciones a la tierra y el territorio, el municipio de Chiriguaná se constituyó como Zona de Reserva Campesina por medio de la resolución Nº 1952 del 26 de septiembre de 2012, fomentando así la economía campesina y familiar.

Ubicado al interior de la Serranía del Perijá, Poponte se encuentra en la parte oriental del municipio de Chiriguaná, justo en el centro del departamento del Cesar. Limita al norte con el municipio la Jagua de Ibírico, al sur con Curumaní y al oriente con el país de Venezuela. Desde la cabecera del municipio de Chiriguaná hasta el corregimiento de Poponte hay 27 kilómetros, siendo así el corregimiento más alejado de los cuatro que hacen parte del municipio. Un poco más de 1500 personas habitan el corregimiento, el 57% son mujeres y el 43% son hombres (Alcaldía de Chiriguaná, 2016).

Para llegar al centro poblado del corregimiento de Poponte desde Valledupar, capital del departamento del Cesar, se debe tomar un transporte público con dirección al corregimiento de Rincón Hondo o al municipio de Chiriguaná, por la vía Robles-Agustín Codazzi, conocida oficialmente como la ruta nacional 49. Hasta ese punto el costo actual del pasaje en bus o carro de cuatro pasajeros es de 25.000 pesos, aproximadamente. Unos metros más adelante del peaje de Rincón Hondo se encuentra la entrada a Poponte; se trata de una vía sin pavimentar de unos 10 a 15 kilómetros que los pobladores transitan a pie o en moto-taxi, ya que el transporte público no ingresa a la cabecera del corregimiento de Poponte. Los mototaxistas cobran 5.000 pesos por ingresar al pueblo desde la entrada o 15.000 pesos desde Chiriguaná.

Poponte cuenta con una vía de comunicación que conecta al corregimiento con los municipios de la Jagua de Ibírico y Chiriguaná; las vías hacia las veredas son caminos de herraduras y algunas solo se pueden atravesar a lomo de mula. La vereda más cercana, Los Motilones, se encuentra a quince minutos del centro del poblado, mientras que El Retiro es consecuente con su nombre y para llegar a ella se requiere recorrer nueve horas de camino. Cascabel, El Pedral, Grecia, Mula Alta, Mula Baja, Mochila Alta, Mochila Baja, Munda, El Pancho, El Paraíso, junto a Los Motilones y El Retiro, son las doce veredas que componen el corregimiento.

Los mayores cuentan que el pueblo no tuvo fundación oficial, sino que poco a poco fue llegando la gente. Los pobladores originarios fueron los indígenas del pueblo de Los Barí Motilones, quienes en busca de su conservación y protección se fueron corriendo hacia la Serranía del Perijá, a medida que avanzaba la llegada de los colonos. Al parecer fue por los pobladores indígenas que se le dio nombre al corregimiento, 'Ponte' era el nombre de una autoridad indígena. Otra versión sobre el nombre del corregimiento proviene de los relatos de los mayores quienes cuentan que en algún momento el corregimiento se iba a llamar Buenos Aires, por iniciativa de un sacerdote que residió en el corregimiento durante varios años, pero los pobladores decidieron quedarse con el nombre de origen indígena.

Con el recrudecimiento del período de la historia colombiana conocido como La Violencia, donde se enfrentaron sangrientamente partidarios de los tradicionales partidos políticos liberal y conservador, campesinos de ambos bandos oriundos del interior del país, principalmente de Norte de Santander, Santander y Boyacá, buscaron refugio en el departamento del Cesar, especialmente en la Serranía del Perijá. Ellos habían sido despojados de sus parcelas, toda su vida había transcurrido entre animales y cultivos y de repente se hallaron como campesinos sin tierra; habían sido expulsados por La Violencia. Desde la década de 1960 llegaron al territorio de Poponte campesinos cuya única posesión era su ruana y machete, hombres y mujeres subieron la montaña del Perijá y establecieron sus fincas en lo alto de la sierra, llegando incluso a la frontera con Venezuela; a más de un día de camino desde el centro de Poponte, más allá del valle conocido como El Purgatorio. Algunos de los primeros colonos optaron por sembrar marihuana, dados los altos precios que por la época de la Bonanza Marimbera se pagaban por la cosecha. Mientras otros se dedicaron a sembrar café y maíz, cultivos que les eran ampliamente conocidos.

Los colonos empezaron a penetrar la Serranía del Perijá por el costado occidental, quemaron y tumbaron el monte de la selva virgen para poder instalar sus fincas y cultivos. Antes de la expansión colona era habitual ver a indígenas Barí Motilones en el Río La Mula pescando y cazando en sus inmediaciones, pero ante la desaforada incursión colona estos fueron retrocediendo y cediendo territorio a los recién llegados, unas veces obligados por los colonos y otras para protegerse de las enfermedades que traían los nuevos habitantes. Las tierras y construcciones que abandonaban los Barí Motilones fueron rápidamente aprovechadas por los campesinos. Lo que fue progreso para unos, significó la extinción de otros. Y no solo se trata de la significativa reducción de la población indígena, sino también el daño ambiental que supuso la tala de árboles en la Serranía, generando la erosión de la tierra y la afectación a los recursos hídricos.

Para muchos habitantes el colono más significativo es el inglés Ben Curry, conocido por todos como 'El Gringo'. En el año 1957 este hombre viajó a Colombia junto con una expedición botánica patrocinada por la Universidad de Cambridge, en este viaje se enamoró de nuestro país y de la majestuosidad selvática de la Serranía del Perijá. Ese mismo año compró una extensión de tierra de 2300 hectáreas en el territorio de Poponte y allí formó la Hacienda Curucucú, donde la ganadería fue la actividad principal. Desde un inició 'El Gringo' fue reconocido por la protección medio ambiental del Perijá y el uso de tecnologías autosustentables en su hacienda. Luego de más de cincuenta años de vivir en Poponte, fue obligado a huir de su finca. La historia de su vida, y de una parte de la de Poponte, fue retratada por el célebre documentalista, geólogo y fotógrafo inglés Brian Moser en el documental "Ranchero de la Sierra", una obra del año 1977. En el año 2010 'El Gringo' Ben Curry publicó un libro en inglés titulado "Curucucú: Adventures of a British Ex-Pat en Colombia". De esta forma el nombre de Poponte ha traspasado fronteras, en muchos lugares del mundo se ha visto y se conoce sobre la riqueza cultural y natural de Poponte.

Pero Ben Curry no fue el único "gringo" que residió en Poponte. En este corregimiento vivieron desde los años sesenta o setenta una pareja de esposos británicos, Teleri y Cyril Jones, ellos eran los dueños originarios de la Hacienda Poponte, una de las más prosperas del

corregimiento y la región. En enero de 1980 la señora Teleri y uno de sus hijos, para ese entonces menor de edad, fueron secuestrados por la guerrilla del ELN; madre e hijo estuvieron secuestrados durante unos siete meses y medio, hasta que el señor Jones pagó por su rescate. Luego del secuestro parte de la familia regresó a Inglaterra, aunque hacían viajes esporádicos a Colombia para no desconectarse de la Hacienda Poponte. Luego de algunos años, la señora Teleri se instaló nuevamente en Poponte para seguir al frente de sus tierras. Los esposos Jones, especialmente la señora Teleri, es recordada por los poponteros por su gran generosidad y apoyo a la comunidad, tanto así que la primera planta de energía que hubo en Poponte fue donada por la señora Teleri; incluso llegó a ceder parte de los terrenos de su hacienda para que los más pobres del corregimiento construyeran allí sus viviendas. Aunque los esposos Jones ya no residen en Poponte, estas tierras han visto nacer a tres generaciones de esta familia británica.

Pobladores de Poponte en las fiestas carnavaleras en Poponte. La imagen pudo haber sido capturada a finales de los años ochenta. Fuente: álbum fotográfico de María Suárez.

Siguiendo con la historia de los mayores, ellos cuentan que el 22 de agosto de 1916 un señor de apellido Simanca se encontraba en su finca limpiando el cacao, cuando de repente se le presentó una imagen similar a la Virgen, se trató de una figura tan pequeña que el señor Simanca logró guardarla dentro de una caja de fósforos. A esa imagen aparecida en medio del monte la llamaron "La Santica". Este hecho es una razón más para celebrar la fiesta mayor católica de María Reina, la cual se realiza entre el 19 y el 22 de agosto; aunque para los poponteros es y será siempre la fiesta de "La Santica Aparecida". (Soto, 2016).

Paralelamente a esta fiesta patronal, desde el año 2003 se lleva a cabo el Festival Agrícola del Maíz, en el marco de estas festividades se adelantan muestras culturales, se elige la Reina del Maíz, se realizan corralejas, competencias deportivas y bailes populares amenizados por orquestas, papayeras y grupos vallenatos. La comunidad de Poponte también celebra torneos deportivos como el campeonato de microfútbol que se celebra del 1 de diciembre al 10 de enero todos los años; actualmente el campeonato es alusivo a la paz y en él participa toda la comunidad.

Las Fiestas Carnavaleras en Poponte son el evento social y cultural más importante para sus habitantes. La imagen pudo haber sido capturada a finales de los años ochenta. Fuente: álbum fotográfico de María Suárez.

La mayor fiesta de Poponte es su Carnaval. Sea en febrero o en marzo, los poponteros siempre están dispuestos a celebrar con música, reinado y comparsas de coloridos disfraces. Durante el Carnaval se organizan desfiles de caballos y

competencias deportivas y musicales; la gente sala a las calles a enharinar a sus vecinos y a correr para que los cachos de una cabeza de toro disecada no los alcance. En los días de Carnaval la alegría del pueblo transita por sus calles, es el momento en que la comunidad deja de lado los pesares y decide sonreírle a la vida.

Fiestas carnavaleras en Poponte. Fuente: álbum fotográfico de María Suárez.

Lejos de este espíritu festivo, las personas mayores retienen en su memoria la mayor catástrofe ambiental que ha vivido Poponte. En la madrugada del 9 de noviembre de 1970 los habitantes del pueblo sintieron un temblor que agitó el suelo, a la par que escucharon estremecer las praderas de la Serranía. Los días anteriores había llovido con fuerza sobre todas las veredas del corregimiento. Las aguas de los arroyos de La Mula, Mochila, Munda, Legía, La Mas Verde, Las Animas, Similoa y El Caño del Valle, quedaron detenidas por los árboles que se cayeron en la Serranía del Perijá y subieron a una altura de 15 metros, poco después el agua venció el obstáculo y se desbordó río abajo destruyendo todo lo que encontró a su paso. La avalancha destruyó viviendas, cultivos, ganado, animales de corral y las vías de comunicación. Incluso varias personas murieron y otras fueron arrastradas por el agua sin que volvieran a aparecer sus cuerpos, algunos hablan de un centenar de víctimas. Quienes habían llegado a Poponte huyendo de La Violencia, se encontraron con la destrucción provocada por la avalancha.

Estos mayores cuentan que la avalancha arrastró a una mujer de nombre María Bustos, quien milagrosamente se salvó; dicen que ella vio en ese día una figura vestida de blanco, brillante como el sol y con un rosario en su mano, la aparición tomó a la mujer en sus manos, la cargo y la dejó en un lugar seguro. Algunas personas de Poponte dicen que fue un milagro de La Santica Aparecida.

Las festividades del corregimiento, la pujanza de sus pobladores, la riqueza de la tierra que los vio nacer y la comunidad que se consolidó en Poponte, se vieron afectadas por una época amarga de conflicto que duró casi dos décadas. Los actos de violencia en el corregimiento de Poponte se recrudecieron en el año 2000 con la incursión de los paramilitares. Anteriormente, las organizaciones guerrilleras de las FARC, Frente 41 o Cacique Upar, y el ELN, Frente José Manuel Ortiz, hicieron presencia en el territorio del corregimiento desde mediados de la década del ochenta, estas se hicieron sentir por las extorsiones hacia los grandes y medianos hacendados, los enfrentamientos esporádicos con el Ejército Nacional y los ataques contra bienes de empresas privadas. Es de reconocer que por su ubicación geográfica el corregimiento de Poponte es un punto estratégico para los actores armados.

Por su parte, diferentes destacamentos de paramilitares del Bloque Norte de las AUC tuvieron algún grado de presencia e injerencia en el territorio del corregimiento de Poponte. En el 2001 se sintió con fuerza la presencia las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) con el Frente Resistencia Motilona, operando primero en Pailitas y después en Poponte, Chimicha-

gua y Curumaní, bajo las órdenes de Rodrigo Tovar Pupo, 'Jorge 40'.

El 4 de mayo de 2002, aproximadamente a las dos de la tarde, la historia cambió para siempre en la comunidad de Poponte. Al casco urbano llegaron hombres armados y uniformados del Frente Juan Andrés Álvarez —perteneciente al Bloque Norte de las AUC y comandado por un paramilitar conocido como el 'Tigre'— quienes intimidaron y acusaron a la población de colaborar con la guerrilla. Esto infundió gran temor en los pobladores causando que muchas familias tomaran la decisión de desplazarse hacia los municipios de Chiriguaná y Valledupar; mientras las personas que estaban en las veredas se ubicaron en la cabecera del corregimiento. Muchas de las familias desplazadas decidieron volver a habitar sus viviendas y recuperar sus tierras, en el año 2013 aproximadamente 100 familias se unieron para el retorno.

En el período en el cual hicieron presencia los paramilitares, años 2002 a 2006, el enfrentamiento con las guerrillas se agudizó, así como las restricciones a la movilidad, prohibiciones, control social de todo tipo y despojo de tierras. Una de las acciones violentas contra la población civil en las que incurrieron los actores armados, principalmente los paramilitares, fue el robo de tierras; cuando el dueño se negaba a vender su predio de manera voluntaria, los grupos armados desaparecían o asesinaban a uno o varios familiares para presionar a los propietarios a huir.

De los hechos de violencia cometidos por los paramilitares contra la población que mayor impacto y daño ha ocasionado, fue la violencia contra las mujeres. En no pocas ocasiones las mujeres del corregimiento de Poponte eran obligadas a barrer las calles del pueblo o las amarraban a los árboles, esto como castigo por no cumplir alguna de las leyes impuestas por los paramilitares.

Fue de tal magnitud el poder de los paramilitares en la zona, principalmente en el corregimiento de Poponte, que en el año 2004 se abrió un capítulo más de la llamada "parapolítica" con el "Pacto de Poponte", un acuerdo entre los paramilitares y políticos locales para garantizar el triunfo electoral a través de la coacción y la presión armada ejercida por el grupo armado.

Algunos pobladores señalan que las alianzas alcanzaron también a los grandes hacendados de los alrededores del corregimiento, llegando incluso a instalar campos de entrenamiento militar de paramilitares en al menos una de las haciendas del corregimiento.

El balneario Río La Mula retrata otro tipo de daños causados a los habitantes de Poponte. El que era un lugar de esparcimiento y de encuentro colectivo se convirtió en una zona de afectada por minas antipersonales, afectando así actividades cotidianas como salir a bañarse al río o una faena de pesca. Uno de los hechos que la comunidad más recuerda y lamenta es la muerte de Harlinton Serpa Herrera, un joven conocido como 'El Negro', quien el 24 de mayo de 2005, en un día de pesca con sus amigos, pisó una mina antipersona y perdió la vida, y otro de los jóvenes que se encontraba pescando resultó herido por una esquirla en el rostro.

La economía también resultó afectada, pues con el abandono de tierras se perdieron los cultivos, la cadena de producción y la comercialización de productos que servían para el sustento de la población; del mismo modo, el uso de la tierra se transformó y las relaciones con el territorio resultaron fragmentadas.

Por otra parte, las estructuras políticas y organizativas recibieron impactos de la violencia, la persecución y estigmatización contra los líderes y lideresas de la comunidad generaron la desintegración de las Juntas de Acción Comunal de la época. Hasta las instituciones educativas se convirtieron en blancos de las acciones armadas de los paramilitares, por ejemplo, la Institución Educativa Luis Felipe Centeno, donde funciona el bachillerato en la vereda Los Motilones, junto con las otras sedes de primaria y que quedan ubicadas en el centro del poblado, fueron utilizadas como base militar y campamento, incluso cuando había presencia de los estudiantes. Educación y salud resultaron heridas, las escuelas como lugar de asentamiento de los paramilitares, mientras los puestos de salud fueron saqueados y condenados al deterioro y abandono.

El daño más grande no es el material, es el que pasa por el corazón, algunos lo llaman daño psicosocial, es ese dolor que se siente al dejar la tierra, el lugar donde se vive y se forma comunidad, esto significa un cambio para la vida misma.

Hoy día, luego de la desmovilización de los paramilitares y de los procesos de paz en curso con las organizaciones guerrilleras, otros problemas se han hecho más visibles y requieren la pronta acción estatal. La comunidad del corregimiento de Poponte demanda con urgencia la instalación de un puesto de salud permanente, tal y como existía antes de que los paramilitares se apropiaran de ese recurso, pues en la actualidad las personas enfermas o las mujeres embarazadas en trabajo de parto, deben ser trasladadas en moto hasta la Jagua de Ibírico o Chiriguaná, los cuales se encuentran más o menos 40 minutos.

Las fuentes de empleo formal es también una demanda de la población de Poponte, especialmente de las personas jóvenes. Aunque en el corregimiento y la región se encuentran varios proyectos mineros de la multinacional Drummond, como La Loma y Rincón Hondo, ellos no son una fuente importante de empleo para la comunidad. Tampoco lo son los extensos cultivos de palma y las fincas ganaderas, pues, aunque hay más de diez haciendas ganaderas y/o palmicultoras en Poponte, ninguna de ellas es fuente importante de empleo debido a las particularidades propias de cada una de las actividades. Y esto sin contar con las graves consecuencias que estas traen para la pervivencia de las fuentes hídricas y el desarrollo medio ambiental.

Por otro lado, una de las deudas históricas del Estado y los gobiernos departamentales y locales con el corregimiento de Poponte es la adecuada instalación y prestación de los servicios básicos domiciliarios. Hoy día en Poponte se presta un servicio de energía deficiente, no hay alcantarillado y el acueducto que existe fue construido por la iniciativa de la Junta de Acción Comunal hace más de 45 años, que por medio de un sistema de gravedad lleva el agua de las fuentes hídricas de la vereda Mochila Baja hacia todo el corregimiento, sin embargo, sus aguas no son del todo aptas para el consumo humano, ya que no hay planta de tratamiento y purificación para el agua.

Tampoco existe una adecuada dotación para el colegio de Poponte, sede Escuela Rural Mixta No. 2 de la Institución Educativa Agropecuaria Luis Felipe Centeno. La edificación de este centro educativo fue posible gracias a la iniciativa de la Junta de Acción Comunal, la generosidad de un habitante del corregimiento que cedió el terreno y el trabajo mancomunado de todos los pobladores que aportaron en su construcción. Además de este colegio, en Poponte se brinda educación preescolar, primaria y se-

cundaria en la sede principal Institución Educativa Agropecuaria Luis Felipe Centeno y la Escuela Rural Mixta Las Margaritas.

Y a ese panorama algo desalentador se sobrepone la fuerza de la gente. Actualmente la comunidad resiste en el campo y trabaja por fortalecer su economía, son innumerables las personas, líderes y lideresas que día a día luchan por el bienestar de la comunidad y la recuperación del Río La Mula como recurso natural y centro de integración comunitaria, el cual ha sido afectado por los cultivos extensivos de palma africana que tienen concesión del uso del agua de ese río y, principalmente, por la explotación indiscriminada de material de arrastre.

El principal clamor de los habitantes del corregimiento de Poponte, ahora que los años más violentos del conflicto han quedado atrás, es que las políticas públicas departamentales y municipales se encaminen a apoyar el desarrollo rural de este importante corregimiento. El anhelo es volver a ser ese pujante territorio que en el pasado se distinguió como la despensa del Cesar.

El maíz es el producto agrícola insignia de Poponte. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Referencias

Alcaldía de Chiriguaná, Cesar, *Plan de Desarrollo Municipal de Chiriguaná 2016-2019, "Paz en el tiempo de la gente"*.

CNMH. Encuentros colectivos de memoria con la comunidad de Poponte, Chiriguaná, Cesar. Marzo de 2016 a septiembre de 2017.

Soto, Erika. *Historia de Poponte*. Documento inédito basado en entrevistas a las personas mayores del corregimiento. Julio de 2016.

Santa Isabel, comunidad cienaguera de esperanza

Mapa 8. Curumaní, Cesar

Fuente: Cartografía básica: IGAC.

Ubicado en la zona centro del departamento Cesar, nuestro corregimiento se encuentra a una distancia de 136 km de la capital, Valledupar, ciudad desde donde se puede tomar un vehículo de servicio público en la terminal de transportes con destino a Curumaní, cuyo costo oscila entre veinticinco y treinta mil pesos y su recorrido es aproximadamente de tres horas. Desde el casco municipal de Curumaní se debe tomar una moto-taxi para ir al centro poblado de Santa Isabel, el trayecto aproximado es de veinte minutos y su valor esta entre seis mil y ocho mil pesos. Algunos también optan por tomar desde Valledupar un automóvil hasta el corregimiento de San Roque y desde ahí se embarcan en una moto-taxi cuyo valor hasta Santa Isabel es de cuatro mil pesos. En ambos casos, si el rumbo que tiene trazado es llegar a una vereda o a cualquier zona rural de este bello corregimiento, depende del buen tiempo que lo acompañe.

El territorio de Santa Isabel limita al norte con Rincón Hondo (corregimiento del municipio de Chiriguaná), al sur con el corregimiento de San Roque (municipio de Curumaní), al oeste con una vereda de Chiriguaná llamada Anime y al este con territorios del país de Venezuela.

En Santa Isabel tenemos diez sectores rurales reconocidos comunitariamente como zonas de ubicación o puntos de referencia de las cuales solamente seis son catalogados como veredas, según el ordenamiento territorial del municipio de Curumaní. La mayor parte están ubicados en la Serranía del Perijá, límite con Venezuela, en la cordillera oriental (Alcaldía municipal de Curumaní, 2008).

Una de nuestras veredas se denomina Lamas Verdes, su nombre proviene de un elemento que producen los árboles de esta zona por el clima y el ecosistema en el que se hallan, en este territorio actualmente habitan más o menos 100 personas, quienes para acceder a sus viviendas desde el centro poblado deben recorrer una distancia de tres o cuatro horas en mula. Otra de nuestras veredas lleva por nombre Tosnovan, en principio denominada "Todos no van" pero con el tiempo y la prisa de los vientos, ha sido nombrada de corrido. Se encuentra a una distancia de 20 minutos en moto desde el centro poblado y caminando una hora. El Desierto es otra vereda y en ella habitan once familias, para llegar a la misma se puede ir hasta la vereda Tosnovan y de allí, loma arriba, hacer un recorrido de dos horas en mula o su equivalente en moto a media hora. La vereda Las Nubes la encontramos a tres horas de camino en mula y aunque hasta cierta parte se puede acceder en moto, no todos los caminos son transitables en este vehículo. También tenemos la vereda Cuatro de Enero que se encuentra muy cerca del caserío de Santa Isabel, diez minutos en moto o media hora caminando es el tiempo aproximado que se tarda una persona en llegar allí. La vereda Sabanas del Valle es la población más cercana al caserío, la distancia en moto que debe recorrerse para entrar allí es de aproximadamente cinco minutos y está habitada por 33 familias.

En cuanto a los otros sectores, que revisten especial importancia para nosotros por ser puntos de referencia, se encuentran principalmente cuatro zonas; la primera es llamada La Victoria debido a que una quebrada que la limita lleva el mismo nombre, es la más cercana al casco urbano de Santa Isabel y tiene unas veinte fincas, razón por la cual, y dependiendo de la casa a donde se dirija, el tiempo de traslado varia. La segunda es Nuevo Horizonte, allá viven al menos 36 familias, cerca de 150 personas, y para llegar es bien complicado porque queda muy lejos, las vías están malas y no se puede ir en moto, solo se puede llegar en mula luego de unas ocho a doce horas de trayecto.

Además de estos dos lugares, hay unos sectores que son lugar de reubicación de población desplazada que se crearon hace más de once años; allá viven hombres y mujeres que desde el principio se han integrado a la comunidad e incluso hoy son grandes líderes y lideresas que trabajan por el bienestar de todo el corregimiento. Rodesia es uno de esos asentamientos, allí viven como 24 familias y está cerquita del centro de Santa Isabel, como a cinco minutos en moto o veinte caminando; en Las Minas viven cuatro familias desplazadas.

En todo caso es importante señalar que en época de invierno el tiempo de los desplazamientos hacia las veredas y sectores de Santa Isabel se aumenta, esto debido a que las vías son terciarias y no están ni adoquinadas ni pavimentadas, el fango no permite una ligera movilización.

Como muchos de los lugares de este país, la historia de Santa Isabel nos lleva a la colonización campesina; cuentan que fue fundado en el año 1985 y que entre sus primeros pobladores estaban las señoras Esperanza Villegas y Anastasia Ríos y los señores Dámaso Ditta, Blas Ríos, Félix Villegas y Manuel de Jesús Pallares (El campesino periódico, 2015). Actualmente somos aproximadamente 862 habitantes los que le damos vida y color al corregimiento.

Al hacer un recorrido por los lugares comunitarios más representativos de Santa Isabel, encontramos en una de las calles principales del centro poblado del corregimiento un punto de referencia al que llamamos "La Esquina Caliente", ese es el lugar de la bulla, donde vamos a jugar billar, tomarnos unos tragos o hacer asambleas y reuniones colec-

La Esquina caliente. Lugar de reuniones comunitarias y diversión. Fotografía: Elvis Espinosa, hombre de la comunidad de Santa Isabel.

tivas. Uno de los lugares más importantes a lo largo de la historia para toda nuestra comunidad es la Ciénaga de Santa Isabel, ahora está muy seca y ya no hay peces, pero antes uno podía ir allá a bañarse, a pescar o simplemente a pasear y maravillarse de la naturaleza. La única fuente importante de agua que aún nos queda es La Bañadera, una cascada ubicada en la vereda El Desierto a donde nos gusta ir a realizar paseos; también vamos a bañarnos a los balnearios La Piscina y La Lata, ubicados en la vereda Las Nubes.

Al hablar de la esencia folclórica de Santa Isabel tenemos que mencionar la fiesta patronal que celebramos el 8 de julio de cada año, dura tres días y se realiza en honor a la Virgen de Santa Isabel, patrona del pueblo. Actualmente, y desde el año 2013, esta actividad se integra con el Festival del Retorno, que es una forma de conmemorar el regreso de las personas que en algún momento se fueron del territorio por causa de la violencia; del acto hacen parte la presentación de canciones inéditas y costumbristas alusivas al corregimiento, concursos deportivos, una tradicional cabalgata, la celebración de la Eucaristía, una procesión que se realiza en horas de la tarde y, para cerrar, un baile popular con una agrupación musical.

Iglesia católica y sitio conocido como los mangos. Lugar de recreación y eventos culturales. Fotografía: Elvis Espinosa, hombre de la comunidad de Santa Isabel.

Parranda vallenata en Santa Isabel. En la caja, Alexandre Pallares; el acordeón interpretado por Aroldo Ríos; y en la guacharaca, Ramón Espinosa. Fotografía: Elvis Espinosa, hombre de la comunidad de Santa Isabel.

Las fiestas de San Martín de Loba las celebramos cada 10 y 11 de noviembre, este festejo y su importancia se la debemos al señor Martín Barahona, una persona mayor que aún goza de la vida y sigue viviendo en Santa Isabel; se cuenta que fue iniciativa de él integrar a la comunidad desde los años 70 y que por eso lideró la organización de la fiesta de San Martín, en esa época se realizaban danzas y malabares, el personaje de la 'Gigantona' era el más representativo de la celebración y su grandeza se atribuye a las hazañas y maromas del señor Martín que se montaba en zancos para alegrar el espectáculo.

Nuestra economía es tradicionalmente campesina, con labores de agricultura y pesca. Anteriormente el algodón era la siembra predilecta, hasta donde a usted le llegaba la mirada nuestros campos eran blanquitos, blanquitos. Ya hoy en día no se ve nada de algodón, pero sí cultivos de plátano, yuca, maíz, fríjol, melón, patilla, mango y limón. También tenemos algo de ganadería en menor escala como una forma de generar recursos para las compras del día a día. Para pescar vamos a la Ciénaga de Santa Isabel, es artesanal y la seguimos haciendo como nos enseñaron los abuelos, con atarraya y anzuelo en las canoas que los pescadores fabrican. Lo que hay que decir es que la pesca ha mermado bastante en los últimos años por lo que decíamos de cómo se ha secado la Ciénaga.

Pesca artesanal en la Ciénaga de Santa Isabel. Fotografía: Elvis Espinosa, hombre de la comunidad de Santa Isabel.

Y precisamente la Ciénaga de Santa Isabel retrata lo que ha ocurrido desde los años ochenta hasta la primera década del 2000; una vuelta por allá permite explicar las razones por las que la economía de Santa Isabel se cayó y nosotros estamos pasando las duras. Cuentan Manuel Fernández y Héctor Espinosa, oriundos del corregimiento, que la Ciénaga se conformó aproximadamente en el año 1960 producto del crecimiento de un charco de agua que se formaba en época de invierno y que con el paso de los años fue incrementándose por la afluencia del río Anime, entre otros riachuelos como el Juan Andrés, las Trampas, Corozal y los Parelones, y que al final se convirtió en un gran espejo de agua. Desde aquél momento la Ciénaga se estableció como un lugar importante para los santaisabeleros y las santaisabeleras; intactas están las imágenes del pasado donde más de uno nos tirábamos de las "champas" para refrescarnos con el agua, las mujeres aprovechábamos para lavar la ropa, los hombres para pescar, los niños y niñas para jugar y en ocasiones animales como los cerdos disfrutaban de este lugar para atemperarse. Unos y

otros gozábamos de esta bella fuente hídrica. Pero eso es solo el recuerdo, la desviación del río Anime cambió la historia, dejó de alimentar la Ciénaga y el espejo de agua se redujo en más del 75%, desmejorándola notablemente; el cambio de trayectoria de la fuente que antes la surtía de agua ahora riega pastizales de ganaderos y los grandes cultivos de arroceros y palmicultores, toda la ribera está afectada y el cambio es de tipo económico, cultural y ambiental, nos lamentamos de cómo unos cuantos pueden más que muchos que necesitamos pescar y vivir de ella (El Pilón, 2017, 13 de junio; Verdad Abierta, 2018, 26 de abril).

Acá nos hemos unido para luchar por la Ciénaga de Santa Isabel porque es fuente de vida, de alimento, de tradiciones culturales como la pesca artesanal, pero las autoridades locales no han cumplido, nos han dejado solos y seguimos esperando que las condiciones mejoren, la Ciénaga que hace veinte años tenía al menos cincuenta hectáreas, hoy solo cuenta con veintiséis y está en continua disminución. Nosotros peleamos porque esas no fueron acciones ni decisiones nuestras. La Ciénaga de Santa Isabel fue otra de las víctimas del conflicto (El Pilón, 2017, 12 junio).

Estado del Río Animé en junio de 2017. Sobre el río el Puente Ánime, célebre por la placa de la United States Steel Export Company de fecha de 1948. Fotografía de Elvis Espinosa, hombre de la comunidad de Santa Isabel.

Niño y su padre regresando de una pesca fallida en la Ciénaga de Santa Isabel. Fotografía de Elvis Espinosa, hombre de la comunidad de Santa Isabel.

Hechos impresionantes que marcan un antes y un después relacionados con la violencia sociopolítica que vivió el país, también han dejado profundas huellas en Santa Isabel. No olvidaremos jamás los asesinatos y desapariciones de campesinos y campesinas a finales de la década de los ochenta y principios de los noventa; como tampoco abandonamos los recuerdos de la madrugada del 1 de agosto de 2001 cuando un grupo armado, liderado por una mujer a la que llamaban 'Yolanda' y que se presentó como Bloque Norte de las AUC, ingresó al corregimiento y asesinó a once personas, además de quemar las casas de algunos de los pobladores. Así mismo, continúa fijo en nuestra memoria el mes de diciembre de 2005; el domingo 4, de mañana, el sol alumbraba cada una de las veredas y luego todo oscureció, cerca de 300 hombres del Frente Resistencia Motilona, perteneciente al Bloque Norte de las Autodefensas Unidas de Colombia, irrumpieron en Lamas Verdes y Nuevo Horizonte y, en aparente complicidad con la fuerza pública, obligaron a las personas a salir de sus casas y a caminar por horas hasta el lugar que se conoce como 'Portón Rojo' en el centro poblado, allí las torturaron y finalmente asesinaron, en frente de sus familiares, a ocho hombres y una mujer (El Pilón, 2017, 13 de junio).

Decenas de personas del corregimiento hemos sido víctimas de violaciones a los derechos humanos, nuestra gente ha sido torturada, asesinada, humillada y estigmatizada, entre otros vejámenes; las historias de violencia que acá relatamos son estremecedoras, por eso es que

a lo largo de la década del 2000 a muchos de nosotros nos tocó abandonar las parcelas y buscar refugio fuera de nuestra tierra. Algunos regresamos, otros hicieron su vida lejos de acá, pero a todos por igual esos años de violencia y desplazamiento nos significó grandes cambios en la vida comunitaria.

Ante la difícil situación se ha sobrepuesto la valentía, la fuerza y la voz de denuncia de los sobrevivientes que pedimos justicia. En las reuniones, en los festejos, en cada casa de Santa Isabel recordamos a los que fueron injustamente asesinados, desplazados o victimizados, y de esos pensamientos es que sacamos la fuerza para mantener en alto la mirada y seguir trabajando porque lo que nos pasó no quede en la impunidad y nunca, nunca más, se nos vuelva a presentar.

Nuestra lucha ahora es porque por fin tengamos el reconocimiento legal de la tierra en la que vivimos y trabajamos; también exigimos que todos los habitantes tengamos acceso al agua y a la electricidad, no nos parece justo que en pleno siglo XXI sigamos viviendo en esta situación, pero eso sí los recibos de la energía llegan cumplliditos así en el mes no tengamos electricidad permanente; al ser un territorio netamente campesino de vocación agrícola, esperamos que se nos mejoren las vías, nosotros estamos comprometidos con sacar adelante los cultivos y mejorar las cosechas, pero con los caminos en mal estado sale muy costoso transportar la comida o movilizarnos nosotros; y dos de las mayores preocupaciones para nuestra gente es la ausencia de un puesto de salud bien dotado y con enfermera, y mejorar la dotación del colegio con aulas de informática y acceso a internet.

Bosque de la memoria en homenaje las víctimas del conflicto armado de Santa Isabel. Fotografía: Nury Martínez para el CNMH.

Canchita y Centro de Salud del centro poblado de Santa Isabel. La canchita es el sitio de encuentro de los jóvenes luego de asistir al colegio y los fines de semana. Fotografía de Elvis Espinosa, hombre de la comunidad de Santa Isabel.

Pero pese a todo lo malo que hemos vivido y las carencias que tenemos, las personas que habitamos en Santa Isabel somos campesinos y campesinas llenos de esperanza.

Referencias

Alcaldía municipal de Curumaní, Cesar, *Plan de desarrollo municipal de Curumaní 2008- 2011.*

CNMH. Encuentros colectivos de memoria con la comunidad de Santa Isabel, Curumaní, Cesar. Marzo de 2016 a noviembre de 2017.

El campesino periódico, (2015, febrero). *Abuelos narran la historia de la Ciénaga de Santa Isabel.*

Elpilon.com, (2017, 12 de junio), "Santa Isabel no quiere perder su tesoro", disponible en: http://elpilon.com.co/santa-isabel-no-quiere-perder-tesoro/, recuperado el 17 de julio de 2018 a las 10:35 am.

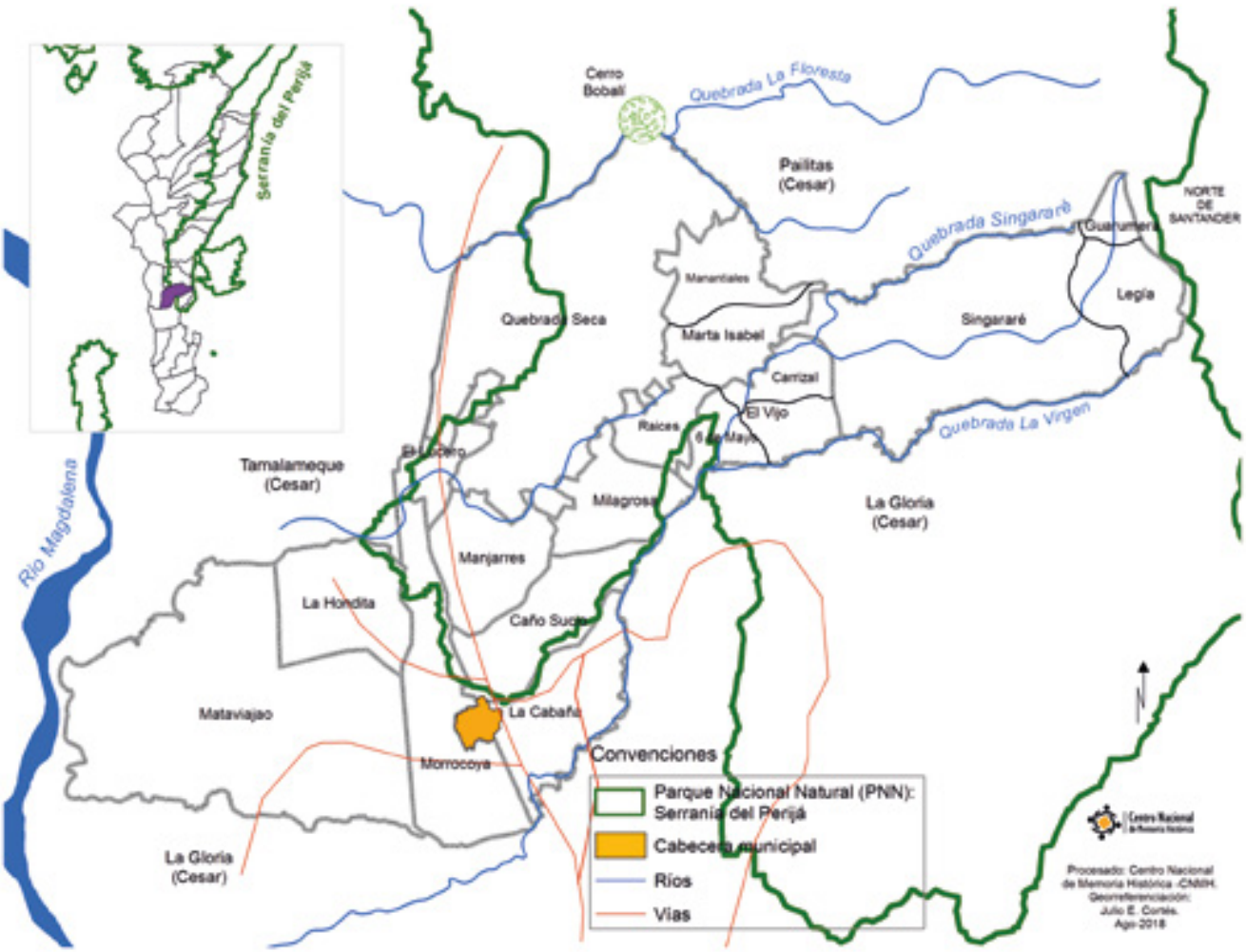
Elpilon.com, (2017, 13 de junio), "Condenan a 'expara' por masacre en Curumaní", disponible en: http://elpilon.com.co/condenan-expara-masacre-curumani/, recuperado el 10 de noviembre de 2017 a las 11:05 a.m.

Elpilon.com, (2017, 13 de junio), "Que no muera la Ciénaga de Santa Isabel", disponible en: http://elpilon.com.co/no-muera-la-cienaga-santa-isabel/, recuperado el 10 de noviembre de 2017 a las 9:20 a.m.

VerdadAbierta.com, (2018, 26 de abril), "Agonizan las ciénagas de Sahaya y Santa Isabel, en Cesar", disponible en: https://verdadabierta.com/agonizan-las-cienagas-de-sahaya-y-santa-isabel-en-cesar/, recuperado el 30 de abril de 2018 a las 2:40 p.m.

Zona Seis de Mayo, tendiendo puentes de solidaridad

Mapa 9. Pelaya, Cesar



Fuente: Cartografía básica: IGAC.

Pelaya es un hermoso municipio al sur del departamento del Cesar, limita por el norte con Pailitas, al sur con La Gloria, al oeste con Tamalameque y al este con el departamento de Norte de Santander. La mayoría de las personas que poblamos este municipio somos venidas de los santanderes o nacimos acá, pero nuestros padres sí son de allá. Pelaya, o Guatarilla y Corea como lo conocieron los mayores en los años cuarenta, fue la tierra que les dio refugio a nuestros padres y abuelos que venían huyendo de la violencia bipartidista. En esa época estas tierras eran un corregimiento del municipio de Tamalameque y como en el año ochenta fue que se constituyó como municipio aparte.

Pero no todos los que llegaron para los años 1940 se amañaron en esta tierra, algunos se aburrieron de la ausencia de carreteras y de tener que sacar las cosechas a lomo de mula; también los tenían cansados, como cuentan en la vereda Los Manantiales, que los leones y tigres, ¡porque en esas épocas sí que se veían de esos animales!, se comieran a las mulas y las cosechas. Fue por estas cuestiones que algunos no resistieron y al cabo de diez años decidieron irse, las mejoras de las tierras, que eran baldías, las vendieron en un precio de hasta 500 pesos.

Con la reforma agraria de Carlos Lleras Restrepo en la década del sesenta empezó la parcelización de nuestras tierras y desde ahí fue que empezamos a trabajar duro por el desarrollo agrícola del municipio; las primeras adjudicaciones nos las dieron en el año 66. Años después vendría la construcción de la carretera Troncal de Oriente, lo que permitió comunicarnos mejor con el interior del país y la costa Atlántica. Con todos esos desarrollos y los títulos de las tierras bajo el brazo, el trabajo se hizo más duro. Cada comunidad en su vereda levantó el colegio, la cancha de fútbol, una tiendita comunitaria, la pesa comunal y los terrenos comunitarios, todo lo teníamos bien organizadito a punta de trabajo y sudor, todo listo para dedicarnos a lo que nos gusta: cultivar el campo.

El gusto por el campo se evidencia en que la mayoría del territorio de Pelaya es zona rural con vocación agrícola, de los más de 370 Km2 de extensión, tan solo 4 Km2 son zona urbana. Nuestras tierras son planitas y bien generosas para los cultivos, aunque también tenemos una zona montañosa anclada en la cordillera oriental y la Serranía del Perijá. En la zona rural estamos organizados en dos corregimientos, San Bernardo y Costilla, y treinta y cuatro veredas. (Alcaldía Municipal de Pelaya, 2002).

Por su parte, la Zona Seis de Mayo se ubica en la región media baja del municipio y la componemos las veredas Seis de Mayo, Carrizal, Marta Isabel, La Legía, Los Manantiales, Singararé sectores 1 y 2 y Singararé 3. La primera vereda que uno se encuentra es Seis de Mayo, que está sobre la vía Carrizal, esta a su vez nos lleva a la Quebrada Los Pinos, para llegar allí uno tiene que ubicarse en el centro poblado de Pelaya y tomar una moto que recorra durante treinta minutos una vía destapada hasta llegar al centro poblado de la vereda, ese trayecto en carro demora hasta una hora, por el mismo estado de la vía. Parte del territorio de las veredas de esta zona, menos la de Seis de Mayo, se encuentran en Zona de Reserva Forestal desde los años cincuenta.

Los habitantes y las tierras de la Zona Seis de Mayo, y en general del municipio de Pelaya, nos beneficiamos de las aguas de la quebrada Singararé, que nace en el cerro Bo-

balí a 2200 msnm, y parte de las quebradas La Virgen, La Lejía y Armadilla. Casi todas nuestras veredas cuentan con fuentes naturales de agua, además de pozos y jagüeyes; de ahí es que nosotros sacamos el agua para nuestro consumo diario y para los cultivos. Además, estas tierras son llenas de bosques, un sin número de especies de aves y animales de caza.

Por estas condiciones medioambientales, y sobre todo por estar en las Zona de Reserva Forestal Río Magdalena y Los Motilones, se nos presenta un problema al no acceder a proyectos productivos de gran escala, ya que eso puede contribuir al aceleramiento de la destrucción de la zona. Aunque lo bueno es que podemos mantener y recuperar los nacimientos de agua y evitar la deforestación indiscriminada.

En todas estás veredas cultivamos plátano, yuca, frijol y aguacate, además de otros frutales y hortalizas en menor escala; también tenemos algo de ganadería doble propósito. Lo que más sobresale de los cultivos en la Zona Seis de Mayo, y en general en todo el municipio, es el maíz tradicional, a todo el país llega nuestro producto y es la fuente económica más importante, por eso es que en la bandera de Pelaya está la imagen de un maíz.

A lo lejos el cerro Bobalí. Fotografía: Nury Martínez para el CNMH.

La riqueza de la tierra es el principal orgullo de los campesinos que la trabajan, la vereda Singararé es prueba de ello. Fotografía: Nury Martínez para el CNMH.

Pero, ante toda esa riqueza natural, contrastan las necesidades que tenemos en las veredas de la Zona Seis de Mayo. En todo Singararé y La Legía nos hace falta la electricidad, ahora nos toca alumbrarnos a punta de vela y acostarnos temprano, porque ¿qué más hacemos?; tampoco tenemos un acueducto veredal ni sistema de alcantarillado, pues, aunque tenemos buena agua para el consumo toca irnos a los jagüeyes a sacarla, y ni les digo como nos toca hacer para bañarnos o para hacer nuestras necesidades.

Para los niños y niñas hace falta una cancha de fútbol y una mejor dotación para las escuelas, además en las veredas Carrizal y Singararé se necesitan puentes sobre todas las quebradas, desde La Sabana, que pertenece al municipio de La Gloria, y es la primera que toca atravesar para entrar a estas veredas. Sin esos puentes les toca muy difícil a los niños y niñas cruzar para llegar a la escuela, por ejemplo, cuando llueve mucho y se sube el nivel del agua ni los docentes pueden cruzar y toca cancelar las clases, y así puede durar hasta una semana.

Para los niños, niñas y jóvenes el fútbol es la actividad de integración y recreación más importante. En todas las veredas la comunidad improvisa canchas de tierra, pero en época de lluvias es imposible utilizarlas. Vereda Singararé, Pelaya. Fotografía: Nury Martínez para el CNMH.

Ante la ausencia de puentes, los pobladores de la Zona Seis de Mayo deben caminar entre la quebrada para cruzarla. Quebrada La Sabana, Pelaya. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

En cuanto al beneficio económico de nosotros y el desarrollo del campo se requiere que nos arreglen las vías y los caminos porque ahora son puras trochas donde a veces ni las bestias pueden pasar; y otra cosa que nos serviría mucho es tener puestos de salud dotados y enfermeras que nos atiendan. Antes de que se nos metiera duro el conflicto sí teníamos, pero después eso quedó abandonado, ahora cuando tenemos una urgencia, nos pica una culebra o una mujer va a parir toca irse hasta el centro de Pelaya. Y lo más triste es que así ha sido siempre.

Pero no todo ha sido penas. Antes que se nos metiera el conflicto sorteábamos las dificultades con espacios para reunirnos, conversar y divertirnos. Las fechas en la que más nos integrábamos eran en el Festival del Maíz, que se celebra del 18 al 21 de enero en Pelaya; las fiestas de la vereda Seis de Mayo, que se hacían en esa misma fecha, donde organizábamos un campeonato relámpago de futbol para que cada vereda participara con su equipo, y hasta matábamos una novilla para compartir; los reinados de mujeres campesinas; los campeonatos de fútbol que realizábamos en cada vereda o entre veredas; y el 2 de junio celebrábamos el orgullo de ser hombres y mujeres campesinos. También disfrutábamos de armar paseos al río con la familia o los vecinos, y los fines de semana jugar fútbol en la cancha de Seis de Mayo, que aún hoy es la única en cemento porque las otras son de tierra. Esos eran nuestros espacios para divertirnos y compartir entre vecinos.

La ausencia de vías terciarias de óptimas calidades impide que los habitantes de la zona Seis de Mayo comercialicen sus productos agrícolas con facilidad, además impide la movilidad hacia los centros poblados en busca de atención médica o cualquier otra necesidad. Vereda Singararé. Fotografía: Nury Martínez para el CNMH.

Equipo de fútbol de la vereda Singararé. La fotografía pudo haber sido tomada a mediados de los años ochenta. Fuente: álbum familiar de Jairo Contreras.

Campesinos de estas veredas nos caracterizamos por ser personas muy solidarias, es la forma que tenemos de afrontar tantas carencias. Si un vecino no tiene algo para comer, pues se le comparte o hacemos intercambios con lo que cada quien cultiva en su tierra. Y fue gracias a nuestra solidaridad que en cada vereda armamos una cooperativa para mejorar la calidad de vida de los y las campesinas.

En Seis de Mayo logramos conformar la Cooperativa Mixta Seis de Mayo. La cooperativa la empezamos unas diez personas, comenzamos en una piecita donde pusimos la tienda comunitaria, la afiliación la empezamos con cinco mil pesos cada uno. Ya cuando fuimos creciendo y aumentando los recursos le pedimos permiso al señor Beto Ascaño para poner la cooperativa más grande, eso fue en el año setenta y seis cuando él nos dio el pedazo de tierra, ahí ya se afilió toda la comunidad y empezamos a manejar en grande la compraventa de los productos que cultivábamos, nosotros lo hacíamos directamente para evitarnos tanto intermediario. Más o menos en el año noventa y seis la cooperativa dejó de funcionar, porque empezaron a llegar los paramilitares y se nos llevaron las cosas, y la persona que atendía la cooperativa se fue y se llevó lo poco que quedó. Alcanzamos a tener un capital de ochenta millones de pesos y unas cabezas de ganado. Todo se perdió.

La segunda cooperativa que hubo por acá fue la de Carrizal, teníamos una pieza construida en material con buen surtido y buen ganado. Pero cuando llegaron las autodefensas se apropiaron de todo lo que teníamos ahí, y no contentos con ello, tuvieron el atrevimiento de meterle un artefacto explosivo que se llevó toda la estructura y quedó totalmente destruida, eso fue en el año noventa y seis. Al tendero le dieron con una porra y los buscaron para matarlo, a ese pobre señor le tocó salir corriendo. Al colegio también le metieron una bomba por los mismos días del año noventa y seis, lo dejaron totalmente destruido; hace unos años un alcalde de Pelaya construyó unas aulas y ahí de a pocos vamos organizando la escuela.

En La Legía aún queda la pieza donde funcionaba la cooperativa; solo las paredes. Teníamos una tienda donde vendíamos los productos de la cosecha; también funcionaba un puesto de salud que atendía una enfermera que era pagada por el municipio. Empezamos en los años ochenta, también como un colectivo, donde cada campesino puso por igual productos de

la cosecha y mano de obra para construir la pieza y atender la tienda. Cuando entraron los paramilitares nos prohibieron reunirnos y nos dijeron que si no acabamos con la cooperativa nos íbamos a morir; entonces cada campesino sacó su parte y terminamos con eso. Y cómo no tener miedo si nos pintaban letreros en la cooperativa y la escuela diciendo que si no desalojábamos la zona nos iban a matar.

Para la vereda Singararé se organizó un colectivo de cultivadores de maíz, empezamos con sesenta cargas de maíz y cada una la vendimos a tres mil pesos, eso fue en el año ochenta y cuatro. De ahí se empezó a montar la cooperativa, la estructura de la pieza se hizo con tablas y el trabajo de mano de obra de toda la comunidad. La plata inicial sí salió de la venta de esas primeras cargas donde el colectivo de la comunidad puso el maíz. De ahí fue que arrancó. Cada uno trabajaba un mes y nos íbamos rotando mes a mes para que todos fuéramos responsables; así trabajamos durante unos años hasta que entró el conflicto de los paramilitares y por el miedo cada uno agarró su parte y se desarmó la cooperativa.

En unos pocos meses los paramilitares nos arrebataron de las manos lo que empezamos a construir honradamente desde 1940, ¡eso no es justo!

La violencia no empezó con los paramilitares. Antes, por la década de los setenta, como en el año setenta y siete para ser más exactos, las guerrillas del ELN, de las FARC y hasta el EPL se hicieron sentir con mayor fuerza: extorsionaban a los dueños de las tierras, los ganaderos y los comerciantes. Incluso llegaron a poner minas explosivas en los caminos veredales. Después de veinte años de control de las guerrillas, conocimos en esta zona a las autodefensas, era el año de 1996, llegaron personas al mando de unos tales "Panela" y "Juan Diablo". La lógica de ellos era infundir terror en las comunidades asesinando líderes comunitarios y profesores, secuestrando a campesinos, así lograron que el miedo se convirtiera en el nuevo clima de las veredas. Pero es que no solo atacaron a las personas más visibles, a toda la población como que querían matarnos de hambre porque esa gente se dedicó a quitarnos los chivos, las gallinas y las bestias, incluso impedían que los camiones con comida subieran a abastecer las tiendas veredales, y si alguien se arriesgaba a hacer mercado los paracos se lo quitaban porque, según ellos, esas compras eran para nosotros dárselas a las guerrillas. ¡Mentira!

Al recordar y contar estás historias del conflicto, y sobre todo de lo que fueron los paramilitares, uno no deja de preguntarse por qué el Estado y el Ejército permitieron que esa gente nos hiciera tanto daño, cuando nosotros le hacemos tanto bien al país cultivando la comida. No nos respetaron la vida ni la dignidad, no nos cuidaron, no impidieron que los grupos armados se vinieran encima nuestro; entonces cómo no pensar que el Ejército estaba aliado con los paramilitares cuando uno veía que ellos actuaban en las narices de los soldados y no hicieron nada para sacarlos de aquí.

En esos años se puso dura la situación porque estaban por un lado la guerrilla y por el otro los paramilitares. Nos sentíamos entre la espada y la pared. Ellos se enfrentaron por el control de la tierra y nos dejaron a la población civil en el medio, ocasionando el desplazamiento de al menos dos mil personas, la mayoría de veredas quedaron vacías y aún hoy muy pocas familias han retornado; los desplazamientos masivos, los más duros, fueron en los años 2001 y 2004, pero desde el año noventa y seis muchas familias salieron de sus tierras. No sólo fue tener que irnos y abando-

nar las parcelas, los cultivos y animales, esto a la larga generó el despojo de tierras, confinamiento, amenazas y desaparición forzada.

Uno de los hechos que más marcó a la población fue la masacre cometida por paramilitares el 10 de febrero de 1997. Integrantes del grupo paramilitar que tenían como base la hacienda Bellacruz (Verdad Abierta, 2014, 20 de noviembre) asesinaron a cuatro campesinos de la vereda Seis de Mayo, entre ellos a un dirigente de la Junta de Acción Comunal y a un joven evangélico. Este lamentable hecho se produjo días después que guerrilleros del ELN se enfrentaron con paramilitares, quienes se disponían a ejecutar una masacre en la vereda Seis de Mayo acusando a sus habitantes de pertenecer a la guerrilla. Y tristemente ese no fue el único caso donde mataron a un líder nuestro, antes, en el mes de diciembre del año 1996, ese mismo grupo de paramilitares secuestró y mató al que era en ese entonces el presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda La Legía. De manera sincera y con el corazón arrugado tenemos que reconocer que en estas veredas mataron a muchos hombres y mujeres campesinas y vecinos que se dedicaban a manejar la línea de transporte o el carro lechero, gente de acá; a muchos de nuestros muertos nos tocó enterrarlos en el filo de La Legía en una especie de cementerio que ha existido acá por mucho tiempo, qué más hacíamos si nos daba miedo bajar al pueblo de Pelaya a enterrarlos.

Como les venía contando y ya que mencionamos a la hacienda Bellacruz, vale la pena hablar sobre ese caso. Esa hacienda era de un señor Alberto Marulanda que llegó a esta zona en las primeras décadas de los años 1900, cuando esto era puro baldío. Se dice que la hacienda alcanzó a tener más de 22 mil hectáreas en jurisdicción de los municipios de Pelaya, La Gloria y Tamalameque. A mediados de los años ochenta y por la presión de los campesinos, los herederos del señor Marulanda vendieron parte de las tierras al Incora (Instituto Colombiano para la Reforma Agraria) para que a su vez las repartiera entre los campesinos sin tierra. Pero como la tierra repartida era muy pequeña, unas dos mil hectáreas, algunas familias campesinas ocuparon más tierras y empezaron a trabajarlas. Como en esos años estaban fuertes las guerrillas en el Cesar, los dueños se fueron y por eso los campesinos pudieron ocuparlas. El problema vino después cuando en los noventas incursionaron con fuerza los paramilitares, ellos a su vez sacaron violentamente a los campesinos y se apropiaron de la hacienda, incluso de las parcelas que tenían dueños legítimos por la adjudicación del Incora, hasta el punto que se dice que ahí los paramilitares tenían su puesto de control. (El Tiempo, 2012, 04 de octubre; Verdad Abierta, 2014, 20 de noviembre).

Ahora en estos años, y después que se fueron los paramilitares, los Marulanda vendieron esas tierras a unos inversionistas que llenaron esas tierras de palma africana. El lío que se generó es que los campesinos que tenían propiedad en esas tierras, y los que trabajaron la tierra por años, pidieron que se les restituya lo que ellos consideran les pertenecen. Y lo lograron, pues les devolvieron esas dos mil hectáreas que décadas atrás les habían dado. Debe ser por tanto lío de esas tierras, y para no recordar ese pasado, que ahora la hacienda se llama La Gloria. (El Tiempo, 2012, 04 de octubre; El Tiempo, 2015, 29 de octubre).

Por más que le cambiaron el nombre, los campesinos de la Zona Seis de Mayo todavía sentimos temor al pasar por esa hacienda, porque nos acordamos que cuando nos transportábamos por esos lados o por la carretera principal, los paramilitares nos humillaban, nos acusaban de ser guerrilleros y nos hacían toda clase

de cosas. Y con la guerrilla a veces era igual, nos acusaban de colaborarle a los paramilitares. Por donde se le mirara, los que siempre salíamos perdiendo éramos los campesinos.

Por toda esa cuestión es que nosotros andábamos con miedo, incluso no podíamos decir que éramos de estas veredas de por acá. Nos tocaba negar nuestra tierra y las raíces, se imaginan lo que significó para esta comunidad no poder decir con orgullo y la frente en alto que éramos campesinos trabajadores de Seis de Mayo ni de La Legía, ni de Los Manantiales, ni de Singararé, ni Marta Isabel, ni Carrizal. En esas épocas ser campesino era sinónimo de "guerrillero", así nos estigmatizaban los paracos y el Ejército.

Lamentablemente la desconfianza no solo la recibíamos de los grupos armados, entre nosotros, entre vecinos, también empezamos a mirarnos con recelo. Ese fue el resultado de la presencia de las guerrillas, los paramilitares y el Ejército; uno andaba con miedo y los armados aprovechaban para ponernos a peliar entre la comunidad. Además, tampoco podíamos reunirnos en las Juntas de Acción Comunal o en la Cooperativa, sí llegábamos a hacer eso nos acusaban de estar haciendo algo malo y de inmediato nos empezaban a perseguir. Así fue que el proceso organizativo que tanto tiempo nos llevó construir se debilitó por completo; optamos por aislarnos, por dejar de ser comunidad e incluso por desplazarnos. Abandonar nuestras tierras se convirtió en una opción para proteger la vida.

El retorno a las veredas fue graneadito, de a poquitos, los primeros empezaron a regresar después que se desmovilizó el Bloque Norte, aunque algunos pocos llegaron como desde el 2005. La sorpresa fue grande, porque cuando llegamos a las tierras nos encontramos que estaban llenas de rastrojo, nos tocó boliar mucho machete para volver a adecuar la tierra. También había nuevas familias viviendo aquí, gente que compró tierras a algunos parceleros que vendieron en la época del conflicto; unos dicen que vendieron barato por la presión del conflicto, otros afirman que se pagó lo justo y que eso costaba la tierra en esa época, que no hubo nada indebido. Lo que sí se sabe es del caso de un señor, de la vereda Seis de Mayo, al que los paracos se le metieron en la casa y le quemaron el rancho y las matas de maíz que tenía, ese rancho quedó vuelto cenizas; al señor lo amarraron, lo insultaron y le pegaron, luego lo mataron.

Y sumado a eso, y a que no todo el que se desplazó volvió, las fiestas que teníamos como propias ya no las volvimos a hacer. Por ejemplo, las fiestas de la vereda Seis de Mayo, que eran una ocasión para juntarnos como vecinos, no se volvieron a celebrar como fueron antes del conflicto. Tampoco volvimos a hacer los campeonatos de fútbol que tanto nos gustaban y que le hacían bien a la juventud. Esas eran tradiciones que teníamos antes de la violencia; los de Seis de Mayo cogíamos para La Legía, los de Carrizal para Singararé, los de Marta Isabel para Seis de Mayo o Los Manantiales, donde nos invitaban allá llegábamos, eso era mucha la alegría que teníamos antes. Nuestra lucha ahora es por recuperar esos espacios de esparcimiento, y también la organización de las Juntas de Acción Comunal y las Cooperativas.

La primera batalla que estamos dando en la comunidad es por recuperar los puestos de salud y el servicio de enfermería, antes de la llegada de los paramilitares teníamos uno que era atendido por una enfermera; también estamos gestionando la construcción de los puentes colgantes sobre todas las quebradas para que en las épocas de lluvia no se afecten las clases en las escuelas. El alcantarillado y la luz eléctrica son otras de las prioridades de la gestión de las Juntas.

En ocasiones el alto nivel del agua y su fuerte corriente impiden que los pobladores puedan cruzar las quebradas, esto impide que las actividades cotidianas se puedan desarrollar. Quebrada La Sabana, Pelaya. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Sabemos que trabajando unidos como comunidad es que se consiguen las cosas, un ejemplo de ello es que logramos que nos dotaran la escuela Bellavista de la vereda Seis de Mayo con un comedor escolar, aulas nuevas y baños para los niños y niñas. Esos frutos son los que nos dan la verraquera para seguir trabajando por el beneficio de nuestras veredas. En el caso de la vereda Carrizal hay buen apoyo de la comunidad y hemos logrado crecimiento en las condiciones de la escuela. Igual en la vereda La Legía la comunidad se organizó y recogimos fondos para entechar la escuela, en esa gestión nos apoyó la Mapp-OEA (Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la Organización de Estados Americanos); el problema que tenemos es que, aunque arreglamos la escuela no nos quieren mandar el profesor, dizque porque solo hay diez niños, la comunidad cansada de esperar decidió unir esfuerzos y pagarle a una mujer de la comunidad para que le enseñe a los niños y niñas a leer y escribir. Antes en La Legía había tres colegios funcionando y ahora no tenemos ni uno, esos son los efectos del conflicto y el desplazamiento que nadie ve. Y la misma situación ocurre en Singararé.

Lo que más queremos como comunidad de la Zona Seis de Mayo es que en cada vereda haya un colegio y profesores que puedan enseñarle a los niños y las niñas. Nosotros le hemos dicho al Alcalde de Pelaya y a la Gobernación del Cesar que nos urge que nuestra niñez y juventud tenga la oportunidad de estudiar, porque si ellos no aprenden a coger un lápiz pues lastimosamente los estamos empujando a que los grupos ilegales les enseñen a coger el fusil. Allá van a aterrizar si no se preocupan por la educación.

Y aunque la situación es agobiante la fuerza de las comunidades se sobrepone, no queremos ser los testigos de cómo nuestro presente, y la vida como la conocimos antes del conflicto, se conviertan en un recuerdo y un anhelo del vivir. En este momento luchamos por gestionar salud, educación, servicios básicos domiciliarios y la titulación de los bienes colectivos de cada vereda, además de seguir protegiendo las quebradas y recuperar las Zonas de Reserva Forestal. Estamos seguros que fortaleciéndonos como comunidad podemos recuperar lo que la guerra nos quitó.

Puente colgante construido por la comunidad para que los niños y niñas puedan acceder al colegio Bellavista de la vereda Seis de Mayo que se encuentra al otro lado del puente. Fotografía: Carolina Restrepo para el CNMH.

Referencias

Alcaldía Municipal de Pelaya, Cesar, (2002), *Esquema de ordenamiento territorial del municipio de Pelaya, Cesar,* en: http://cdim.esap.edu.co/BancoConocimiento/P/pelaya_-_cesar_-_eot_-_2002/pelaya_-_cesar_-_eot_-_2002.asp, recuperado el 15 de marzo de 2018, a las 09:20 a.m.

CNMH. Encuentros colectivos de memoria con la comunidad de las veredas de la Zona Seis de Mayo, Pelaya, Cesar. Agosto de 2016 a abril de 2018.

ElTiempo.com, (2012, 04 de octubre), "Bellacruz, hacienda de discordia en torno a la restitución de tierras", disponible en: http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12283129, recuperado el 15 de marzo de 2018, a las 10:30 a.m.

ElTiempo.com, (2015, 29 de octubre), "Incoder revoca decisión que declaraba baldía hacienda en el Cesar", disponible en: http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16416681, recuperado el 16 de marzo de 2018, a las 2:30 p.m.

VerdadAbierta.com, (2014, 20 de noviembre), "La historia sin fin de La Bellacruz", disponible en: https://verdadabierta.com/piden-investigar-al-exministro-carlos-arturo-marulanda-por-desplazamiento-en-la-hacienda-la-bellacruz/, recuperado el 20 de marzo de 2018, a las 9:05 a.m.

Narrando nuestra historia es resultado del acompañamiento del CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica) al PIRC (Plan Integral de Reparación Colectiva) de las comunidades del corregimiento Casacará (Agustín Codazzi, Cesar), la vereda Cerro Azul (Ciénaga, Magdalena), el corregimiento Chimila (El Copey, Cesar), la vereda La Secreta (Ciénaga, Magdalena), el corregimiento La Pola (Chibolo, Magdalena), el municipio Pailitas (Cesar), el corregimiento Poponte (Chiriguaná, Cesar), el corregimiento Santa Isabel (Curumaní, Cesar) y las veredas que componen la Zona Seis de Mayo (Pelaya, Cesar). Quienes elaboraron los nueve PIRC coincidieron en solicitar acciones de reparación simbólica para la dignificación a las víctimas del conflicto armado y el reconocimiento de los daños colectivos y territoriales, que conduzcan a la eliminación de los señalamientos irresponsables y estigmatizantes, según los cuales la población pertenece a uno u otro grupo armado.

Los escritos presentados aquí responden a la polifonía de voces de los participantes, que en el proceso de reelaboración de duelos de las victimizaciones sufridas hicieron el esfuerzo de visibilizar sus memorias. Las comunidades resaltan en sus historias la identidad campesina y trabajadora de sus gentes, que han luchado por sus territorios y se han unido para materializar sus sueños y construir su futuro en estas tierras.

Estos nueve relatos también son una invitación a conocer los territorios, compartir con las comunidades sus historias y costumbres, sus celebraciones, recorrer sus paisajes y, por qué no, disfrutar de un buen paseo de río.

ISBN: 978-958-5500-36-5

GOBIERNO DE COLOMBIA

PROSPERIDAD SOCIAL

Centro Nacional de Memoria Histórica